

# Cuerdas en el Corazón

En Compañía de Vampiros II

A.R. Morena

**A.R. MORENA**

*Cuerdas en el corazón*

*En compañía de vampiros N°2*

*Amazon*

# Sinopsis

*Tom. Un vampiro atormentado por su pasado.*

*Marta. Una humana nacida con poderes especiales.*

*El destino los unió y los prejuicios les separaron.*

*Él decide que la gran tensión sexual que fluye entre ambos no es suficiente. Ella permite que su orgullo maneje sus acciones.*

*Pero ¿estarán tomando la decisión correcta?*

*Cada uno seguirá su camino tomando direcciones opuestas.*

*Su obstinación velará sus ojos, cegándoles ante una de las leyes básicas de la vida. El mundo es una esfera que gira y gira, hasta colocarnos en el lugar que nos pertenece.*

*No hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla.*

Autor: Morena, A.R.

©2014, Amazon

ISBN: ad10c7733b59483cb5662affaad27dc

Generado con: QualityEbook v0.75

# CUERDAS EN EL CORAZÓN

*En Compañía de Vampiros. 2*

**www.armorena.com**

Primera edición: abril de 2014

Imagen de cubierta: Kerman Rodríguez Depósito legal: M-002231/2014

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal)

*Continuamos soñando...*

*Dedicado a todas las lectoras que con tanto entusiasmo han estado esperando la continuación de esta saga.*

*Esto es por y para todas vosotras.*

# Prólogo

**20** de agosto de 1923

*Lakehurst, Nueva Jersey.*

La expectación era extrema.

Miles de personas se habían congregado para ver uno de los mayores acontecimientos de la temporada.

Habían asistido muchos curiosos, pero también, grupos de científicos e inventores que no se querían perder el bautismo del USS Shenandoah (ZR—1).

Este iba a ser el dirigible más moderno de la época, aunque ya había habido otros anteriormente, pero él ZR—1 tenía una particularidad. Era el primero que utilizaba el gas noble helio.

Tom había ido acompañado por un grupo de inventores, entre los que se encontraban varios amigos íntimos con los que solía debatir sobre las últimas novedades en avances de la tecnología de la época, entre las cuales, muchas eran de su propiedad o de alguno de los integrantes de dicho grupo.

Todos ellos habían sido invitados por la empresa que había financiado la construcción del novedoso aparato.

Esto les permitiría estar en una ubicación privilegiada para ver el despegue.

Inmediatamente después del bautismo, si todo salía bien, habían sido

invitados a una recepción para celebrarlo.

Cuando salieron de la fiesta eran ya más de las 11:30 pm. Aunque el grupo decidió dirigirse a una hospedería del pueblo para pasar la noche, Tom prefirió emprender el viaje hacia Nueva York.

Al día siguiente tenía una reunión con una importante compañía, para negociar la venta de los derechos de algunos de sus últimos inventos.

Aunque se habría quedado encantado, no podía arriesgarse a perder ese sustancioso contrato “Poderoso caballero es Don Dinero...” El poema de Francisco de Quevedo se le vino a la mente mientras se alejaba hacia las afueras del pueblo después de despedirse del grupo.

Anduvo a paso rápido hacia la solitaria estación de ferrocarril donde cogería el tren que le llevaría a su ciudad. El último pasaba a las 12:00 pm y si lo perdía ya no pasaría ningún otro hasta las 8:00 am, con lo cual, no llegaría de ningún modo a la importantísima reunión.

Cuando alcanzó la estación eran las 11:55. El andén estaba oscuro y solitario, solamente lo iluminaba levemente un farol que había en la puerta que daba acceso a la vacía garita del jefe de estación. Tom se colocó justo debajo de la luz a esperar a que apareciera el convoy.

El joven inventor miraba la arboleda que rodeaba el edificio de la estación, mientras se subía el cuello de la chaqueta para protegerse de la fresca noche de finales de verano. El viento movía las ramas de los árboles creando sombras que a cualquier otra persona que no fuera tan escéptica como él, le habrían puesto los pelos de punta.

Tom era un hombre de ciencias y nunca se había dejado llevar por historias de terror o leyendas de viejas, eso era simplemente folklore del pueblo para poder entender lo que sus mentes no podían analizar de otra manera.

El reloj de la estación marcaba ya las 12:05 y el tren no aparecía. Tom en un principio no se preocupó demasiado, pues era común que los trenes fueran un poco impuntuales y comenzó a caminar por el andén para hacer algo de tiempo mientras esperaba.

Cuando llegó a la altura de los aseos, la puerta de estos se balanceaba como si alguien acabara de entrar a toda prisa. Tom se quedó unos segundos parado pero enseguida lo racionalizó, pensando que era obra del viento.

Entró a los lavabos y cuando se disponía a lavarse las manos, sintió un fuerte golpe en la garganta mientras un manto negro lo cubrió todo a su alrededor.

Tom abrió los ojos pesadamente y lo único que percibió fue una total oscuridad, además de un fuerte dolor en los tobillos y en las muñecas, estos le ardían como si se las hubieran rodeado con brasas al rojo vivo.

Comenzó a mover las manos palpando su alrededor y su primera valoración fue que estaba tumbado sobre una cama, aunque no podía ver absolutamente nada. Siguió palpando con las manos hasta conseguir tocar lo que parecía el interruptor de una lamparita de mesilla, lo accionó, pero está no funcionaba.

Recorrió con la mirada toda la estancia y de repente, comenzó a ver todo lo que le rodeaba perfectamente.

Era como si alguien hubiera encendido una luz, todo a su alrededor comenzó a iluminarse, aunque allí no había nada que emitiera claridad.

Tom se sobresaltó, en una mecedora al otro lado de la habitación, había una bella mujer sentada que lo observaba fijamente. Su larga melena rubia le caía lisa hasta las caderas. Ella le miraba fijamente con unos grandes ojos azules, los cuales, destacaban sobre una tez sumamente blanca.

Sus miradas se quedaron fijas durante unos segundos.

La garganta de Tom comenzó a arder con la misma intensidad que sus muñecas y tobillos y un fuerte deseo de...

¿Morder?

Si, el impulso de morder a esa mujer, se impuso en su mente. Saltó de la cama en dirección a ella, pero las cadenas que le mantenían atado se lo impidieron.

—No puedo permitir que te acerques a mi — la mujer habló con una sonrisa de autosuficiencia en la boca.

—¿Dónde estoy?, ¿Quién eres tú?

—Todas tus preguntas serán contestadas en el momento adecuado dijo ella— Lo único que tienes que saber de momento, es que tu vida depende de mí.

La mujer se levantó de su asiento y se dirigió hacia él muy lentamente.

Cuando llegó a la cama donde Tom estaba encadenado, se subió la manga

de la blusa y colocó su muñeca a la altura de su boca.

La garganta de Tom ardía Escuchó como la bella mujer pronunciaba una palabra “Bebe” antes de que él perdiera totalmente el control de sí mismo.

# Capítulo 1

**E**L ascensor se detuvo en la planta treinta y tres con un musical “*ding dong*”.

Tom salió como un fantasma, algo bastante habitual en él, desde hacía algunos meses. Únicamente y si no tenía más remedio, iba saludando con un perezoso movimiento de cabeza a los compañeros con los que se cruzaba por el pasillo.

Desde que había regresado de Madrid evitaba a todo el mundo siempre que podía. Se había centrado en el trabajo y se pasaba casi todo el tiempo encerrado en el taller.

Buscaba cualquier estúpida excusa cada vez que le proponían alguna salida en grupo para evitar el quedar. No le apetecía salir ¿Porqué sus amigos tenían que ser tan puñeteramente entrometidos?

Lo que más le molestaba era que ellos tuvieran razón. Sabía que se estaba convirtiendo en un malhumorado solitario.

Tom iba maldiciendo su suerte mientras avanzaba a largas zancadas por el pasillo. Esta vez le había sido imposible escaquearse de la llamada de su jefe, cosa que llevaba haciendo durante las últimas veinticuatro horas. Este le había amenazado con acampar en el taller a hacerle compañía “*el tiempo que fuera necesario*” si no subía inmediatamente a su despacho.

Llevaba prestando servicio en la Compañía Bull Company, propiedad de su mejor amigo Carlos del Toro, desde que este se había instalado en los Estados Unidos.

Desde que su jefe había desembarcado en Nueva York los dos vampiros

habían sido uña y carne. Pero hacía ya dos meses, que Carlos se había casado con el amor de su vida, Jimena. Desde entonces Tom se había distanciado un poco de la pareja porque no quería ser una carga para ellos. Aunque los dos siempre le estaban invitando a su apartamento y se hartaban de decirle que no molestaba, que a ellos les gustaba su compañía, Tom no se sentía demasiado cómodo entre una pareja recién casada.

Ellos no podían evitar estar uno encima del otro continuamente, eran como dos imanes con distinto polo, en cuanto estaban lo suficientemente cerca, terminaban magnéticamente pegados.

—Buenos días Guadalupe ¿está Carlos libre?, me dijo ayer que quería hablar conmigo.

—Sí. Acaba de colgar el teléfono. Pasa directamente.

Tom nunca había pedido permiso para entrar al despacho de Carlos, él se movía por la oficina e incluso por el apartamento de su jefe, como por su propia casa. Pero, desde que estaba Jimena, Tom intentaba tener más cuidado con entrar en sus espacios sin llamar, no quería encontrarse con alguna escena salida de una novela erótica.

Carlos le quitaría las imágenes del cerebro a golpes. Un vampiro emparejado era una de las criaturas más posesivas y agresivas que existían en todo el planeta.

—Hola Tom, benditos los ojos que te ven — dijo Carlos en tono sarcástico — últimamente te vendes muy caro.

—He estado muy ocupado con uno de mis proyectos.

—Ya...

—¿Querías verme?

—Sí, quería que fueras el primero en saber la buena nueva.

—¿Buena nueva?

—Sí. Jimena está... embarazada de algo más de dos meses.

Tom se acercó a su amigo y le dio un fuerte abrazo.

—Me alegro mucho Carlos. De verdad, estoy feliz por los dos.

—Muchas gracias, se que tus sentimientos son sinceros. El tema es que Jimena se encuentra algo indispuesta y hemos decidido que, mientras dure el embarazo, no trabaje en el salón. Los productos químicos que se utilizan no son muy recomendables para el futuro bebé.

—Me parece bien ¿quieres que hable con personal para que busquen a alguien para sustituirla?

—Ese es el tema... ya lo he solucionado yo personalmente. El nuevo miembro del equipo va a ser una compañera de Madrid.

Tom miró a su jefe con los ojos entrecerrados.

—¿Y el nombre es?...

—Marta Saavedra — Carlos dejó caer la bomba de golpe, como diría Jimena...

sin anestesia.

Tom se quedó petrificado.

Marta iba a trabajar en Nueva York. La vería todos los días. Aunque hacia meses que había un océano entre ellos él todavía soñaba con ella, con su cabello, su olor, sus curvas y su sangre, esta era... no creía que pudiera olvidar ese sabor en su vida.

Pero era una maldita bruja, y eso jamás cambiaría. Tom no podía olvidar lo que una de ellas le había hecho.

Eran todas unas manipuladoras.

—Tom sé que esto es duro para ti. Pero es la mejor opción que tenemos y a Jimena le vendrá muy bien tener a su mejor amiga cerca de ella durante estos meses. La echa de menos.

Tom se dio media vuelta sin contestar a su amigo y salió del despacho. Carlos le dejó ir, sabía que en ese momento Tom necesitaba espacio.

Intentaría razonar con él mas tarde.

\*\*\*

Marta miró desde la puerta, por última vez, el apartamento donde había vivido desde que se había trasladado a Madrid.

Había decidido no conservarlo pues, aunque el alquiler no era excesivamente caro, si iba a vivir en Nueva York por lo menos un año, no estaba dispuesta a perder tal cantidad de dinero.

Cuando volviera miraría si seguía libre y si no era así, buscaría otro.

Había pensado en meter todas las cosas que no se podía llevar a Nueva York en un guardamuebles, pero Juan el padre de Jimena, se había enterado y le había ofrecido el sótano del chalet donde vivían para que lo utilizara

libremente.

—Está totalmente vacío Marta. No lo utilizamos nunca. Esta casa es muy grande para nosotros dos — Juan razonaba con Marta que no estaba del todo convencida. No quería molestar.

—Venga niña, no hagas que me enfade contigo por cabezota, traes tus cosas aquí y no hay más que hablar. No está la economía para tonterías — sentenció Manuela.

Cogió su maleta y bajó a la calle dispuesta a parar un taxi para que la llevara al aeropuerto de Barajas.

Cuando cerró la vivienda por última vez, se dirigió a la garita del conserje para entregarle las llaves y despedirse de él.

Salió a la calle con las manos cargadas de maletas y los ojos de lágrimas.

Levantó la mirada en busca de un taxi y vio un vehículo de lo más familiar.

Allí, aparcado en doble fila en la misma puerta del portal, estaba el coche de los padres de Jimena. Juan bajó del asiento del copiloto y dirigiéndose hacia la acera, cogió la maleta de Marta que se había quedado sin palabras por el detalle de Juan y Manuela.

Marta se subió al asiento de detrás con lagrimas en los ojos, mientras Manuela la miraba con gesto maternal.

—No llores cariño, esta va a ser una estupenda experiencia. Además allí tienes amigos que te están esperando con los brazos abiertos.

—Muchas gracias por tratarme tan bien, os quiero como si fuerais mis propios padres.

—Y nosotros a ti. Estos últimos años has sido como una hermana para nuestra hija, con lo cual, para nosotros es como si fueras nuestra propia hija — a Manuela se le estaba contagiando las lagrimas de Marta.

—Bueno vámonos o terminaremos llorando todos — Juan se subió al coche después de meter el equipaje de Marta en el maletero.

—Si, no vayamos a llegar tarde —

Manuela arrancó el coche y salió en dirección al aeropuerto.

Marta estuvo todo el vuelo pensando en las distintas posibilidades de enfrentarse a Tom.

Pensó en no dirigirle la palabra, que él fuera el que diera el primer paso.

Pensó en tratarle como a una persona que acabara de conocer, educada pero distante.

También pensó en no verle, como si fuera el hombre invisible.

Pero si era realista, lo más probable era que cuando se cruzara con él, su cuerpo actuara por su cuenta y no pudiera evitar buscar su mirada y en cuanto algo no le gustara, reaccionaría de la manera más impulsiva y equivocada posible.

No lo podía evitar, ella era así.

Michael la llevó al mismo apartamento donde se había alojado Jimena cuando llegó a Nueva York. Marta se alegró mucho de ver que, el compañero que había conocido en Madrid en la boda de Jimena y Carlos, la iba a buscar al aeropuerto.

Marta entró en el apartamento detrás de Michael que cargaba con sus maletas y le iba explicando donde estaba todo mientras le abría las puertas. Cuando este decidió que todo estaba en orden, se despidió de ella hasta un par de horas después para llevarla al apartamento de su jefe. Marta había quedado con que iría a cenar con Jimena y Carlos al apartamento de ambos esa misma noche.

Jimena se sentía culpable por no haber ido a recogerla personalmente al aeropuerto, la habría gustado enseñarle ella misma el apartamento de Chelsea, pero el médico vampiro que la estaba llevando el embarazo, le había recomendado que durante las primeras semanas guardara reposo moderado solo por precaución.

Estos embarazos no eran nada comunes y nunca se sabía lo que podía pasar.

Al parecer, el “moderado”, Carlos no lo había oído bien y tenía a Jimena como si fuera un caro jarrón de la dinastía Ming.

Ella, normalmente lo llevaba con resignación, pero en este caso se estaba poniendo de los nervios, así que Carlos le había prometido que llevaría a Marta al apartamento esa misma noche para que cenara con ellos.

\*\*\*

Tom había salido del despacho de su jefe en estado de shock. Se había ido directamente a su taller, rezando por no encontrarse con nadie por el camino.

Las encías le hormigueaban y en ese momento, no estaba muy seguro de que color eran sus ojos. Cuando por fin cerró la puerta de su espacio privado, se dirigió como un adicto a la nevera donde guardaba los botellines de 0+ y se bebió uno de un solo trago.

El taller además de ser su espacio de trabajo, también era donde él vivía.

Este era una estancia diáfana de unos cien metros cuadrados. Estaba ubicada en la misma planta que las oficinas de la compañía, justo debajo del apartamento de Carlos.

La única habitación aparte era el cuarto de baño. Contaba con una cocina americana, la cual se disimulaba como si fuera un armario. Una gran cama en uno de los rincones de la sala, las paredes del rincón estaban forradas de armarios roperos y le separaba de la zona de trabajo unos exóticos biombos que Tom había conseguido en un anticuario. El resto de las paredes estaban forradas con librerías, atestadas por innumerables volúmenes de todo tipo, algunos de ellos primeras ediciones que, seguramente en esta época, estarían muy valorados. En la zona de trabajo, había una gran mesa de montaje, una de dibujo y un escritorio con un carísimo equipo informático, junto con un destartado sofá, del cual Tom nunca se había querido deshacer.

Solo él sabría porque.

Tom se sentó en el sofá con otro botellín de sangre e, imágenes del pasado que creía tener enterradas en lo más profundo de su cerebro, volvieron a su mente como si todo aquello hubiera sucedido ayer.

*Se despertó en la misma cama, donde la bella mujer le había dado de beber de su vena, como un paciente que despierta de la anestesia después de haber sido operado. Se encontraba desorientado y no tenía muy claro si era realidad o, si todo aquello, había sido un sueño y estaba durmiendo en su apartamento.*

*Abrió los ojos e intentó encender la luz de la lámpara que, supuestamente, estaba en una mesilla al lado de la cama.*

*Pero ni la mesilla estaba en el lugar correcto, ni sus manos estaban en condiciones normales. Le ardían las muñecas y le pesaban más de la cuenta.*

*Se fue despejando para ser consciente de la terrible realidad. Había sido*

*secuestrado la noche anterior, seguía en la extraña habitación y todo lo que recordaba no había sido una desagradable pesadilla.*

*Buscó con la mirada la butaca donde había estado sentada la bella mujer.*

*Allí estaba ella de nuevo, observándole fijamente, igual que hace un felino a su presa, jugando con ella antes de devorarla.*

*—¿Quién eres y por qué me retienes aquí?— Tom habló con el tono más neutro que pudo, no era momento de ponerse a malas con su secuestradora.*

*—Yo salvé tu vida y ahora me perteneces— dijo ella tranquilamente.*

*A partir de ese momento la mujer comenzó a hablar. Le contó historias de vampiros y otros seres que poblaban el mundo secretamente. Le explicó que le había encontrado en el bosque que rodeaba la estación de ferrocarril, medio muerto por desangramiento y que le había llevado a su casa para poder ocuparse de él. Si no fuera por ella en esos momentos estaría muerto.*

Tom salió de los desagradables recuerdos dando un puñetazo a la pared de su taller. Esta se quejó con un desagradable sonido, mientras se agrietaba hasta el techo.

Se fue directo a la nevera, abrió la puerta y después de pensárselo durante unos segundos, la cerró de un fuerte portazo. Abrió de un fuerte tirón el armario que había encima de está para sacar una botella de tequila y comenzó a beber a morro como si la vida le fuera en ello.

No saldría de esa habitación hasta que las neuronas estuvieran tan chamuscadas, como su viejo corazón.

\*\*\*

Marta entró al apartamento de sus amigos junto con Michael.

Jimena salió corriendo desde la cocina y las dos se fundieron en un fuerte abrazo mientras gritaban como si estuvieran locas.

Los dos hombres las miraban con una divertida sonrisa en los labios.

—Cómo no me digas inmediatamente lo que te pasa me va a estallar el cerebro de tanto especular ¿de qué va tanto secretismo? — Marta no

aguantaba más la incertidumbre.

Jimena miraba a su amiga con una sonrisa tan grande, que se le iban a contracturar los músculos de la cara.

—¡¡Enhorabuena, vas a ser tía!! — a capón.

A Marta se le descolgó la mandíbula como si fuera un dibujo animado y así se quedó, sin decir nada, hasta que Jimena volvió a hablar.

—Cierra la boca Marta, te veo las amígdalas desde aquí — Jimena se lo estaba pasando pipa al ver la reacción de su amiga.

—Pero... pero... como, bueno como ya me lo imagino, pero él... ¿padre? ¿se puede? — Marta estaba flipando.

—Pues por lo visto sí — Carlos se acercó a Marta y la dio un abrazo.

—Bueno me alegro un montón por vosotros. Siento mi reacción, solo es que es lo último que podía imaginarme —

Marta parecía que volvía a hilar una palabra con otra.

—Aunque confiamos en ti, no te quisimos decir nada por teléfono, no quería que se te escapara algún comentario sin querer y se enteraran mis padres — Jimena se disculpó con su amiga.

—No pasa nada, si yo lo hubiera sabido seguro que Manuela me lo hubiera notado. Tu madre es como un sabueso cuando se refiere a ti — Con un gesto de la mano Marta le quitó importancia.

—Gracias por entenderlo — Jimena se quitó un gran peso de encima cuando vio que su amiga no se había ofendido.

—Pero, sin ánimo de meterme donde no me llaman, tendrás que informar tarde o temprano a tus padres de que van a ser abuelos.

—Sí, sí, ya lo sé. Pero primero quiero saber que todo va bien y que el embarazo será igual o parecido al humano. El Doctor nos ha dicho que normalmente suelen ser embarazos muy parecidos pero, hasta el segundo trimestre, no se puede prever — Jimena no sabía porque, pero le agobiaba el tenérselo que contar a sus padres.

—Cuando se entere Manuela que estás embarazada de más de tres meses y que ella no lo ha sabido desde el principio... yo prefiero no estar en esa conversación.

—Sobreviviremos a su ira — dijo Jimena con una risa un tanto nerviosa.

Jimena cogió a Marta del brazo y se la llevó a la cocina donde Carlos

estaba terminando de preparar la cena. La mesa ya estaba puesta y el vampiro las dijo a las dos que se sentaran, su mujer estaba feliz con su amiga y él no podía estar más agradecido a Marta por hacerla sentir así.

Carlos colocó delante de ellas el plato con la cena.

Marta miró sorprendida la hamburguesa más elaborada que había visto en su vida. Podría ser servida en un restaurante con varias estrellas Michelin y no desentonaría en absoluto. Comió con más apetito del que había sido consciente hasta ese momento. Estaba todo buenísimo.

Cuando terminaron la cena, Marta no podía ni moverse. El helado había sido el remate para que su estomago dijera basta.

Después de recoger, los tres se fueron a la sala de estar a tomar un café y a seguir charlando.

Llevaban un rato conversando, cuando Carlos se levantó como un resorte del sofá en donde estaba sentado tomándose su café con hielo y se dirigió rápidamente hacia la puerta del apartamento.

\*\*\*

Iba ya por la segunda botella de tequila y no creía que fuera a durarle mucho más. Era hora de ir a buscar más provisiones.

Se levantó de golpe y se fue contra la pared de enfrente, rebotando con la esquina y tirando por el camino una librería que le fue a dar directamente en la frente, justo encima de la ceja izquierda.

Tom llegó tambaleándose hasta el mueble donde guardaba las botellas y lo abrió de un tirón. Al no encontrar más, maldijo su suerte y se fue directamente hacia la puerta, se pasaría por la bodega de Carlos y le cogería un par de botellas de cualquier cosa que tuviera. En ese punto ya le daba igual si bebía tequila o alcohol de quemar. Esa noche necesitaba caer en coma o se volvería totalmente loco.

El olor que captó al acercarse a la puerta del apartamento de su jefe, le dejó por un momento noqueado.

¿Estaría Marta ya en el edificio? No sabía para qué coño preguntaba. Sabía de sobra cual era la respuesta. Se había ido del despacho de su jefe tan deprisa, que no se había enterado de cuando vendría ella a Nueva York.

El mareo le llegó sin avisar y fue a dar con su culo en el suelo. Apoyando

la espalda en la puerta que daba directamente al apartamento de Carlos, se echó las manos a la cabeza y comenzó a respirar despacio, a ver si era capaz de recomponer la papilla en que se había convertido su cerebro.

La puerta se abrió de un fuerte tirón.

Tom se tuvo que sujetar en las piernas que aparecieron por el umbral para no caerse hacia atrás y quedarse patas arriba como una cucaracha.

Este debía ser el momento más bochornoso de toda su existencia.

—¿Tom? — Carlos se quedó mirando a su amigo con el ceño fruncido — estás sangrando.

—¿Qué? — Tom se miró las manos dándose cuenta que las tenía llenas de sangre.

Las cuatro.

Joder, ahora veía doble.

—Tienes una brecha en la frente — Carlos hablaba intentando controlarse.

—No es nada. ¿Tienes tequila?

—Sí.

—¿Me prestarías una botella?

—No.

—Está bien, me pasare por un “veinticuatro horas” a comprar una.

—Levanta, te acompañaré al taller.

En el momento en que intentó levantarse, Tom volvió a caer y esta vez sí se quedó patas arriba.

En ese mismo momento aparecieron dos cabezas por debajo de los brazos de Carlos.

Una morena y otra pelirroja.

Tom corrigió mentalmente lo que había pensado antes. Este si era el momento más bochornoso de toda su vida.

¡¡ENHORABUENA, HA SIDO USTED AGRACIADO CON EL PRIMER PREMIO A LA PERSONA MÁS PATETICA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA!!

## Capítulo 2

**R**ICARDO llevaba algo más de un mes en el nuevo cargo que le había sido encomendado en la empresa. El nuevo director de personal le había ofrecido un puesto de auxiliar administrativo en ese mismo departamento y se pasaba todo el día revisando nominas y atendiendo las reclamaciones y dudas que tenían los que antes eran sus subordinados.

Ese día estaba siendo especialmente tedioso, llevaba toda la mañana encerrado en el archivo, revisando que todos los expedientes del personal estuvieran bien colocados.

Su vida se había ido a la mierda en cuestión de semanas. Su mujer le había dejado cuando le había contado lo de su descenso en el trabajo *“te he estado aguantando todos tus escarceos estos años a cambio de que me dieras una buena vida pero, si encima de cornuda tengo que ser pobre... que te aguanten tus estupidas amantes”* y sin más le había puesto las maletas en el portal del piso, donde habían vivido durante todos sus años de matrimonio que, dicho sea de paso, había sido una herencia de sus suegros y por supuesto estaba a nombre de su mujer y no eran bienes gananciales.

En esos momentos, se encontraba viviendo en un pequeño y viejo apartamento que había alquilado en un barrio no muy recomendable de Madrid.

Cada vez que miraba las manchas de moho de las paredes o una cucaracha cruzaba por delante de él, odiaba más a los culpables de todas sus desgracias.

Jimena se había casado con el dueño de la empresa gracias a él. Si no la

hubiera trasladado a la sucursal de Nueva York, nunca se hubieran conocido. Deberían estarle agradecidos pero, en vez de eso, le habían degradado a un puesto de auxiliar.

En ese momento no sabía ni cómo, ni cuándo, pero se las iban a pagar.

Salió de la destartada ducha y comenzó a vestirse. Esa noche tenía reunión con La Sociedad.

Él Gran Padre les había convocado a todos urgentemente. Hacía tiempo que La Sociedad no tenía una reunión extraordinaria y Ricardo esperaba que tuvieran algo de acción que le diera un poco de salsa a su aburrida vida.

Después de vestirse rápidamente, cogió el petate donde guardaba todo el material necesario y se dirigió hacia la calle.

Cuando llegó a su destino, llamó a una pequeña puerta lateral de la nave industrial donde se encontraba la sede de la sociedad.

Había aparcado el coche dos naves más abajo. Esta era una de las innumerables normas que tenían todos los socios para no llamar la atención, pues muchas de las acciones de la sociedad no estarían muy bien vistas por los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado.

La nave era una antigua fábrica de helados. Por la parte exterior conservaba los rótulos con el nombre comercial de la marca a la que había pertenecido pero, en el interior, había sido totalmente remodelado.

Contaban con un gimnasio totalmente equipado, incluido un tatami para que los socios se ejercitaran en la lucha y estuvieran preparados para el cuerpo a cuerpo con los seres a los que perseguían. También contaban con una sala de reuniones, equipada con lo último en informática en cada mesa donde se sentaban los socios. Pero, para él, la zona más impresionante era el sótano. Este estaba compuesto por varias celdas con barrotes de acero bañados en plata y una equipadísima sala de interrogatorios.

Las pocas veces que Ricardo había asistido a un interrogatorio en esa sala, después se había tenido que desfogar en uno de los salones de prostitución más perversos de la ciudad, de esos que te proporcionaban látigos y herramientas similares.

El video portero se encendió y después de unos segundos la puerta se abrió con un siseo. Cuando Ricardo se introdujo dentro de la nave, sintió el aislamiento acústico de la estancia. Esa sensación le hacía sentirse como un

dios, era como si una vez dentro de ella, pudiera realizar todas sus perversiones sin que nadie interfiriera.

\*\*\*

¡¡PUM, PUM, PUM!!

Tom se tapó la cabeza con la almohada.

¡¡PUM, PUM, PUM!!

Por favooooor.

Le iba a reventar la cabeza.

—¡¡YA VOY!!

Tom sabía de sobra quien era el que golpeaba la puerta como un martillo neumático.

Miró el reloj de la mesilla.

Las doce del mediodía.

Se había saltado la reunión que tenían todos los directores de la compañía esa misma mañana.

Se levantó como pudo y se dirigió dando tumbos hacia la puerta. Pasó por encima de la librería del suelo, la cual le recordó que se había hecho una brecha en la frente. Aunque todavía tenía la sangre seca en las manos y la cara, sabía de sobra que de la herida no quedaría ni rastro.

Era una de las ventajas de ser un vampiro.

Tom abrió la puerta justo antes de que Carlos volviera a aporrearla y se dio media vuelta para volver a meterse en la cama. Su jefe tenía un gesto que, si no se conocieran hace más de una década, le habría hecho ponerse en guardia para una inminente pelea.

—¿Qué coño pasa contigo? — Carlos tuvo que meterse las manos en los bolsillos del pantalón de su traje para no estrangularle.

—Siento lo de la reunión. Me quede dormido — Tom evitaba mirar a los ojos de su jefe.

—¡¡A LA MIERDA LA REUNIÓN!! Te estoy preguntando ¿Qué pasa contigo? —

Carlos recalcó la última palabra.

—Nada.

—¿Nada? ¿Cómo que nada?, el numerito de anoche no es “NADA”.

—Mira Carlos, siento haber ido en esas condiciones a tu apartamento. No volverá a ocurrir.

—Ese no es el punto. Quiero que soluciones lo que sea que te pasa con Marta. Si quieres ir a por ella, adelante.

Pero si decides que no quieres nada con ella, haz el favor de comportarte como el caballero que todos sabemos que eres.

—Está bien, en cuanto se me pase el dolor de cabeza iré a disculparme.

Carlos salió del taller y silbó para que Isidro le siguiera. Este se levantó perezosamente, le ronroneo a Tom mientras se restregaba contra él como si quisiera consolarle. Tom le agradeció el gesto con un ronroneo propio y una caricia en el lomo. El gato saltó ágilmente de la cama del vampiro y salió por la puerta del taller detrás de Carlos.

Normalmente el gato deambulaba libremente, tanto por el apartamento de Carlos y Jimena, como por las oficinas y si conseguía colarse en el ascensor con alguien, también se le veía por el salón.

Era el niño mimado de todo el personal de la empresa.

\*\*\*

Marta se había incorporado a su puesto a las nueve de la mañana. Los compañeros la habían recibido con mucho cariño. Jimena la había acompañado a primera hora para enseñarle donde tenía su taquilla con los uniformes y el tocador, que era el mismo donde ella había trabajado hasta que se había dado la baja laboral. Este estaba equipado con todo el material necesario para desempeñar su trabajo.

Las dos amigas se habían quedado hasta altas horas de la madrugada hablando, aunque solían saber la una de la otra a través de Facebook, se habían echado tanto de menos que no veían el momento de separarse para irse a dormir. A eso de las cuatro de la madrugada, habían decidido que Marta se quedaría a dormir en la habitación de invitados del apartamento de sus amigos.

Marta había evitado como buenamente había podido hablar de Tom. Se había dado perfecta cuenta de que Jimena también había evitado comentar el momento borrachera de Tom, aunque Marta sabía de sobra que le dolía la lengua de tanto mordérsela.

—Hola Marta ¿Qué tal lo llevas?

Carlos se dirigió a Marta en inglés. Ella les había pedido que le hablaran siempre en ese idioma y ella intentaría contestarles así también a ellos. Tenía que ponerse al día con el idioma lo antes posible.

Marta acababa de terminar con un cliente y se dio la vuelta para saludar a Carlos que bajaba por la escalera de caracol.

—Buenos días Carlos. De momento nadie me ha chillado, ni ha intentado clavarme las tijeras en la garganta, asique no me puedo quejar.

—Es una estupenda profesional — dijo la mujer que acababa de ser atendida por Marta — aunque eche de menos a Jimena, ¿Cómo has dicho que te llamas querida?

—Me llamo Marta señora — Marta le miraba con una educada sonrisa.

—Pues mientras Jimena esté de baja, me encantaría que siempre me atendieras tú.

Me encanta como trabajas Marta.

—Muchas gracias señora. Estaré encantada de atenderla siempre que lo solicite.

La señora se fue hacia la recepción, encantada con el peinado que Marta le había hecho.

—Bueno — dijo Carlos con una amistosa sonrisa — ya veo que mis clientes están encantados contigo.

—Sí, eso parece — Marta hablaba con Carlos mientras barría el suelo alrededor de su tocador y recogía todo el material que había utilizado.

—Eh... Marta, quisiera pedirte disculpas por el numerito de ayer por la noche — Carlos no sabía cómo sacar el tema sin que Marta se ofendiera.

—¿Y porque habrías de pedirme disculpas? Tú no has hecho nada — Marta seguía barriendo sin mirar a los ojos de Carlos.

—Estabas en mi casa y me siento un poco responsable.

—Pues no deberías. Te repito que tú no has hecho nada.

—Está bien. Te dejo que sigas trabajando. Si necesitas algo ya sabes dónde encontrarme.

Cuando Carlos se fue hacia su despacho, Marta se fue al cuarto donde guardaban los utensilios de limpieza para dejar la escoba y el cogedor. Cerró la puerta de la habitación y se apoyó en la pared.

Desde la noche anterior no había dejado de pensar en Tom. No había querido sacar el tema con su amiga porque no sabía cómo se sentía respecto a la situación. Carlos y Jimena se sentían responsables de las acciones de Tom aunque eso era una tontería.

Joder, ni que lo hubieran adoptado.

Tom tenía los suficientes años como para ser su bisabuelo y se comportaba como un adolescente frustrado.

Cuando consiguió tranquilizarse, se limpió con un pañuelo los ojos. Las malditas lágrimas iban por libre, salió de nuevo hacia la recepción del salón para recibir a la siguiente clienta.

—Hola Violeta. ¿A quién le toca ahora?

—Hola Marta. De momento estás libre.

La señora está esperando a Sebastián ¿Por qué no aprovechas para desayunar?

Acaba de llegar el repartidor de El Pote. El catering está en la sala de descanso de la planta de arriba.

—Sí, me vendrá de lujo tomar un café.

Gracias Violeta si me necesitas llámame y bajare enseguida.

—Ok. No te preocupes, en la próxima media hora no hay nadie citado.

Marta subió hacia los vestuarios para ir al wc y lavarse las manos. Cuando estaba saliendo del vestuario para dirigirse a la sala de estar, se encontró a Tom apoyado en la pared de enfrente.

Tenía los brazos cruzados y miraba, más bien taladraba con los ojos, la puerta por la que salía ella. Marta se quedó paralizada y después de unos segundos siguió su camino sin decir nada.

Tom se aclaró la garganta.

—Marta, espera — Tom carraspeó.

—Hombre ¿todavía te acuerdas de cómo me llamo? — Marta se había parado en seco y habló a Tom sin darse la vuelta.

—No quiero discutir. Solo quería disculparme por lo de ayer.

—¿A qué te refieres? — Marta no se lo iba a poner fácil. Que sudara un poco.

—Había bebido y no sabía que Carlos tuviera... invitados.

—Está bien, no son necesarias las disculpas. Ya me quedó bastante claro

hace unos meses que no soy de tu agrado. Pero si te sientes mejor, le diré a Carlos que te has disculpado conmigo.

—No es eso... yo tengo un pasado bastante duro...

—¿Sí?, ¿de verdad? ¿y se puede saber que tengo yo que ver con tu pasado? —

Marta se había dado la vuelta y miraba a Tom a los ojos. Tenía la cara roja de rabia.

Él se quedó en silencio mientras se perdía en los ojos más bellos que había visto en su vida, perdiendo el hilo de la conversación.

—¿No me contestas? Pues quiero que te quede claro una cosa — Marta bajó el tono de voz — que tu hayas tenido una experiencia negativa con otra bruja no quiere decir que yo sea igual que ella.

Jamás he hecho daño a nadie conscientemente sin que fuera en defensa propia o para defender a algún ser querido. Así que, haznos un favor a los dos, y deja de hacerte el ofendido conmigo. O mejor aún, busca ayuda de algún psicoanalista vampiro que te haga superar el trauma que arrastras.

Marta se dio media vuelta y se dirigió a la sala de estar.

\*\*\*

Tom se quedó en el pasillo sin saber muy bien qué es lo que había pasado. En el fondo sabía que Marta tenía razón, no tenía ningún motivo para prejuzgarla simplemente por su condición de nacimiento. Pero eso era en la teoría, en la práctica era incapaz de superar el pasado.

*Los días pasaron y Nanna, que así se llamaba la extraña mujer, le explicó en lo que se había convertido y lo que le esperaba de ahora en adelante.*

*Según pasaba el tiempo se sentía más cómodo y confiado con ella, incluso empezaba a gustarle. Ella le había explicado su confinamiento como un favor que le hacía y él pensaba que lo retenía por su propio bien para que no hiciera daño a nadie, ni siquiera a sí mismo.*

*Años después diagnosticarían ese sentimiento como El Síndrome de Estocolmo.*

*Algunas veces, por la noche, ella se tumbaba a su lado en la cama. Tom necesitado al máximo de cariño, agradecía el gesto e incluso se acercaba a ella en busca de contacto físico. La sentía como su única tabla de salvación.*

*Una noche notó como ella se acostaba a su lado. El reptó marcha atrás sobre las sábanas, acercándose a su cuerpo para sentir su calor. La mano de Nanna comenzó a acariciar su espalda sensualmente y fue bajándola hacia la ingle de Tom. Él se puso duro inmediatamente.*

*Nanna lo masturbó con maestría, sabiendo lo que hacía en todo momento. Cuando Tom estaba a punto de correrse, ella se subió a horcajadas e introdujo el pene de Tom dentro de su vagina, el vampiro se corrió salvajemente derramando su semilla en lo más profundo de la mujer.*

*Estuvieron durante horas practicando el sexo más espectacular que Tom había tenido en toda su vida. Los dos quedaron exhaustos Tom echó a andar por el pasill o en dirección a su taller. Miró hacia abajo para confirmar lo que ya sabía, estaba duro como una roca, maldito fuera su cuerpo. No podía evitar excitarse cada vez que el aroma de Marta invadía sus fosas nasales.*

Después de darse una ducha fría, recogería el desastre en que se había convertido el taller la noche anterior y se centraría en el trabajo.

Seguramente esto le ayudaría a no pensar en Marta...

¡¡JA!!

## Capítulo 3

**L**A sala de reuniones de la sede de La Sociedad estaba a rebosar.

Los Miembros Erradicadores en activo al completo, llenaban cada una de las sillas que se habían dispuesto para una de las reuniones más importantes que se habían celebrado en los últimos años.

Todos vestían el uniforme oficial, el cual estaba compuesto por pantalones tipo militar y una sudadera que tenía una capucha tipo pasamontañas para poder ocultar la cara cuando estaban en alguna situación comprometida. También llevaban botas militares, todo ello en color negro.

La única nota de color permitida eran los galones que llevaban en la manga dependiendo del rango que ocupaba cada miembro. Esto, casualmente, iba ligado al nivel económico del mismo y las aportaciones que estos hacían en la cuenta de La Sociedad.

Se organizaban de manera jerárquica.

Los amarillos eran los miembros de más bajo rango, estos aportaban mil euros al año a la sociedad.

Los verdes, eran el rango intermedio y aportaban como mínimo, cinco mil euros al año.

El rango más alto, justo detrás del Gran Padre eran los rojos, entre los que se encontraba Ricardo. Estos tenían que aportar para conservar su condición cincuenta mil euros como mínimo.

Ricardo los había ingresado en la cuenta de La Sociedad a principios de año, con lo cual, continuaría conservando su rango al menos por ese año.

Conversaba con un grupo de miembros rojos cuando sonó la campana que

anunciaba que el Gran Padre entraba en la sala.

Todos los asistentes se pusieron en píe, en señal de respeto.

El Gran Padre iba cubierto con una túnica de pies a cabeza. Ningún miembro de La Sociedad le había visto nunca sin ella. Ocultaba su verdadera identidad escrupulosamente, incluso la voz estaba distorsionada, para que este no fuera un medio para poderle identificar.

Una voz metálica retumbó por toda la sala, mientras el Gran Padre hacía un gesto con la mano para que todos se sentaran.

—Bienvenidos a la reunión caballeros —

La distorsionada voz del líder de la sociedad saludo ceremoniosamente a todos los allí presentes — Se que todos ustedes son personas muy ocupadas y he de darles la gracias por haber acudido a la llamada de La Sociedad con tanta premura — El Gran Padre hablaba como si fuera de otra época — Con lo cual iré directamente al tema que nos ocupa.

Hemos recibido una carta, post mortem, de una persona muy importante de la sociedad madrileña. En ella es denunciada una madriguera de vampiros.

Todos los allí presentes comenzaron a murmurar unos con otros emocionados.

Hacía años que no tenían ninguna denuncia de nadie. En la sociedad moderna la gente cada vez era más descreída.

—¡¡SILENCIO!! — El Gran Padre golpeo la mesa — aunque se dan muchos detalles que me hacen pensar en que puede ser verdad, necesitamos estar seguros de ello. La Policía está detrás de nosotros, aunque tenemos aliados dentro, no quiero correr riesgos sin motivos. He decidido crear un equipo que investigue sobre la veracidad de lo que se denuncia. Solo a los miembros que lo formen se les informará sobre los detalles de la carta y si los resultados de dicha investigación nos hace pensar que todo es verdad, actuaremos sin piedad.

Ricardo no se lo podía creer, por fin algo de emoción para su aburrida vida.

El iba a ser miembro de ese equipo, sí o sí.

—Como ya habéis sido debidamente informados podéis retiraros a continuar con vuestras vidas. Los miembros rojos se quedaran para ultimar los preparativos para afrontar esta misión.

Todos los miembros verdes y amarillos salieron de la sala.

Las órdenes del Gran Padre no se discutían.

Esto era incuestionable.

Hacia algunos años hubo un grupo que se reveló e intentó derrocarlo. Nunca más se supo de ellos. Ricardo había estado jugando a dos bandas en ese momento pero, por suerte para él, nunca se supo y salvó su culo denunciando secretamente a los insurgentes.

Ricardo llegó a su apartamento pletórico de felicidad. Había conseguido que le concedieran el honor de hacer de avanzadilla e investigar sobre los supuestos vampiros sin ninguna petición por su parte. El Gran Padre le había nombrado como el único miembro por motivos que no había explicado, le había asegurado que lo entendería en su debido momento. Todavía no tenía ninguna información de quien se trataba, ni tampoco le habían dejado leer la carta de la denunciante.

El Gran Padre le había asegurado que recibiría todo el material necesario por mensajería en su domicilio en una semana.

Se cogería un par de semanas de vacaciones y se centraría en la misión.

Tenía que conseguir la confianza del Gran Padre. Si esta misión fuera un éxito, él le pediría ser su segundo al mando.

Ricardo llevaba más de diez años como miembro de La Sociedad. Había sido admitido en ella por mediación del cuñado de su ex mujer que era el marido de la hermana mayor de su esposa. Este, que llevaba perteneciendo a la misma desde la universidad, se había ido de la lengua y Ricardo aunque en un principio no creía en seres sobrenaturales, le había parecido una buena excusa para sacar sus más profundas perversiones con la excusa de salvar al mundo de criaturas peligrosas.

Una Nochebuena, su cuñado que había bebido más de la cuenta, salió junto con Ricardo a fumar a la terraza de sus suegros y los dos comenzaron a hablar mientras admiraban la gran luna llena que adornaba el cielo nocturno de Madrid.

Un murciélago pasó volando por delante de ellos y esto dio pie para que su cuñado se le soltara la lengua y comenzara a hablarle de La Sociedad Erradicadora.

Ricardo consiguió convencerle de que le ayudara a ingresar en ella, cosa

que consiguió a cambio de prometerle a su cuñado que siempre le sería fiel dentro de La Sociedad. Cosa que él no tuvo ningún problema en prometer.

Luego le traicionaría ante El Gran Padre en un intento de cambio de líder.

Después de todo esto su cuñado desapareció junto con los otros miembros que se habían confabulado para conseguir el liderazgo de La Sociedad. Su cuñada todavía estaba convencida de que su marido se había ido con alguna joven amante y le había abandonado.

Ricardo sospechaba que estaba a más de tres metros bajo tierra.

\*\*\*

—Venga Jimena, date prisa o llegaremos tarde — Carlos llevaba toda la tarde nervioso perdido.

—Tenemos tiempo de sobra, falta una hora para la cita — Jimena salió de la cocina comiéndose un sándwich de Nocilla. Desde que estaba embarazada tenía un incontrolable vicio por el chocolate.

Tenían cita a las ocho en la clínica de Miguel, el único doctor vampiro que conocían y uno de los mejores amigos de su marido.

Jimena le había conocido por primera vez en la fiesta de inauguración del salón y como todos ellos le había dejado sin palabras.

Miguel era impresionante macho, además de ser un estupendo doctor.

Tenía el pelo castaño claro y unos ojos de color chocolate que, cuando te miraban con esa calidez y sabiduría, hacía que cualquier paciente confiara en él su vida sin ningún tipo de duda.

Aparte de ser un estupendo médico por vocación, contaba con la ventaja de la larga experiencia que dan cientos de años de profesión, con la cual ningún doctor humano podría competir.

Carlos le había contado que el Doctor Miguel López de Mendoza fue nombrado médico por el Real Tribunal del Protomedicato, un cuerpo técnico encargado de vigilar el ejercicio de las profesiones sanitarias, así como de ejercer una función docente y atender a la formación de estos profesionales.

Creado en España en el siglo XV, durante el siglo XVI se extendió a las colonias, fundándose los protomedicatos de México y del Perú.

Miguel era un reconocido médico humano del siglo XIII y decidió viajar al nuevo mundo para encargarse, del recién independizado Protomedicato del

Rio de la Plata en Buenos Aires.

El cómo se había convertido en vampiro, lo desconocía todo el mundo, nunca le había contado a nadie la experiencia. Cuando salía la conversación entre los de su especie eludía las preguntas y cambiaba rápidamente de conversación. Era todo un misterio para todos, no solo como había sido su conversión, sino porque lo ocultaba tan escrupulosamente.

Como todos ellos, era bastante alto, por lo menos tenía que medir 1,95 metros y por supuesto, tenía un cuerpo perfecto.

Nada del típico doctor bajito, barrigón, calvo y con gafas para los vampiros.

Aunque Jimena estaba más que bien servida con su Carlos, tenía que reconocer que el doctor era un hombre muy atractivo. Aunque si era realista ¿Cuál de todos los vampiros era feo?

El timbre de la puerta sonó y Carlos fue a abrirla mientras Jimena se sentaba tranquilamente con su sándwich en el sofá.

Tom entró en la sala.

—Buenas noches Jimena — Tom se plantó delante de ella con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Hola ¿Ya te encuentras mejor? —

Jimena tragó un trozo de sándwich con dificultad ¿Qué quería este ahora? ella apreciaba a Tom, pero estaba bastante mosqueada con él últimamente.

—Si. Quería disculparme por el numerito de ayer.

—A es eso... creo que estas equivocando la dirección de tus disculpas.

—Bueno, solo quería que lo supieras.

—Vale. ¿Has hablado con Marta?

—Algo así. Bueno me voy que veo que ibais a salir — Tom se salió por la tangente como pudo para evitar la conversación.

—Si, tenemos revisión con Miguel —

Carlos echó un capote a su amigo.

—Bueno os dejo. Espero que todo vaya bien. Si me necesitáis estaré en el taller.

Jimena se levantó del sofá y se dirigió al baño del dormitorio para lavarse los dientes. Cuando hubo acabado cogió su bolso y la carpeta de los informes

médicos y se dirigió junto a Carlos a la tercera y última planta del aparcamiento del edificio. Esta era propiedad de Carlos pero había sido cedida, altruistamente, al doctor para que fuera la sede de la secreta clínica.

—Mira Carlos, se que Tom es muy amigo tuyo pero... se está comportando como un verdadero capullo con el tema de Marta.

—Créeme que lo se — Carlos cogió a Jimena de la cintura, la beso en los labios y se dirigieron hacia la puerta.

\*\*\*

Tom cerró la puerta del taller y colocó dos de las tres botellas que acababa de comprar en una licorería, en la estantería de la cocina. Abrió la tercera y sin molestarse en coger un vaso, le dio un largo trago. Dejó la botella sobre la mesa y se concentró en el trabajo.

Llevaba meses trabajando en un proyecto, que de salir bien, sería una revolución para los vampiros. Se trataba de un traje con el cual podrían salir a la luz del día. Este estaba completamente forrado con una fina capa de plomo y cubría el cuerpo al cien por cien. Era un poco armatoste aunque, contando con que el peso no era un problema para los vampiros, lo único que tenía que mejorar era la elasticidad del material para que no impidiera la movilidad y no se agrietara si el usuario hacía un movimiento brusco.

Tom llevaba más de tres horas trabajando, cuando escuchó pasos sobre su cabeza. Jimena y Carlos debían haber regresado de la clínica. En otro momento hubiera subido corriendo para que le contaran como había ido todo, pero después de lo del día anterior, no se atrevía a campar por el apartamento de la pareja como hacía en el pasado.

Además se acababa de beber una botella de tequila él solito, aunque no estaba tan borracho como la última vez, Carlos se daría cuenta en el momento en que le viera.

Al día siguiente por la mañana subiría a preguntar si estaba todo bien.

Tom siguió trabajando cuando escuchó unos ruiditos en la puerta. Salió y no vio a nadie en el pasillo, pero un maullido llamó su atención y miró al suelo para ver a Isidro sentado mirándole fijamente. Definitivamente estaba algo borracho, si estuviera en plenas facultades hubiera detectado al gato incluso antes de abrir la puerta.

—Hola amigo ¿quieres pasar?

El gato, como si le hubiera entendido perfectamente, paso al taller y se tumbó en el sofá. Parecía que el animal entendía que Tom necesitaba compañía y el minino venía dispuesto a dársela.

Tom volvió a escuchar jaleo en el piso de arriba, seguramente alguien había ido a visitarles.

Isidro levantando las orejas, se bajó de un salto del sofá y salió disparado hacía la puerta maullando fuertemente para decirle a Tom que la abriera cuanto antes. Últimamente ni el gato quería pasar demasiado tiempo con él.

Tom, aunque reconocía que se estaba comportando como un gilipollas autocompasivo, no lo podía evitar.

Se levantó para abrirle la puerta y el gato salió corriendo por el pasillo. El animal se paró en seco y miró a Tom maullándole para que le siguiera.

—Que va — dijo el vampiro — Ahora no voy a subir.

El gato corrió hacía él y comenzó a restregar su cuerpo contra sus pantalones, incitándole para que fuera tras él.

—Está bien, está bien. Te acompañaré hasta el piso de arriba y luego me bajo —

Ese maldito gato sabía más de lo que parecía.

\*\*\*

Marta había salido de trabajar a las tres de la tarde y se había ido al apartamento de Chelsea dándose un paseo.

Necesitaba pensar.

La conversación de esa mañana con Tom la había dejado agotada. En esos momentos se encontraba en *stand by* y no sabía cómo afrontar la situación. Se sentía fuertemente atraída por él vampiro, pero estaba bastante claro que él la odiaba y ella no se podía sentir más frustrada por ello.

Comenzó a vestirse. Había quedado con Jimena en que iría a verla cuando viniera de la clínica. Marta miró su móvil y vio un mensaje de su amiga.

*“Todo OK. Nos vemos en casa en 30’”*.

Cómo eran las nueve de la noche, Marta decidió darse un paseo hasta la Quinta Avenida a pie.

Cuando llegó al apartamento Jimena estaba pletórica. La sonrisa que tenía en la cara era impresionante. Marta se acercó a ella y las dos se abrazaron.

—Me alegro de que todo haya ido bien.

Pero necesito detalles.

—El doctor nos ha dicho que el embarazo es perfectamente normal, la ecografía muestra un feto de dieciocho semanas y — Jimena miró a su marido que estaba sentado en el sofá con una expresión de alivio impresionante. Era como si le acabaran de quitar una viga de acero de la espalda en aquel preciso momento — nos ha dicho que parece un niño.

—Enhorabuena a los dos, no sabéis lo feliz que soy por vosotros — Marta en ese momento comenzó a llorar sin saber exactamente por qué.

No sabía si era por el alivio de saber que ni su amiga ni su hijo corrían peligro, si por la tensión del cambio de vida por la situación que tenía con Tom

o por todo a la vez. El caso es que sus ojos comenzaron a soltar lágrimas como si fueran un torrente y ya no pudo parar.

Carlos se levantó, parándose en el sofá donde estaban sentadas las dos amigas, beso en la cabeza a Marta y en los labios a su mujer y salió de la sala.

Jimena abrazó a su amiga y sin decirle nada la dejó que se desahogara. Después de quince largos minutos Marta dejó de llorar aunque seguía con hipo.

Seguramente ya no le debían quedar más lágrimas.

Carlos pasó de largo por la sala en dirección a la puerta. Isidro llevaba un rato arañando la puerta para que alguien le abriera. Cuando el moreno vampiro abrió, el gato entró como una exhalación para subirse a las piernas de Jimena. El animal quería comprobar por él mismo que su querida ama estaba perfectamente. Después pasó a las piernas de Marta, que le regaló una tanda de caricias.

Las dos miraron hacía la puerta donde Carlos estaba hablando con alguien en voz baja.

—¿Quién es que no le invitas a entrar? —

Jimena se levantó para tener mejor perspectiva de la puerta.

—Soy yo Jimena — Tom asomó la cabeza por la puerta — me alegro de que todo esté bien, solo estaba hablando con Carlos de cómo había ido la

revisión.

—¿Por qué no pasas y hablamos más cómodamente? — Carlos y Marta miraron a Jimena con los ojos como platos.

—Bueno yo ya me iba — Marta se levantó dejando a Isidro a un lado del sofá.

—Tú no te mueves de aquí. Tom haz el favor de pasar y sentarte — Jimena habló con el tono de voz de un mando del ejército. En ese momento Marta vio uno de los pocos parecidos que tenía su amiga con la madre que la trajo al mundo — Vamos a solucionar esto en este preciso momento, no quiero que mi hijo tenga los padrinos mas estúpidos de todo el planeta. Tenéis que solucionar esto que os traéis entre vosotros como sea. Esta situación no hay quien la aguante. Como por culpa del estrés que me está creando salga el niño llorón, os vais a turnar por las noches para dormirle vosotros.

—¡PADRINOS! — Marta y Tom hablaron a la vez.

—Si, Carlos y yo lo hemos hablado y los dos estamos de acuerdo en que vosotros seáis los padrinos. Si estáis de acuerdo claro.

Marta se levantó de un salto y se abrazó con todas sus fuerzas a su amiga. Tom se sentó en el sofá y se quedó en silencio con un gesto indescifrable.

—¿Te encuentras bien? — Carlos se acercó a su amigo algo preocupado.

—Si, si... solamente yo... no me esperaba que pensaras en mi como padrino de tu hijo — Tom tenía los ojos brillantes y parpadeaba disimuladamente, miró fijamente a su amigo y se levantó para dar la mano a Carlos — Será un honor ser el padrino de tu primogénito.

—Estupendo, todos contentos — Carlos tiró de él y le dio un fuerte abrazo.

Tom se soltó de su amigo con un carraspeó y se dirigió hacia donde estaban las dos amigas.

—Jimena será un honor cuidar de tu hijo. Daré mi vida por él si en algún momento fuera necesario.

—Lo sé Tom. Eres el mejor amigo de mi marido y el confía plenamente en ti.

—Marta — Tom miró a la pelirroja y la tendió la mano — ¿firmamos una tregua en beneficio de nuestro ahijado?

Marta se quedó mirando los ojos de Tom y después miró la mano extendida del vampiro y extendió la suya para juntarla con la de él. En el momento que se tocaron, una corriente de energía sexual le recorrió todo el cuerpo y se le doblaron las rodillas. Si no hubiera estado justo al lado del sofá se habría caído redonda al suelo.

—Estupendo por algo se empieza —

Jimena se levantó del sofá y se dirigió a la cocina — ¿os apetece una taza de chocolate caliente para celebrarlo?

## Capítulo 4

**T**OM llevaba varios días dándole vueltas al tema de ser padrino.

Él nunca había tenido la esperanza de ser nada parecido a un padre, sobre todo después de lo que había pasado con Nanna. Aunque nunca sabías lo que te deparaba el futuro, si no que se lo dijeran a Carlos. Si le hubiera contado solo hacía unos meses a su amigo, lo que tenía en esos momentos, hubiera ido directamente a la papelera del taller para ver cuántas botellas de tequila vacías había en ella.

*Tom esperaba a que Nanna volviera a visitarle con ansia, pero esto no ocurrió.*

*Ni ese día, ni la semana siguiente.*

*Al octavo día, Tom se paseaba nerviosamente por la habitación cuando escuchó pasos fuera. Agudizó el sentido del oído y aunque no conseguía saber qué es lo que hablaban, reconoció el tono sensual de Nanna.*

*Arrastró con cuidado las cadenas de plata que todavía llevaba atadas a los tobillos. Aunque Nanna le había protegido con vendas la zona de su cuerpo que tocaba el metal, tenía que tener cuidado cuando se movía para que no le rozara la piel que tenía expuesta, esta era una lección que había aprendido muy bien los primeros días de su cautiverio.*

*Se acercó a la pared del fondo de la habitación que era por donde parecía que procedían las voces y colocó la oreja para intentar escuchar la*

*conversación. Tom reconoció la voz de Nanna hablando con un hombre.*

*—Estás totalmente segura — una grave voz masculina hablaba con autoridad, estaba marcada con un fuerte acento que a Tom le pareció alemán. Se notaba que estaba acostumbrado a que se le obedeciera.*

*—¿Desde cuándo dudas de mi Albert?—*

*Nanna le contestó con tono ofendido —*

*Te recuerdo que estás hablando con una poderosa bruja nórdica. Mis métodos nunca fallan.*

*—Pues en ese caso nos tendríamos que deshacer de él cuanto antes.*

*—Eso déjame a mí. Le tengo bebiendo en mis manos — Nanna usaba un tono de desprecio al hablar de Tom, que no tenía nada que ver con el que utilizaba cuando estaba con él.*

*—No quiero que te vuelvas a acostar con él. No sé hasta cuando voy a poder controlarme y no ir yo mismo a cortarle la cabeza.*

*—¿Estás celoso? — Nanna ronroneo la frase — Ya te he dicho muchas veces que no significa nada para mí. Es solamente un medio para conseguir nuestro propósito. Yo solo te amo a ti y creo habértelo demostrado sobradamente. Después de tantos años e intentos fallidos estamos tan cerca de conseguirlo, no dejaremos que nada ni nadie nos separe. Ha sido tan difícil encontrar a alguien que fuera físicamente tan parecido a ti. Fue una suerte que lo encontraras por casualidad. Crearemos la raza de vampiros y brujas más pura... Pero para eso necesito su semen, con un solo hijo no será suficiente, guardare su semen antes de matarlo para futuras inseminaciones.*

*—¿Es eso posible? — él hablaba con incredulidad.*

*—Ya te he dicho que no subestimes a una bruja nórdica. Tenemos nuestros métodos. Y además tenemos el don de la clarividencia, dentro de unos años la medicina humana avanzará lo suficiente para que no sea necesario el coito para tener hijos.*

*—Eso será una pena.*

*Las voces se convirtieron en un susurro. Tom se sentó en la cama totalmente bloqueado. Le estaban utilizando como semental y en ese momento habían decidido que ya no les servía y se querían deshacer de él.*

*Nanna le había estado mintiendo y ya no estaba seguro de nada de lo que le había contado.*

*¿Nanna era una bruja?*

*Dios, tenía que poner todas sus ideas en orden. Él siempre se había considerado una persona inteligente.*

*Aunque en esas últimas semanas se había comportado como un verdadero lerdo.*

*¿Cómo se había podido creer todo lo que le había contado una desconocida?*

Se merecía todo lo que le estaba pasando, por imbécil.

\*\*\*

Marta estaba un poco desconcertada con la actitud de Tom esos últimos días.

La trataba con educación “*buenos días, buenas tardes*” sonrisa amable cuando se cruzaban por los pasillos... Dios se iba a volver loca, tenía ganas de cruzarle la cara. Había pasado de odiarla, a tratarla como a la vecina de setenta años del otro lado del rellano de la escalera, a la que te jode encontrarte en el ascensor.

Marta subió corriendo la escalera de caracol en dirección a la sala de estar.

Necesitaba un café por vena en ese mismo instante. Era viernes y la peluquería estaba hasta la bandera, llevaba sin parar desde las ocho de la mañana y eran las doce del mediodía y ni siquiera se había parado a mear.

Cuando salía del wc para dirigirse hacia el cuarto de estar, vio a Isidro que se escabullía rápidamente con algo de comida en la boca por el pasillo. Este, al verla, se paró y se restregó por sus tobillos ronroneando y Marta se agachó para acariciarle.

—Hey ¿Qué has pillado esta vez?

En ese momento, se abrió la puerta del servicio de caballeros y Tom salió

rápidamente, sin percatarse de que Marta estaba justo delante agachada.

Antes de que pudiera reaccionar estaba sujetándola por las caderas y con cierta parte de su anatomía pegada a su culo.

El gato salió corriendo como si no quisiera ser testigo de la bochornosa escena.

—Joder... perdón... yo... no te había visto — Tom no sabía dónde meterse.

Bueno... si.

Tom soltó rápidamente a Marta, con lo cual lo único que consiguió es que esta se cayera de boca al suelo patéticamente.

—Dios lo siento — la cogió de las axilas y la puso de pie sin esfuerzo.

Marta que tenía las mejillas a punto de estallar, se recolocó el uniforme y se quedó mirándole.

—Seguro que esto no te pasa con la vecina — Marta habló en un susurro.

—¿Cómo? — Tom no entendía nada ¿Qué había dicho de la vecina?

Marta se fue sin contestarle. Dejándole allí plantado, en medio del pasillo, con una erección de campeonato Tom salió disparado a su refugio. Este gesto se estaba repitiendo demasiado a menudo últimamente.

Era un maldito cobarde.

\*\*\*

Lola estaba empezando a desesperar.

Gracias al duro entrenamiento en el gimnasio de artes marciales al que se sometía cada día y al que le permitían ir gratuitamente mientras estuviera en el paro, podía canalizar los negativos sentimientos que le abrumaban.

Desde que era muy niña practicaba el karate y era cinturón negro desde que tenía quince años. Aunque daba clases a un grupo de niños pequeños, no cobraba por ello pues sabía que su sensei y dueño del gimnasio estaba al borde de la quiebra, además a ella le gustaba hacerlo. Aunque le tenía dicho, que si ella encontraba un empleo que no fuera compatible con ello, con todo el dolor de su corazón, lo tendría que dejar.

Llevaba ya varios meses en el paro y no encontraba nada. La crisis en España estaba haciendo estragos y era realmente complicado encontrar empleo. Además de estar apuntada al INEM, se había recorrido todas las ETT

de Madrid y todos los hospitales y residencias de ancianos que conocía. Aunque hubiera trabajado de doncella durante muchos años, también tenía el título de auxiliar de enfermería y estaba intentando encontrar trabajo también por esa rama.

Una tarde, cuando Lola llegó a casa de su madre después de estar pateando las calles de la ciudad en su incesante búsqueda de empleo, se dirigió a la nevera muerta de sed. Había una nota con la letra de su madre, sujeta con un imán a la nevera. Decía que le había llamado un hombre para ofrecerle un empleo junto a un número de teléfono.

Lola, como había dejado currículos por tantos sitios, no recordaba exactamente quién era ese tal Ricardo. En su desesperación no quiso darle muchas vueltas y cogió inmediatamente el teléfono para llamar.

—Dígame — una voz masculina sonó al otro lado de la línea.

—Hola, soy Dolores Carmona, tengo un mensaje suyo en relación a una oferta de trabajo.

—A sí. Estaba buscando una asistente personal. Sé que usted estuvo trabajando para una buena amiga mía y quería saber si le interesaría.

—Por supuesto que me interesa, en estos momentos necesito trabajar — Lola no se lo podía creer, por fin una oferta de trabajo seria. Estaba harta de trabajos por los que te pedían dinero ¿Quién era tan estúpido de dar dinero para trabajar? Se supone que es a ti a quien tienen que pagarte. Siempre había hijos de mala madre que se aprovechaban de la desesperación de las personas.

—Estupendo. Le llamaré cuando tenga el contrato listo para que lo firme.

Ricardo no se podía creer su suerte. Esa misma mañana había recibido en su casa la documentación sobre la misión.

Resultaba que uno de los sospechosos de ser vampiros era su jefe. Le habían servido su venganza en bandeja de plata.

Se había leído la copia de la carta de la Duquesa un montón de veces. En ella explicaba con pelos y señales todos los detalles de lo que había descubierto y daba direcciones y teléfonos, también informaba de la existencia de su doncella que, aunque en un principio se fiaba de ella, no podía estar segura de que no hubiera leído la carta antes de enviarla.

La Duquesa era desconfiada incluso después de muerta.

Ricardo decidió que si ella sabía algo, sería mejor tenerla en su servicio mientras la necesitara, después la pondría a la disposición de La Sociedad para que hicieran con ella lo que consideraran.

\*\*\*

Tom entró en tromba al taller, cerró la puerta con un sonoro portazo y se dirigió directamente al armario donde guardaba el tequila. Desenroscó el tapón de la botella y le dio un largo trago que le abrasó la garganta.

Se dirigió hacia el cuarto de baño con la botella en la mano, mientras iba tirando la ropa por el camino. Abrió el grifo del agua fría y se metió dentro de la ducha con la botella. Mientras que el agua se deslizaba por su piel Tom dio un largo trago al tequila. Con la mano que le había quedado libre se agarró fuertemente el pene, tendría que masturbarse o pasaría las próximas horas con un fuerte dolor de huevos.

Comenzó a acariciarse el mismo, arriba y abajo, sin ceremonias, esto era un simple acto fisiológico. De repente, la cara de la pelirroja se le adosó a la parte frontal de su cerebro, era el gesto que tenía en la cocina del apartamento de Madrid, cuando ella le provocaba mientras bebía un vaso de agua. El orgasmo lo arrolló desde todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo para ir directamente a sus testículos. Se corrió con un fuerte grito que debió escuchar todo el edificio, mientras caía de rodillas en el suelo de la cabina de ducha. La botella se rompió con un fuerte golpe y los cristales se le clavaron en la mano. Muy bien, lo que faltaba, se había hecho un profundo corte en la mano izquierda. Salió de la ducha con mucho cuidado para no cortarse en los pies y después de quitarse los cristales clavados, se envolvió la mano con la toalla del lavabo.

\*\*\*

Marta cerró la puerta de la sala de estar y se preparó un café. Estaba hasta las narices de la aptitud del estúpido vampiro. Se quedó mirando la taza y con un arrebato la tiró a la pila.

Ese la iba a oír.

Todavía la quedaba unos veinte minutos de la media hora de su tiempo para el desayuno, suficiente para decirle cuatro cosas al capullo de Tom.

Salió disparada en dirección al ascensor y en cosa de cinco minutos estaba aporreando la puerta del taller.

Cuando iba a dar la tercera tanda de puñetazos la puerta se abrió. Tom estaba únicamente vestido con una pequeña toalla atada a las caderas. Madre del amor hermoso como se podía estar tan bueno. A Marta se le olvidó lo que venía a decir, el cerebro se le había convertido en crema batida.

—Si me quieres agredir no te molestes, ya lo he hecho yo solito — Tom levantó la mano que se había cortado.

—¿Qué? — Marta miró la toalla que envolvía la mano de Tom. Estaba empapada de sangre — ¿Qué te ha pasado?

—Me quería cortar las venas pero, como todo lo que hago últimamente, me ha salido mal — Tom sonreía sin ganas.

—¿Me dejaras que vea la herida? Estoy acostumbrada a los cortes, trabajo en una peluquería — ja, ja.

—Haz lo que quieras — Tom se dio la vuelta y se dirigió al baño dejando la puerta abierta detrás de él.

Marta se quedó mirando desde la puerta como Tom se metía en lo que parecía ser un cuarto de baño. Le siguió con cautela, se suponía que si había dejado la puerta abierta era para que ella pasara y sino que la hubiera cerrado.

Era la primera vez que entraba en el taller de Tom que por lo visto, también hacía las veces de apartamento.

Se asomó al baño y cuando vio el panorama se quedó petrificada. La ducha estaba llena de sangre y cristales.

Tom tenía en la mesa del lavabo un neceser abierto con material sanitario y sacó una aguja con hilo para suturar heridas.

—Que pasa pelirroja ¿no aguantas un poco de sangre?

—¿Qué te ha pasado? — Marta se tragó el nudo que tenía en el estomago e intento hacerse la fuerte.

—Un accidente domestico — Tom siguió preparando el hilo y comenzó a coserse la mano.

—¿Eso no debería hacerlo un sanitario cualifi...?

A Marta se le borró la vista y ya no fue consciente de nada.

Cuando despertó, estaba tumbada en una cama del tamaño de un campo de fútbol.

Se hecho la mano a la frente en la cual sentía peso y notó un pinchazo de dolor.

—Deja el hielo donde está. Te has dado un buen cabezazo contra el suelo — Tom le habló desde la mesa de trabajo al otro lado del biombo.

—¡Madre mía! Me tengo que bajar al salón, estamos hasta arriba de trabajo — Marta se levantó de un salto e inmediatamente se volvió a tumbar —

Uff, que mareo.

—Estate quieta o te vas a poner la frente como una cordillera. No te preocupes por el trabajo, llamé hace una hora para advertirles que no te encontrabas bien.

—¡¡UNA HORA!! ¿Cuánto hace que estoy aquí?

—Hora y media aproximadamente.

Tom hablaba con Marta mientras seguía concentrado en el trabajo. Aunque lo de “concentrado” era solo aparentemente, pues no había podido pensar en otra cosa que en ella.

Si no hubiera sido porque el Sol estaba en todo lo alto, tendría todas las ventanas abiertas para que entrara el aire del exterior o, mejor aún, la polución de la transitada quinta avenida de Nueva York, esta taparía mucho mejor el exquisito aroma de la sangre de Marta. Tenía los colmillos semiextendidos desde el momento que la había tenido que coger en brazos y tumbarla sobre su cama.

Marta comenzó a levantarse con cuidado para controlar el mareo. Se puso de lado en la cama y se ayudó con los brazos.

¿Qué le habría pasado? Ella nunca se había mareado por ver sangre, de hecho cuando vivía en su pueblo de Galicia, su madre había tenido que asistir algún parto de alguna vecina que no le había dado tiempo a desplazarse al hospital y ella había estado echando una mano.

Jamás había tenido ningún mareo a consecuencia de la sangre. Pero al ver la sangre de Tom había sido como si se le cortocircuitara el cerebro, una reacción de lo más extraña.

Marta se levantó de la cama con cuidado y se dirigió hacia la puerta del taller.

—¿Dónde crees que vas? — Tom se levantó de la silla y se puso delante

de ella impidiéndola el paso.

—Quítate del medio Tom, ya has hecho suficiente esfuerzo por hoy. No quiero que soportes más mi presencia sin necesidad. Voy a recoger mis cosas y cogeré un taxi que me lleve a mi apartamento — Marta le miraba fijamente a los ojos desafiante.

Tom la aguantó la mirada durante un largo minuto, pero no se quitó del medio.

—No entiendes nada — Tom hablaba bajito, como si en vez de a ella, se lo estuviera diciendo a sí mismo.

—Pero ¿Qué tengo que entender? ¿Que en cuanto supiste que era bruja dejaste de mirarme a la cara? ¿Qué me odias y no soportas estar a mi lado? ¿Qué te di mi sangre y no he escuchado de tu boca ni un simple “gracias”?

—Gracias — ¡AHORA YA NO VALE! El problema que tuvieras con alguna bruja no tiene nada que ver conmigo. Eres un estúpido capullo de mierda — Marta daba golpes con el dedo índice en el pecho de Tom, que se había ido acercando a ella hasta que sus cuerpos estuvieron totalmente pegados.

—Yo no te odio.

Tom sujetó la mano de la pelirroja con la que le estaba golpeando y se llevó el dedo a la boca pinchándolo con un colmillo y saboreando la gota de sangre.

Esta se deslizó por su lengua, haciendo estragos en su organismo según este la iba absorbiendo.

Marta se había quedado con la boca entreabierta. El único sonido que salió de ella mientras Tom lamía su dedo, fue un gemido de placer. Era patética, hacía unos segundos le habría podido matar y ahora, porque le había lamido el dedo, sería capaz de irse a la cama con él sin pensárselo dos veces.

TOC, TOC, TOC.

Alguien llamó a la puerta. Marta y Tom seguían mirándose fijamente a los ojos.

TOC, TOC, TOC.

—¿Vas a abrir? — Marta tiró de su mano, que todavía estaba entre las de Tom.

—¿Quieres que lo haga?

—Sí, creo que será lo mejor.

Tom soltó la mano de Marta y se dirigió a la puerta para abrirla. Al otro lado del umbral estaba Carlos que se quedó mirando a Marta con cara de sorpresa.

—Bueno yo me voy — Marta aprovechó para desaparecer. No tenía ganas de enfrentarse a los dos vampiros en esos momentos.

Carlos se echó a un lado para que Marta pudiera salir y miró a su amigo con gesto interrogante. Tom se dirigió a la cocina a coger la botella de tequila que le quedaba en el armario. Dio un largo trago y se dio la vuelta para enfrentarse a Carlos.

—¿Qué ha pasado aquí? Huele a sangre.

—Me corté.

—Ya veo. También huele a sangre de Marta.

—Se mareo al ver mi sangre y se dio un golpe en la cabeza contra el suelo.

—Vale — dijo Carlos mientras se pasaba nerviosamente la mano por el pelo —

Eres mi amigo, pero ella mientras este en Nueva York está bajo mi protección.

Espero que no tengamos ningún problema.

Tom se quedó mirando fijamente a su amigo. Aunque este tenía razones para amenazarle y su lado racional lo entendía, un vampiro macho tenía una naturaleza salvaje y no le estaba haciendo ninguna gracia sentirse amenazado.

—Bueno — Tom decidió cambiar de tema — ¿a qué debo tu visita?

—Toma — Carlos le seguía mirando fijamente — Carlos le tendió un sobre —

el sábado por la noche vamos a celebrar una fiesta privada en El Hematology.

Vamos a celebrar con nuestros amigos el embarazo. Queremos hacerlo público.

Dentro de poco se le va a notar a Jimena y es mejor que todo el mundo lo sepa.

—Gracias. Allí estaré.

\*\*\*

Jimena cogió el teléfono por tercera vez y lo volvió a colgar. Llevaba media hora intentado llamar a sus padres pues no pensaba celebrar la fiesta de su embarazo sin que sus padres lo supieran.

Una cosa es que lo supieran los amigos más cercanos y otra que lo supiera todo el mundo menos ellos.

Se sentó recta, respiró hondo tres veces, descolgó el teléfono y marcó el número de casa de sus padres por cuarta vez.

Después de dos tonos la voz de su madre sonó al otro lado de la línea.

—¡Hola cariño!! — Manuela estaba emocionada de hablar con su hija.

—Hola mamá ¿Cómo estáis?

—Nosotros muy bien. ¿Te pasa algo? — a Manuela no se le escapaba una.

Acababa de conectar el radar de madre y ya no había por donde escaparse.

—Si... algo hay — Jimena tenía un nudo en la garganta.

—Desembucha o me cojo un taxi ahora mismo hacia el aeropuerto.

—Estoy embarazada de dieciocho semanas — Jimena cerró los ojos esperando la reacción de su madre.

La línea se quedó en silencio. Jimena empezó a contar para sus adentros uno, dos, tres...diez.

—¿Mamá? Sigues ahí.

—Ay madre — Manuela carraspeó —

¡ABUELA YA!

—No estaba planeado. Sé que es un poco pronto...

—¡Pero no lo sientas! Los niños son alegría. Hay dios mío, cuando se lo cuente a tu padre, no le va a caber una pajita por el...

—Te quiero mamá — Jimena ya no pudo aguantarse más y comenzó a llorar como una magdalena.

—Pero no llores cariño. Es normal que estés un poco alterada. Las hormonas del embarazo te hacen ver las cosas un poco distorsionadas.

—Yo... siento no habértelo dicho antes.

Queríamos asegurarnos de que todo iba bien antes de hacerlo público.

—¿Eso es lo que te preocupa? Cariño, somos tus padres y te queremos. Pero ahora estás casada y las decisiones que tomes tienen que ser en consenso

con tu marido. Tu padre y yo nos adaptaremos a lo que vosotros decidáis.

Jimena se tiró más de una hora hablando con su madre.

Cuando colgó el teléfono, el nudo del estomago que tenía hacia días y que ella achacaba al embarazo, había desaparecido. Se levantó de la butaca y se dirigió a la cocina a mirar dentro de la nevera. Esa era una manía que tenía desde pequeña, cuando estaba aburrida se iba a mirar la nevera. De repente sintió como unos fuertes brazos la abrazaban desde atrás.

—¿Encuentras algo apetecible? —

Carlos retiró el pelo de Jimena con la nariz y le besó en el cuello.

—Ahora sí — Jimena se dio la vuelta y besó a su marido en los labios.

Él la devolvió el beso con pasión. La cosa se fue calentando y Carlos la cogió en brazos para subirla al dormitorio.

El siguiente par de horas lo dedicaron a hacerse el amor el uno al otro.

Jimena descansaba abrazada a su marido con la cabeza apoyada en su pecho.

—He estado hablando con mi madre.

—¿Ya le has informado de la buena nueva?

—Sí. Se lo ha tomado muy bien. Tenía que haberlo hecho antes.

—Me alegro mucho — Carlos acariciaba el pelo de su mujer, no podía evitar tocarla continuamente cuando estaban juntos, todavía le costaba creer su suerte.

Jimena gateó sobre el cuerpo de su marido.

—Ummm, eres insaciable — Carlos la cogió por la cintura y se la sentó encima.

—No te emociones, solo iba a coger el teléfono de tu mesilla. Aunque después de la llamada seré toda tuya. No he visto a Marta en todo el día y tampoco me ha llamado. Es un poco raro.

—Yo la he visto este mediodía — Carlos se rascaba la cabeza mientras hablaba, gesto que Jimena reconoció, era el que siempre hacía inconscientemente cuando había algo que no tenía muy claro.

—¿Yyyyyyyyyyyyyyy?

—Estaba en el taller de Tom cuando fui a darle la invitación de mañana. Se fue en cuanto llegué, no parecía que hubieran discutido — Carlos se afanaba en tranquilizar a su mujer.

Jimena comenzó a marcar el teléfono de su amiga a velocidad supersónica. Si Marta se creía que se podía convertir en una isla lo llevaba claro. Como no le contara todo con pelos y señales, le retiraría la palabra indefinidamente.

## Capítulo 5

**M**ARTA casi había terminado de vestirse para ir a la fiesta en el club Hematology.

Hacía diez minutos que había colgado el teléfono, las dos amigas se habían pasado más de una hora hablando.

Jimena le había hecho el tercer grado sobre los motivos por los que había estado en el taller de Tom el día anterior. Estaba de lo más ofendida, porque el día de antes Marta no había contestado a su llamada. La verdad es que no había oído el teléfono y cuando vio la llamada perdida, no había sabido que podría contarle sobre la rocambolesca situación del día anterior.

En fin, que al final Jimena había vuelto a llamar y había conseguido que Marta le contara toda la historia, las dos habían terminado muertas de risa con el numerito del pasillo del que fue testigo el gato. Esperaba que cuando se encontraran esa noche en la fiesta no les volviera a dar la risa tonta, o los invitados pensarían que esas dos españolas estaban como una cabra.

Sonó el telefonillo de la calle y salió corriendo mientras se ponía los zapatos de tacón alto.

Se los había comprado esa misma tarde de camino a casa, junto con un vestido, algo más corto de la cuenta, pero que le quedaba genial.

Era totalmente elástico desde las mangas largas y estrechas que le llegaban a las muñecas hasta un palmo por debajo de su trasero. El escote era bastante pronunciado y tenía forma de pico, aunque lo que más le había llamado la atención a Marta, había sido el estampado, este era de lo más original, estaba compuesto por impresiones en la tela de todos los colores

sobre un fondo blanco, como las que se ven cuando se mira por un caleidoscopio.

Marta se había parado en seco frente al escaparate, cuando lo había visto de reojo al pasar andando por delante de la tienda. Suerte que no hubiera sido excesivamente caro, porque se lo hubiera comprado de todas las maneras.

Para rematar el look se había recogido el pelo de manera informal, dejando que varios mechones rizados le cayeran sueltos y se había maquillado utilizando delineador de ojos, este le hacía tener una mirada felina. Siempre le habían dicho que tenía ojos de gata y ella, cuando quería, los sabía sacar todo el partido.

Salió a la calle donde Michael la esperaba con la puerta trasera del Cayenne abierta, al igual que su boca.

—No te crees ni tú que vaya a ir en el asiento de detrás. Te agradezco el favor de que me vengas a recoger, pero que quede claro una cosa, somos compañeros de trabajo. Yo soy Marta Saavedra no Paris Hilton.

—Me estas recordando a cierta señorita que vine a recoger meses atrás — Michael no pudo contener la carcajada.

—¿Ah sí? Por eso nos llevamos tan bien. Y haz el favor de mirarme a la cara — Marta levantó con un dedo la cara de Michael, que tenía los ojos fijos en su escote.

Michael metió la marcha del coche con una sonrisa picara en la cara y salió disparado hacia el club.

\*\*\*

Tom se había ido al club andando.

Aunque Carlos le había llamado para ver si quería ir con ellos en el coche, este se había excusado diciendo que tenía muchas cosas que hacer y que ya iría él por su cuenta. La verdad era que, aunque había bebido la suficiente sangre embotellada para mantenerse un mes, estaba un poco alterado por culpa de la gota de sangre de Marta y quería que le diera el aire de la noche.

A ver si se despejaba antes de tener que enfrentarse otra vez a ella.

Llegó al club algo pronto. Entró por la puerta trasera de la cual tenía llave y se dirigió directamente a la barra. Stefan estaba hablando con Carmen,

mientras esta le servía una copa de color rojo opaco, para ocultar lo que contenía en su interior.

—Hey tío. Benditos los ojos que te ven — Stefan ofreció la mano a Tom y este se la estrecho de inmediato. Era gracioso como a un vampiro Ruso se le habían pegado frases tan típicas españolas.

Carmen y él eran muy amigos y pasaban muchas horas juntos. Algunas veces sonaba hasta con el acento sevillano que tan arraigado tenía la vampira andaluza.

—He estado muy ocupado — Tom dio dos besos a Carmen y cogió una banqueta para sentarse al lado de su amigo.

—Siempre se puede encontrar un ratito para los amigos “mi arma” — Carmen se dispuso a servirle lo mismo que a Stefan.

—No Carmen — Tom la paró con gesto de la mano — ponme un tequila.

—¡¡OLE!! Hoy venimos con ganas de fiesta — Carmen se volvió para coger la botella de la estantería.

Los dos vampiros llevaban una media hora en la barra hablando y tomándose sus copas, cuando Stefan soltó un silbido.

—Si no fuera porque soy gay hasta la medula, esa mujer no se me escapaba esta noche.

Tom se dio la vuelta para mirar a la mujer que se refería Stefan. Se quedó congelado en la silla. Marta acababa de entrar por la puerta principal cogida del brazo de Michael, que dicho sea de paso, aunque fuera uno de sus mejores amigos, ahora mismo lo único que le apetecía era arrancarle la yugular.

Ella estaba espectacular. Todas las miradas masculinas y algunas femeninas estaban clavadas en la pelirroja. A Tom una única palabra le rebotaba en el cerebro como una pelota de ping pong.

MIA, MIA, MIA...

—Hey amigo ¿te encuentras bien? —

Stefan llamó la atención de Tom.

—Si ¿Por qué lo preguntas? Tom reaccionó y se dio la vuelta en la banqueta para mirar hacia la barra.

—Pues por nada en especial.

Básicamente es que tienes los ojos como dos semáforos.

—Joder — Tom se puso la mano para ocultar su boca y se levantó rápidamente de la silla en dirección a los aseos.

Entró en la cabina de wc y se apoyó en la pared, mientras daba pequeños golpes con la cabeza en los azulejos. Se mantuvo allí durante el tiempo que le costó volver a un estado, lo suficientemente controlado, como para salir.

Cuando por fin sus colmillos se retrajeron salió de la cabina y se encontró con Stefan apoyado en los lavabos esperándole. Tom se acercó sin decir nada y se lavó las manos mientras se revisaba en el espejo para ver si los ojos volvían a ser de su color normal.

—Así que ese es el motivo de que estés tan alterado últimamente — Stefan no preguntaba, afirmaba.

—Déjalo. No quiero hablar sobre este tema — Tom se secó las manos con una toalla de papel y salió del baño.

—Está bien, está bien — Stefan levantó las manos en señal de rendición y le siguió hacia la sala.

\*\*\*

Marta llevaba buscando a Tom con la mirada por toda la sala desde que había entrado con Michael. Le había parecido verle sentado al final de la barra, pero se había entretenido en saludar a unas compañeras del salón y ya no le había vuelto a ver.

De repente se escucharon aplausos y Marta se unió a ellos para dar la bienvenida a Carlos y Jimena que entraban en ese momento por la puerta principal del club. Marta miró a su alrededor para ver si lo veía cuando sintió que alguien la sujetaba por la cintura.

—Te apetece bailar — Michael la arrastró a la pista sin que a ella le diera tiempo a contestar — Marta se dejó llevar y comenzaron a bailar en la atestada pista el tema que sonaba en esos momentos por los altavoces del local.

Try de Pink

*Ever wonder about what he's doing*

*How it all turned to lies Sometimes I think? That it's better to never ask why...*

*¿Alguna vez te has preguntado qué estará haciendo?*

*¿Cómo es que todo se convirtió en una mentira?*

*A veces, pienso que es mejor, nunca preguntar por qué...*

Marta se sintió observada. Aunque no solía utilizar sus poderes de bruja, la intuición era algo inherente en ella y en ese momento era totalmente consciente de que tenía unos ojos azul mar clavados en su persona, sin ninguna duda.

Marta buscó al dueño de los mismos y lo encontró, en la misma banqueta donde ella le había visto cuando entro al club.

Los dos se quedaron enganchados con la mirada mientras el tema de Pink seguía sonando a todo volumen. Marta le miró fijamente mientras vocalizaba la letra del tema.

*Where there is desire There is gonna be a flame Where there is a flame  
Someone's bound to get burned But just because it burns Doesn't mean you're  
gonna die You've gotta get up and try try try Gotta get up and try try try...*

*Donde hay deseo Habrá una llama Donde hay una llama Alguien está  
destinado a salir quemado Pero el que este arda No significa que vayas a  
morir Tienes que levantarte e intentar, intentar, intentar Tienes que  
levantarte e intentar, intentar, intentar* Tom se levantó lentamente de su  
asiento y se dirigió hacia la pista de baile.

Susurró algo al oído de Michael, el cual le miró con una sonrisa en los labios mientras asentía y guiñándole un ojo a Marta, se quitó de en medio. Tom cogió de la cintura a Marta y arrimándola a él, comenzó a moverse al ritmo de la música.

*Funny how the heart can be deceiving*

*More than just a couple times Why do we fall in love so easy?*

*Oven when it's not right*

*Es gracioso como el corazón puede ser engañoso Más de un par de veces*

*¿Por qué nos enamoramos así de fácil?*

*Incluso cuando sabemos que no es lo correcto \*\*\**

Tom no había podido evitar ir hacia ella. Estaba empezando a poner en duda todas las promesas que se había hecho así mismo hacia ya casi un siglo.

Desde el momento que fue consciente del engaño de Nanna, había odiado con todas sus fuerzas a todas las brujas del planeta. Ella le había utilizado de la manera más vil, manipulando sus sentimientos cuando más vulnerable era.

*Tom tuvo más de una hora para intentar poner en orden la información con la que contaba. Lo que estaba claro es que Nanna le había engañado y que estaba siendo utilizado para que ella se quedara embarazada. Además, si había escuchado bien, se iban a deshacer de él en el momento en que ya no le necesitaran.*

*La puerta se abrió lentamente y Nanna entró a la habitación con una sonrisa en los labios que ya no engañaría más a Tom. Nunca había tenido tanta razón el refrán “Del amor al odio hay un solo paso”*

*—Buenas noches, querido. Siento no haber podido venir antes, pero me ha sido imposible, he estado muy ocupada — Nanna habla con su seductor tono de voz.*

*—Estoy seguro de ello — Tom ya no la veía con los mismos ojos de hacia unas horas, es sorprendente como puede cambiar todo tu mundo en un abrir y cerrar de ojos.*

*—¿Te pasa algo querido? — Nanna le miró extrañada con el tono de voz utilizado por Tom.*

*—Me quiero ir de aquí, no creo que sea un peligro para nadie, gracias a ti, ya sé todo lo que necesito para sobrevivir con mi nueva condición.*

*Nanna se acercó a Tom moviendo las caderas seductoramente. Le acarició la cara y se puso de puntillas para besarle en los labios. Pero Tom le retiró la cara.*

*—¿Por qué me mantienes prisionero Nanna?*

*—Ya te lo he explicado muchas veces Tom — Nanna hablaba con un tono de voz meloso, pero sus ojos irradiaban ira — puedes ser un peligro para los*

*demás y para ti mismo. Necesitas ser controlado.*

*—No me mientas más Nanna. Si fuera un peligro, ¿por qué no te he hecho nada a ti? y no me siento como un suicida — Pero...*

*—Quiero que sueltes mis cadenas ahora mismo, me siento como un prisionero y no me gusta Nanna se metió la mano en el bolsillo disimuladamente y volvió a acercarse seductoramente. Tom, que se había dado cuenta de la maniobra de la bruja, esperó a que esta se acercara más para ver que intenciones tenía.*

*Cuando Nanna llegó a su altura, sacó la mano rápidamente empuñando una jeringa de plata e intento clavársela a Tom en el cuello, pero este fue más rápido y la sujeto la muñeca con fuerza, haciéndola soltar la misma que cayó rodando por el suelo.*

*—¡¡MALDITO SEAS!! — Nanna empezó a retorcerse en los brazos de Tom*

*mientras este intentaba sacar las llaves de las cadenas entre los pliegues de la falda, en donde él sabía que ella las guardaba.*

*—Estate quieta mentirosa, no voy a quedarme en esta casa ni un minuto más — Por fin Tom consiguió sacar las llaves de las faldiqueras de la bruja, la empujó contra la pared y comenzó a soltarse las cadenas de los tobillos.*

*—¡¡ALBERT, ALBERT!! — Nanna gritaba a pleno pulmón.*

*La bruja, que había caído de espaldas sobre la cama de Tom comenzó a llamar a gritos a su amante. La puerta del cuarto se abrió con un fuerte golpe, un altísimo hombre rubio y con la tez blanca, apareció en la puerta con los ojos rojos y unos largos colmillos dispuesto a matar a quien se le pusiera por delante. El vampiro se echo encima de Tom en decimas de segundos.*

*Tom supo, en ese mismo momento, que ese sería su final.*

Los dos se fundieron en la pista metidos en su propia burbuja, aislándose de todo lo que ocurría a su alrededor. Las manos de Tom le acariciaban la espalda sensualmente, mientras le pasaba la nariz y los labios por el cuello. Marta no supo el tiempo que había pasado hasta que alguien la cogió de la

mano separándola del vampiro que la tenía totalmente hipnotizada. Miró hacia la persona que estaba llamando su atención y todo volvió a la realidad.

Carmen tiraba de ella.

—Ven “pá cá mi arma” a bailar conmigo, que os voy a tener que despegar con un cubo de agua caliente.

Carmen le había hecho prometer a Marta que bailarían con ella una sevillana en honor a los futuros papás. Todo el mundo se había retirado de la pista y solo quedaban Tom y ella, que no se habían enterado de nada de lo que estaba pasando a su alrededor. Marta se vio en medio de la pista en cuestión de segundos con Carmen frente a ella preparada para comenzar a bailar.

La letra de una preciosa sevillana comenzó a sonar.

*Me han dicho que nueve lunas voy a tener que esperar Mientras te miro luna, le voy haciendo una cuna de amor y felicidad Un sonajero de espuma pá cuando quiera llegar Me han dicho que nueve lunas y no sé porque será Que cuando te miro luna te veo cara de preñá* La gente aplaudía emocionada cuando las dos terminaron de bailar. Jimena se acercó a las dos y las abrazó con lágrimas en los ojos. Al final las tres terminaron bailando sevillanas y algunos invitados se animaron a imitarlas al más puro estilo guiri.

Marta aprovechó para ir al servicio, mientras Carmen y Jimena seguían haciendo las delicias de todos los invitados en la pista de baile. Cuando salió por la puerta del baño, se dirigió por el largo pasillo donde este estaba situado en dirección a la pista. Sintió como unas fuertes manos la cogían por la cintura y en menos de dos latidos de corazón estaba contra la pared, mientras Tom le comía la boca con el ansia del sediento cuando llega a un oasis.

\*\*\*

Tom había estado observando a Marta desde las sombras mientras bailaba.

La convicción que creía tener sobre la decisión tomada hacia tantos años, se le estaba viniendo abajo como un castillo de naipes. Cada vez tenía más claros los sentimientos que esa mujer despertaba en lo más profundo de su corazón.

¿Cómo podía haber estado tan ciego?

esa temperamental mujer no tenía nada que ver con la fría Nanna. Marta

era totalmente diferente a su secuestradora, tanto físicamente como en su carácter.

Aunque le hubiera costado demasiado tiempo admitirlo, estaba total y completamente loco por ella.

Tom la siguió cuando se dirigía distraídamente hacia al baño. Se apostó en el oscuro pasillo esperando a que Marta saliera y en cuanto la vio aparecer por la puerta, la agarró por la cintura con la convicción de que jamás la iba a dejar escapar. La invadió la boca con la lengua mientras la pelirroja se dejaba hacer con la misma actitud con la que hacía todo en la vida.

Era puro fuego.

—Vámonos de aquí — Tom hablaba entre jadeos.

—Si — Marta sacó su móvil del bolso y tecleó a toda velocidad un Whatsapp a Jimena para que no se preocupara.

Los dos salieron por la puerta de emergencia, cogidos de la mano, en dirección al taller de Tom.

El trayecto fue más largo de la cuenta.

Se iban parando por cualquier rincón oscuro de las calles para besarse con pasión. Lo que normalmente se habría recorrido en unos quince minutos, les costó casi una hora por las paradas constantes.

Cuando por fin llegaron al taller, Tom

cogió a Marta en brazos y la dejó sobre la cama a velocidad vampírica. La observó de arriba abajo y la erótica imagen le lanzó una descarga directamente en la entrepierna.

Marta le miraba con sus hechiceros ojos felinos entrecerrados y las mejillas sonrosadas por la pasión. Su pelo se extendía desparramado por las sábanas de seda negra de su cama, como lo harían las llamas que chisporrotean furiosas en un gran fuego. El provocativo vestido se le había subido hasta la cintura y dejaba al descubierto unas braguitas transparentes de encaje blanco con lacitos de colores que no dejaban nada a la imaginación. Tom se agachó y cogió la ropa interior de ella con los colmillos y la desgarró de arriba abajo. No sabía si tendría mucho aprecio a la preciosa prenda, pero en ese momento el único sonido que salió de ella fue un jadeo de sorpresa.

Al día siguiente la compraría veinte como aquellas.

En ese momento, Tom salió de dudas sobre una de las fantasías

recurrentes que tenía desde que había conocido a la pelirroja en Madrid. El pubis de Marta estaba totalmente rasurado. No lucía los preciosos rizos naranjas de su cabello, también entre las piernas.

—Me vuelves loco — Tom cogió el vestido de Marta para quitárselo de en medio.

—Ya me lo quito yo — Marta se sacó el vestido por la cabeza antes de que el frenético vampiro lo echara a perder.

El sujetador, a juego con las bragas, salió volando para quedar colgando en el biombo de madera. Los pechos de Marta quedaron al descubierto y Tom tuvo que tragar saliva. Eran perfectos, si él hubiera descrito los senos perfectos, serían exactamente así. Grandes pero no exagerados, con la piel blanca y los pezones pequeños y de color rosado.

¡Madre mía! esto debía de ser un sueño y en cualquier momento se iba a despertar solo en su sofá, con la botella de tequila vacía en la mano.

Se acercó a ellos gateando lentamente por la cama y se metió uno en la boca lamiéndolo con devoción. Cuando decidió que ya era suficiente cogió el otro y le dio el mismo tratamiento que al primero. Marta jadeaba de placer, sentada sobre la almohada y apoyada contra el cabecero de la cama de Tom, mientras se afanaba en quitarle la camisa a él.

Llevaba peleándose con los botones de esta un buen rato. En un arrebato decidió, que si él podía romperle las bragas, ella no iba a tener miramientos con los botones de la camisa y de un fuerte tirón estos salieron disparados por los aires. Tom soltó una risa canalla mientras la seguía lamiendo. Marta intentó alcanzar la cremallera del pantalón, pero Tom no se lo permitió, la empujó suavemente para que se tumbara sobre su espalda y le subió las manos, indicándole que se sujetara a los barrotes del cabecero de la cama.

Marta obedeció como una niña buena, mientras Tom tomaba rumbo al Sur.

Llegó a la altura de su ingle, en un camino de besos húmedos acompañados de pequeños arañazos, que le producían un placer indescriptible. Marta supuso que estos eran producidos por los colmillos de él, lo cual la puso como una moto.

Nunca había estado tan excitada sexualmente como en ese momento, la lengua del vampiro estaba haciendo estragos en su sistema nervioso. En el

momento que sintió una barrida húmeda y caliente entre los pliegues de su sexo Marta no duró ni dos segundos, se corrió fuertemente mientras gritaba el nombre del vampiro.

Tom levantó la cara y la miró con satisfacción masculina.

En ese momento, ella tomó las riendas de la situación y empujó a Tom al igual que él la había empujado a ella. Le colocó las manos en los barrotes para que se sujetara y comenzó a lamerle los pezones mientras, con la mano, le acariciaba el sexo por encima del pantalón. Tom respiraba pesadamente y tenía los testículos como una piedra, como Marta siguiera siendo tan minuciosa se iba a correr en los pantalones.

—¿Me vas a dejar que te quite ahora los pantalones? — Marta le habló al oído mientras le mordía el lóbulo de la oreja.

El pantalón de Tom estaba sobre su cuerpo y de repente, ya no estaba. Esto es un chollo, pensó Marta, no la iba a costar acostumbrarse a la velocidad vampírica.

Eran todo ventajas.

El erecto pene de Tom lució en todo su esplendor. Marta fue haciendo un húmedo camino de besos por las espectaculares abdominales que tenía delante y sustituyó la mano por su lengua. Marta recorrió con su lengua el pene de Tom de la base a la punta introduciéndoselo entero dentro de la boca. El vampiro comenzó a jadear sonoramente mientras Marta se aplicaba en la tarea de volverle loco sin inhibiciones.

Con un salvaje gruñido Tom se corrió en la boca de Marta que seguía concentrada en su erótica tarea.

—Oh Dios... yo... lo siento. No me ha dado tiempo de avisarte para que te retiraras — Tom estaba desmadejado sobre la cama y miraba a Marta un poco avergonzado.

—No lo hubiera hecho de todas maneras — Marta estaba sentada a horcajadas sobre los muslos de Tom y le miraba directamente a los ojos mientras se relamía los labios.

Tom en ese momento, se daría una colleja así mismo por haber estado tan ciego. ¿Cómo podía haber comparado a la exuberante mujer que tenía delante, con la fría Nanna? Se enderezó hasta quedar de rodillas con el culo apoyado en sus talones y alzó por la cintura a Marta para sentarla sobre su

pene, que ya estaba otra vez preparado para la acción.

Ella se dejó caer despacio sobre él, con las piernas enredadas en la cintura de Tom e introdujo, lentamente, su pene dentro de su vagina hasta el fondo.

Los dos comenzaron a moverse al compás, mientras se invadían la boca con sus lenguas y se acariciaban cada centímetro cuadrado de piel. Marta aceleró el ritmo cuando el orgasmo comenzó a formarse dentro de ella y en unos segundos se corrió sonoramente, mientras las contracciones de su vagina llevaban a Tom hacia su propio clímax.

Los dos se dejaron caer de lado sobre las sábanas mirándose a la cara en silencio.

En ese momento, las palabras quedaron en un segundo plano, los sentimientos afloraron desde lo más hondo del corazón.

En determinadas ocasiones el lenguaje no verbal, podía decir mucho más que las palabras.

\*\*\*

Ricardo y Lola acababan de llegar al hotel Newton.

Este estaba situado en el 2529

Broadway. El alojamiento contaba con tres estrellas pero, era obvio, que se le caía una en el momento en que entrabas en las habitaciones.

El establecimiento era bastante mediocre. Los muebles eran de décadas pasadas y las flores de las cortinas y la colcha no sabría situarlas en el tiempo.

Pero, quien era ella para exigir en aquellos momentos, debería de darse con un canto en los dientes por haber conseguido trabajo.

El alojamiento que habían contratado, contaba con dos habitaciones con el baño compartido entre ellas. Lola puso su maleta sobre la cama y comenzó a sacar su ropa mientras la iba colocando en el armario.

Había firmado un contrato por un mes como asistente personal del Sr. Sánchez.

Esto conllevaba acompañarle en los viajes de negocios que este realizara. Él le había explicado que era el Director de Personal de una importante empresa en el sector de la belleza y que tenían una importante misión en las instalaciones de Nueva York.

Según le había explicado durante el vuelo, el presidente de la empresa quería que, alguien desconocido para los empleados de Nueva York, hiciera un estudio de todos ellos pues consideraba que sobraba personal.

Al día siguiente ella tenía cita en el salón de belleza Exclusive Hair como un cliente cualquiera. Su misión era apuntar todo lo que le llamara la atención, sobre todo, si reconocía a alguien. Su jefe había insistido mucho en ese punto.

Aunque Lola no quería empezar su trabajo con mal pie, se preguntaba ¿de qué iba a reconocer ella a nadie al otro lado del océano?

Quitándose las cuestiones que le invadían la cabeza, decidió hacer caso al consejo que le había dado su madre *“hija, hasta que sepas de que va tu jefe, oír, ver y callar”* su madre se había tirado demasiados años sirviendo como doncella en casa de personas de la alta sociedad y tenía muy arraigado el carácter sumiso que ese tipo de empleo conllevaba. Aunque ella también había trabajado en ello y lo había hecho lo mejor posible, no podía evitar darle vueltas a las cosas dentro de su cabeza y aunque no lo dijera en voz alta, su cerebro se hacía miles de preguntas que no le cuadraban sobre la historia que le había contado el Sr Sánchez.

Respiró hondo un par de veces y se dijo a si misma que lo que le pasaba era que estaba demasiado cansada.

Se daría una ducha y se acostaría, seguro que al día siguiente vería las cosas de distinta manera.

Seguro...

## Capítulo 6

**J**IMENA bajó al salón en cuanto dieron las nueve de la mañana.

Se había pasado el domingo mandando Whatsapp desde las doce del mediodía, que fue la hora en que se había levantado de la cama y lo único que había conseguido había sido un escueto “*todo ok, hablamos mañana*” a las cinco de la tarde.

¿Qué mierda era eso de “todo ok”?

Jimena quería detalles o se comería las uñas hasta los codos.

Después de la fiesta del sábado, que terminó a altas horas de la madrugada, había caído rendida físicamente, aunque su cerebro no dejaba de darle vueltas a mensajito de Marta.

*“Me voy con Tom. Ya te contaré”*

Ya te contaré, ya te contaré...

¿Cuánto creía Marta que podía tener a una mujer embarazada en ascuas?

Estaba claro que veinticuatro horas era el tiempo estimado, por la asquerosa bruja, de su mejor amiga. En cuanto la tuviera delante, le iba a hacer el tercer grado al más puro estilo Manuela.

Si no hubiera sido por su paciente marido, que después de asegurarla que Marta se encontraba en el piso de abajo, le había impedido mediante métodos a los que Jimena no podía resistirse, que bajara a aporrear la puerta, habría terminado en el taller de Tom, sin importarle una mierda quedar bien o mal.

Carlos con sus sentidos vampíricos, podía localizar a cualquier persona en un radio de varios kilómetros a la redonda. Aunque ella, desde que estaba emparejada con él y bebía su sangre periódicamente, tenía sus sentidos

mucho mas agudizados que una humana corriente, no se podían comparar con los de él.

Jimena entró en el salón saludando a todo el mundo.

Sebastián, que estaba en la sala de tintes hablando con Erika sobre la fórmula para algún color personalizado, se acercó a ella para darle un beso en la mejilla. Con el mal comienzo que habían tenido los dos, ahora se llevaban fenomenal.

Erika se lavó corriendo las manos y se acerco a Jimena para darle un sonoro beso en la barriga para, según ella, saludar al bebe. Erika desde que se había enterado del embarazo ya no hablaba directamente a Jimena, todo lo que la tenía que decir lo hacía a través del bebe “*dile a tu madre si vendrá hoy a comer con nosotros*” o “*¿Qué tal habéis dormido hoy?*” todo esto lo hacía mirando hacia la barriga.

En fin, Erika en su más pura esencia — Buenos días chicos ¿Habéis visto a Marta? — Jimena miraba hacia todos lados buscando a su amiga.

—Garbancito, dile a tu madre, que estaba ahora mismo en el vestuario —  
Erika en su línea.

—¿Garbancito? — Jimena miró a Sebastián pidiendo ayuda.

—Tu decidiste hacerla amiga tuya —

Sebastián se encogió de hombros, mientras se dirigía a su tocador removiendo el bote de tinte que llevaba en las manos.

Jimena decidió no darle importancia a las excentricidades de Erika y se dirigió a la escalera de caracol.

Cuando puso el pie en el primer escalón, miró hacia arriba para ver como bajaba las escaleras su amiga, ataviada con la versión minifalda del uniforme.

Esta pasó por su lado en dirección a su tocador, con una sonrisa tonta y las mejillas como si hubiera estado en la playa todo el día sin protección.

Jimena la siguió con los brazos cruzados y el gesto de enfado que tendría una niña de cinco años. Marta comenzó a colocar el material de trabajo mientras miraba a Jimena de vez en cuando a través del espejo.

—Como me salga el niño con algún tipo de mancha de forma extraña en la piel, te voy a retirar la palabra de por vida —

Jimena había descruzado los brazos y hacia dibujitos en el aire con el dedo.

—Los antojos no salen por el ansia de cotilleo de la madre — Marta seguía a lo suyo.

—Me da igual. He venido a informarte que hoy comemos juntas en “El Pote”. Y otra cosa, si prefieres no dar el espectáculo cada vez que subas o bajes la escalera de caracol, te dejaré encima de tu taquilla unas bragas nuevas. — y con esas se dio media vuelta y se fue.

\*\*\*

Marta no había salido del taller de Tom desde que este la llevara allí desde el Hematology.

Después del maratón de sexo, habían caído rendidos y habían dormido durante horas. Ella se había despertado por momentos, por las caricias de los dedos del vampiro sobre su cara.

A las cinco de la tarde del domingo Marta se levantó para ir al baño, deleitándose del maravilloso cuerpo del hombre que dormía profundamente, como su madre le trajo al mundo, sobre la cama.

Entornó la puerta para no molestarle con el ruido y abrió la ducha. Mientras salía el agua caliente, leyó la cantidad de mensajes que tenía en su móvil, todos ellos de Jimena. La contestó “Todo ok, hablamos mañana”, dejó el móvil sobre el mueble del lavabo y se metió en la espectacular cabina de ducha de Tom.

Comenzó a tocar todos los botones y múltiples chorros de agua comenzaron a salir por todas direcciones, incluso comenzó a sonar música por unos pequeños altavoces situados dentro de la misma.

Marta se plantó debajo del chorro de la ducha y cogió el champú de Tom.

Mmmm... le encantaba el olor.

Oía a él.

Comenzó a masajearse la cabeza mientras cantaba el tema de uno de sus grupos preferidos que, en ese momento, sonaba en el hilo musical.

Las dos amigas habían ido a casi todos los conciertos de Amaral que se habían celebrado en Madrid y alrededores. Las letras de sus canciones eran estupendas.

*Será tu voz, será el licor, Serán las luces de esta habitación Será el poder de una canción, Pero esta noche moriría por vos Será el champagne, Será el*

*color, de tus ojos verdes de ciencia ficción, La última cena para los dos Pero esta noche moriría por vos* Marta dio un respingo cuando sintió como le cogían por las muñecas y le ponían las manos contra la pared lateral de la ducha, como si la fueran a cachear.

Tom la obligó a abrir las piernas empujándola los tobillos con sus propios pies, como lo haría un agente de policía y se introdujo dentro de su vagina por detrás sin más preámbulos.

Ella, por la diferencia de altura, terminó suspendida en el aire enredando sus pies por detrás de las rodillas de él, mientras Tom la sujetaba por la cintura con una mano y con la otra la masajeaba los senos.

Él vampiro comenzó a acelerar el ritmo hasta llevar a los dos a una fuerte liberación conjunta.

Tom dando la vuelta a Marta para que esta quedara apoyada sobre su espalda y pegando todo su cuerpo al de ella, le besó liberando toda la pasión que había contenido durante todos esos meses. Los dos terminaron de ducharse mientras se susurraban al oído palabras de amantes.

La noche trascurrió entre besos, caricias, muuuuuchas disculpas, comer la pizza que habían pedido a domicilio y dormir hasta las siete de la mañana, que fue cuando Tom despertó a Marta, para darle los buenos días como se merecía.

Después de que Jimena se fuera del salón, Marta trabajó del tirón hasta las 11:30 de la mañana, con la sensación de que estaba en una nube. Cuando Violeta la dijo que ya no tenía a nadie esperando y que se podía ir a desayunar, se dirigió a la escalera de caracol mirando que no hubiera moros en la costa y subió de una carrera.

No se le había olvidado el consejo de Jimena.

Entró en el vestuario femenino y miró sobre su taquilla para ver que su amiga había cumplido su palabra y tenía allí unas bragas negras, todavía con la etiqueta de la tienda puesta. De repente sintió como se las quitaban de las manos.

—No te molestes si no quieres que corran la misma suerte que las anteriores — Tom la empujó dentro de una de las cabinas de wc.

—En media hora tengo que estar abajo — Marta se dejó llevar sin ninguna resistencia.

—Más que suficiente para lo que tengo pensado — Tom sentó a Marta sobre la cisterna del wc, mientras le subía la falda hasta la cintura.

Marta terminó su jornada laboral a las 14:00, aunque su horario era hasta las 15:00, los lunes no eran especialmente complicados, asique cuando Jimena bajó a buscarla, ella ya estaba preparada para irse a comer.

Llegaron “Al Pote” sobre las 14:30 y Eleuterio las recibió con el mismo entusiasmo con que lo hacía cada vez que iban a comer a su restaurante. Las plantó dos besos a cada una en las mejillas, las acompañó a la mesa habitual de los trabajadores de la compañía y sacando una libreta de su inseparable delantal blanco, se dispuso a tomar nota de lo que querían comer.

—Eleuterio ¿habría alguna posibilidad de que hoy nos sentáramos en una mesa un poco mas íntima? — Jimena quería detalles y sabía que en la mesa colectiva lo iba a tener más difícil.

—Sin ningún problema preciosas. Os voy a dar la mejor mesa, ahí no se va a enterar nadie de vuestras confidencias —

Y guiñándolas un ojo las acompañó a una mesa que estaba situada detrás de un biombo de madera, adornado con un precioso mantón de manila bordado.

Las dos se sentaron en la mesa y pidieron su comida. Marta pidió sopa castellana y emperador a la plancha y Jimena, ensalada mixta y el mismo pescado que su amiga. Marta tenía un hambre de perros. Aunque esa mañana había desayunado lo que más le apetecía en esos momentos, lo que se había “comido” no era nada que le saciara el hambre propiamente dicha y ahora su estomago parecía el león de la Metro Goldwyn Mayer.

—CUEN—TA—MÉ — Jimena se hecho hacía delante mientras hablaba en un susurro.

—¿Qué quieres que te cuente?— Marta se lo estaba pasando pipa haciendo de rabiarse a su amiga.

—¿Por qué coño tienes esa sonrisa de viciosa en la cara? — Jimena le apuntó con el dedo índice la boca a Marta.

—Está bien cotillona. Tom y yo hemos... hablado. Y hemos hecho las paces.

—Dios... dame algo más o voy a explotar — Jimena estaba perdiendo la poca paciencia de la que disponía en esos momentos.

Marta se apiado de su amiga y le contó todo lo que había pasado en esas últimas horas, omitiendo los detalles sexuales que solo les incumbían a ellos dos.

Jimena terminó con los ojos llorosos de alegría. Para ella, que todo se hubiera arreglado entre Marta y Tom, era un gran alivio.

\*\*\*

Tom llevaba toda la mañana cachondo perdido. Parecía imposible que, después del maratón de sexo de las últimas treinta seis horas, cada vez que pensara en ella se pusiera duro al instante.

A eso de las 11:30 de la mañana, sintió como Marta se movía del salón. La sangre que había bebido de ella en Madrid todavía persistía en su organismo y era como un GPS para el vampiro.

La podría localizar en cualquier lugar que estuviera en unos cuantos km a la redonda sin ningún problema.

Bajó como una flecha y se escondió en el vestuario femenino después de asegurarse de que no había ninguna compañera dentro. Marta abrió la puerta y se quedó ensimismado mirándola cuando esta se acercó a su taquilla y cogió lo que parecían unas bragas negras que había sobre ellas. Tom salió de su escondite y después de darle a su amante el mejor desayuno que pudo. Se despidió de ella hasta esa misma tarde.

Ella le había dicho que comería con Jimena, eso quería decir que su jefe estaría libre a esa hora, así que subiría a hacerle compañía. Seguro que Carlos estaba deseando pedirle explicaciones.

Cuando Tom fue a llamar a la puerta del despacho de Carlos, se quedó con el puño levantado, la puerta se abrió inmediatamente sin que nadie tocara el pestillo.

—Buenos días jefe. ¿Me esperabas?

—No juegues conmigo Tom. Sé que has estado todo el fin de semana con Marta.

No te voy a pedir explicaciones íntimas, porque sois dos personas adultas y eso es entre vosotros dos.

—Muchas gracias, es un alivio — Tom le miraba con una sonrisa perenne en la cara. La misma que llevaba todo el fin de semana, desde que había

asimilado que todo lo que le estaba sucediendo con Marta no había sido un sueño.

—Pero si te voy a decir una cosa —

Carlos se levantó del sillón de su escritorio — Te recuerdo, que Marta esta bajo mi protección, como la hagas daño conscientemente, te arrancaré los colmillos con unos alicates.

—Está bien. Mensaje recibido.

En ese momento entró Guadalupe para avisar a los dos directivos que se prepararan para la reunión que tenían prevista para las 12:30 del mediodía.

Tom iba a presentar al comité directivo de la empresa el proyecto en el que llevaba meses trabajando.

El traje anti radiación iba a ser uno de los inventos más importantes para la comunidad vampírica. Aunque no estaba pensado para salir habitualmente por su estética y la poca movilidad que permitía, podía salvarte la vida cuando los rayos ultravioleta caían del cielo sin piedad.

El diseño del traje era un mono con una cremallera especial para proteger el cuerpo herméticamente. La capucha era amplia, para disimular el pasamontañas que habría que colocarse debajo junto con las gafas con los cristales especiales, también inventados por él, que ya eran utilizados habitualmente en las ventanas de las viviendas de los vampiros.

Si hubiera tenido en esa maldita habitación donde estuvo secuestrado, los avances con los que contaba en esta época...

*El vampiro llamado Albert, se abalanzó sobre Tom como un proyectil.*

*Aunque él también contaba con poderes vampíricos, no tenía nada que hacer ante la experiencia de los años de su contrincante. La mano del vampiro rodeo el cuello de Tom con la fuerza suficiente para arrancarle la cabeza.*

*Él viejo vampiro le tenía cogido por el cuello, mientras Tom se hacía a la idea de su inminente muerte, cuando de repente, el fuerte agarre que presionaba su tráquea se aflojó. Tom centró la vista para observar como Nanna sujetaba con todas sus fuerzas a su verdadero amante.*

—¡ALBERT NO!, todavía no lo mates, necesitamos más esperma para

*futuros bebés. Lo que guardé la otra noche no es suficiente — Nanna intentaba calmar al vampiro con un tono de voz suave y razonable.*

*Tom hizo una barrida por toda la sala intentando encontrar algún objeto que le permitiera defenderse. En el suelo junto a la pata de la cama, estaba la jeringa de plata con la que Nanna había intentado dejarle fuera de juego.*

*Ahora o nunca.*

*Tom empujó con todas sus fuerzas al inmenso vampiro que tenía delante, aprovechando el factor sorpresa y se hizo con la jeringa y con un rápido movimiento se la clavó en el cuello a su contrincante, mientras aguantaba el dolor de la fuerte quemadura que la jeringa le hacía en la mano. El inmenso cuerpo del vampiro cayó sin vida en cuestión de segundos, arrastrando con él a la mujer, que se llevó un fuerte golpe contra el suelo.*

*¿Qué pócima habría dentro de la jeringa?*

*Se dio la vuelta para encarar a Nanna, pero esta ya estaba huyendo por la puerta mientras se agarraba el bajo vientre con la mano. Tom salió detrás de ella, pero tuvo que recular tapándose los ojos con el brazo, pues el amanecer estaba ya en el horizonte y su piel ardía como si le hubieran arrojado brasas por todo el cuerpo.*

*Aquel fue el día más largo de toda su vida.*

*Tuvo que compartir refugio con el cadáver del malvado vampiro durante las siguientes trece horas, aunque estaban al final del verano, todavía los días eran largos.*

*Se pasó todas las horas con los sentidos al cien por cien. Nanna había huido, pero podría volver y prender fuego a la cabaña con él dentro.*

*Nunca se explicó el porqué, pero esto no ocurrió.*

*Cuando el crepúsculo se impuso sobre la luz del día, Tom se preparó para salir al mundo exterior.*

*Antes de irse arrastró el cadáver que yacía en el suelo y lo colocó al lado del fuego de la chimenea. Cogió uno de los palos que ardían a modo de antorcha para prender fuego a la cabaña donde le habían mantenido prisionero. Aparte de la satisfacción de verla arder con él vampiro que le había destrozado la vida, también esperaba destruir las muestras de su esperma que esperaba, estuvieran escondidas en algún lugar de ese maldito sitio.*

*Él después de mucho buscar, no había conseguido encontrar nada.*

*Salió por la puerta corriendo, mientras se tapaba las vías respiratorias con un paño húmedo, con la intención de no regresar a ese lugar en lo que le quedara de vida.*

Tom terminó su presentación y la sala se inundó de aplausos.

Carlos le miraba desde su lugar en la presidencia de la mesa de reuniones, aplaudiendo y con un gesto de orgullo que hacía meses que no le dedicaba.

Todos los vampiros que componía el comité directivo de Bull Company, estaban gratamente sorprendidos con el nuevo invento de Tom.

Esto representaba un cambio radical en la forma de vida que habían llevado hasta entonces.

\*\*\*

Lola llevaba toda la mañana recibiendo tratamientos de estética en los salones más lujosos en los que había estado es su vida.

Después de depilarla íntegramente, le habían hecho una limpieza de cutis, un masaje con chocolate, pedicura y manicura. Cuando habían terminado con ella en el piso superior, la habían bajado al salón de la planta baja y estaba esperando con una revista y una Coca Cola, a que la atendieran la peluquera y la maquilladora. Lo único que tenía que hacer, era fijarse en todas las personas que veía, para comprobar si conocía a alguna o si escuchaba algún comentario que la llamara la atención.

No se podía creer que esto fuera un trabajo y si algo le había enseñado la vida, era que nadie daba nada por nada, estaba claro que aquí había gato encerrado.

Lola escuchó cómo, una cantarina voz, le preguntaba en inglés que es lo que quería hacerse. Levantó la cabeza y se quedó sin palabras. La preciosa mujer que le hablaba era como un dibujo animado, tenía el pelo morado e iba maquillada con colores fuertes. No podía medir más de 1'55 pero a ella, le eclipsó el resto del mundo.

—Hola, me llamo Erika y voy a ser su peluquera — Erika seguía con la retahíla.

—Eh... corto — Lola estaba ensimismada en los grandes ojos negros de la chica.

—Si me permite darle mi opinión, aunque se lo corte corto, le podríamos dar un toque más femenino dejando el flequillo largo y hacia un lado — Erika le echó el pelo a Lola hacia un lado para que viera el efecto del corte que la estaba ofreciendo.

—Haz lo que quieras, me dejo en tus manos — Lola carraspeo antes de hablar para que le saliera la voz. El tacto de la mujer la había dejado un cosquilleo en el estomago.

Nunca se había fijado en ninguna mujer, aunque si tenía que ser sincera, nunca se había fijado en nadie.

Tenía que ser asexual.

Ella pensaba que le pasaba algo raro, no había sentido atracción sexual hacía nadie hasta ese mismo momento. Aunque acababa de descubrir lo que significaba la expresión “mariposas en el estomago”

que escuchaba a sus amigas del gimnasio, las pocas veces que su trabajo le había permitido salir de copas con ellas.

La peluquera se fue hacia los lavabos y Lola la siguió con la mirada a través de los espejos de los tocadores, mientras esta se entretenía hablando con un alto y delgado compañero que estaba preparando una mezcla en un bol.

Una estilizada mujer, con preciosa melena negra, bajó por las escaleras de caracol que había justo en el centro del salón y comenzó a hablar con ellos, bueno más bien con el hombre, porque su peluquera no hablaba con ella, se dirigía a la barriga de la mujer e incluso se la había besado ¿estaría embarazada?

Después de un rato en el cual estuvieron hablando los tres, el hombre se

separó del grupo y Erika, que así se había identificado su preciosa peluquera, se dirigió de nuevo hacia ella.

Lola se quedó mirando unos segundos a la mujer que había bajado, aunque solo la veía por la espalda, había algo en ella que le hacía pensar que la conocía de algo.

Si se diera la vuelta, seguro que la ubicaría rápidamente. Lola era muy buena con las caras, no se le solía olvidar de donde conocía a la gente.

Como si la mujer la hubiera oído se dio la vuelta mientras miraba hacia arriba de la escalera de caracol con los brazos en jarras y una mirada de indignación, dedicada a una exuberante pelirroja que bajaba por ellas.

Lola sacó enseguida la libreta del bolso, por fin podría darle algo a su jefe. A esas dos mujeres Lola las había visto varias veces en el salón de belleza del Hotel Palace, antes de que su difunta jefa decidiera cambiarse al de Juan Bravo.

Apuntó rápidamente lo que había visto y guardó la libreta de nuevo en el bolso para centrarse en las pequeñas manos que le masajearan la cabeza, extendiéndole el producto que ella había autorizado para que le dieran sin saber muy bien lo que era.

—¿Es usted española? — Erika comenzó una conversación amable con Lola.

—Sí. Estoy en la ciudad por trabajo.

—¿Va a estar mucho tiempo por aquí?

—Bueno, eso depende de mi jefe, pero la idea es que estemos aproximadamente un mes — a Lola le encantaba escuchar la aguda voz de Erika.

—¿Ha venido sola con su jefe?

—Sí.

—Uff, eso debe de ser de lo más aburrido. Nosotros solemos salir los viernes a un club que está cerca de aquí con un grupo de españoles. Si le apetece...

—Estaría encantada — Lola casi no la dejó terminar.

—Esta es la dirección. Estaremos por allí sobre las once de la noche.

Erika le apuntó el nombre y la dirección en una tarjeta que se sacó del bolsillo de la falda y se lo tendió a Lola, que lo cogió, mientras le acariciaba

disimuladamente la mano en el proceso.

Cuando Lola salió por la puerta del salón, después de pagar la cuenta con la tarjeta que le había proporcionado su jefe, predijo que los cuatro días que faltaban para que llegara el viernes.

Iban a ser los más largos de toda su vida.

\*\*\*

Erika se quedó pensativa cuando Lola, que así es como había dicho que se llamaba la última cliente que había atendido, salió por la puerta.

¿Realmente eso había sido una caricia?

Cuando le había tendido la tarjeta, los dedos de la mujer se habían entretenido demasiado sobre el dorso de su mano.

A Erika se le habían erizado los bellos de la nuca con el contacto.

Aunque llevaba años sin salir con nadie, la última vez había sido un fiasco, esta mujer le despertaba sentimientos que creía enterrados desde hacía ya mucho tiempo.

Erika tuvo un despertar sexual algo distinto que el resto de sus amigas adolescentes.

No le atraían los chicos para nada.

Ella se había cuidado muy bien de guardarlo como su mayor secreto, había disimulado su poco interés por los varones diciendo que todavía estaba buscando al hombre que se adaptara a sus expectativas y que, cuando este apareciera, no le dejaría escapar.

Mentía como una bellaca, pero en sus años adolescentes, era importante no destacar de determinadas maneras o te harían la vida imposible.

Era la única hija de un alto mando militar y desde que nació, había vivido en diferentes instalaciones del ejército junto con sus progenitores, debido a los traslados periódicos de su padre.

Un mes después de que ella cumpliera los doce años, se habían instalado definitivamente en la academia militar de West Point en Nueva York y Erika se relacionaba con las hijas de los altos mandos del U.S. Army, que eran compañeros de su padre.

Si en aquel ambiente, su tendencia sexual saliera a la luz, sería un mazazo para toda la familia.

Su madre era la esposa ideal para un militar y ella debía de seguir su ejemplo. Menos mal que después de muchas discusiones se había salido con la suya y se había independizado en solitario.

La primera vez que había entrado por la puerta de su apartamento, había sido como si le hubieran puesto una mascarilla de oxígeno después de salir de un edificio en llamas.

—Hey compañera ¿nos vamos a comer?

—Sebastián asomaba la cabeza desde la recepción con el abrigo puesto.

—Voy — Erika salió de su ensimismamiento y comenzó a recoger el tocador a toda velocidad.

\*\*\*

Estaba claro que estaba en racha, la suerte volvía a sonreírle.

—¿Seguro que la morena estaba embarazada? — Era la quinta vez que Ricardo formulaba la misma pregunta mientras almorzaban en el comedor del hotel.

—Creo que sí, pero le repito que no estoy del todo segura — Lola se sentía como una asquerosa chivata, pero era para lo que le habían contratado y ella siempre cumplía con su trabajo.

—Y la pelirroja ¿estás segura que es la misma que viste en Madrid?

—Sí, estoy totalmente segura. Una vez veo a alguien se me queda la cara grabada.

—Seguro que es la Srta. Saavedra —

Ricardo habló en un susurro, mas para él mismo, que para Lola.

Viviana mencionaba a la Srta. Rey en su carta. Conociendo la amistad que la unía a la pelirroja, no era de extrañar que estuviera también en él. Ricardo había tenido que pararla los pies, amenazándola con echarla a la calle cuando había mandado a Jimena a Nueva York. Marta se había plantado en su despacho con el propósito de que él cambiara de opinión.

Menuda estúpida.

Ricardo se despidió de su empleada, dejándola sola para que se terminara la comida y se fue a su habitación. Tenía que mandar un correo electrónico con los avances de su investigación.

Estaba seguro de que el Gran Padre estaría satisfecho con lo que había

descubierto.

## Capítulo 7

**J**IMENA se fue contentísima a casa después de hablar con Marta.

Aunque habían sido interrumpida un montón de veces por el Whatsapp de su amiga, al que contestaba inmediatamente con una sonrisa tonta en la boca y los mofletes tan colorados como la sandía que se estaba comiendo.

Cuando atravesó la puerta del apartamento, escuchó voces que provenían de la cocina junto con alguna que otra risa. Se dirigió hacia allí y se encontró a Tom con su Carlos tomándose unas cervezas apoyados en la encimera.

Los dos vampiros parecían muy contentos y eso, junto con la tranquilidad que le daba ver feliz por fin a su amiga, la produjo una sensación de desahogo que le hizo darse cuenta del nudo que tenía en el estomago desde hacía unos días.

—Hola preciosa — Carlos se acercó a ella besándola en los labios, mientras le ofrecía una silla para que se sentara.

—Hola — Jimena le devolvió el beso de buena gana — a que se debe la celebración.

—Tom se ha superado a si mismo hoy en la reunión — Carlos miraba a su amigo lleno de orgullo — creo que va a ser uno de sus mejores inventos del siglo para los vampiros.

—Me alegro mucho. Parece que últimamente todo se va arreglando — Jimena lo dijo con una sonrisa picara en la cara, mientras mantenía la mirada de Tom.

—¿Tú crees? — Tom no se cortó un pelo y mantuvo la mirada de su amiga.

Carlos les miraba con gesto divertido, esperando para ver como terminaba el duelo de puyas.

—Sí, creo que cierta persona ha estado quemando el Whatsapp mientras comía con una servidora y por si te interesa, creo que andaba merodeando por el edificio para ver si se encontraba con su interlocutor. Igual ahora mismo está llamando al timbre de cierto taller —

Jimena se levantó de la silla y se fue hacia el salón, cerrando su actuación con una salida triunfal por la puerta de la cocina, mientras Carlos se partía de risa por la escenita.

—Ay, creo recordar que me he dejado algo en el horno, me voy a mi taller inmediatamente, no vaya que se queme —

Tom salió corriendo, literalmente, hacia su estudio dejando a sus amigos con una sonrisa socarrona, mientras miraban como se cerraba la puerta de su apartamento.

\*\*\*

Marta llevaba dando vueltas por el edificio desde que había regresado de comer junto a Jimena, con la esperanza de que Tom la detectara.

Iba acompañada por Isidro, o más bien guiada pues el animalito, cuando no le gustaba la dirección que tomaba ella, le maullaba para que le siguiera por el camino que él iba marcando. La verdad era, que a Marta le daba un poco igual, no tenía un destino fijo... o si.

Igual, con la pequeña gota de sangre de ella que él tenía en el organismo, no era suficiente para detectarla con facilidad.

Seguramente, la sangre que le había dado en Madrid ya la habría metabolizado después de tanto tiempo.

O quizás, si la había detectado y estaba demasiado ocupado para ir a buscarla.

Lo que no iba a hacer era llamarle al móvil ni ponerle un mensaje, no quería que pensara que estaba tan desesperada por verle.

Marta continuaba siguiendo al gato sin prestar demasiada atención de donde se encontraba, cuando se dio cuenta de que estaba en el pasillo en el cual estaba ubicada la puerta de acceso al taller.

Inmediatamente Marta se dio la vuelta sobre sus pasos, no quería que

Tom la descubriera merodeando por los alrededores de su espacio privado. Se metió en el ascensor con la intención de irse a su apartamento, cuando sintió que alguien se metía rápidamente en el habitáculo detrás de ella. Estaba tan ensimismada releyendo los Whatsapp que le había estado mandando Tom durante la comida, que no levantó la cabeza para ver de quien se trataba. El ascensor comenzó a descender cuando la otra persona la habló.

—¿Dónde crees que vas? — Tom la miraba con los ojos entrecerrados mientras daba al botón para que el ascensor se parara.

—Me iba a casa, no he encontrado nada más entretenido para hacer... de momento — Marta, después del sobresalto, imitó el gesto.

—¿Puedo proponerte algo? — Tom se acercó más a ella.

—Dispara.

A Marta no la dio tiempo a decir nada más, Tom se abalanzó sobre ella atrapándola entre el espejo del ascensor y su cuerpo mientras la cogía por la cintura y la elevaba lo suficiente como para que la boca de ella quedara a la altura de la del altísimo vampiro.

Marta se dejó hacer, encantada con el rudo trato de su amante, mientras entrelazaba sus piernas alrededor de su cintura, para sentir entre ellas lo encantado que estaba Tom de verla.

El siguiente cuarto de hora lo pasaron en el ascensor, con la chaqueta de Tom

colgada estratégicamente sobre la cámara de seguridad. Y el resto del día, en el taller de Tom.

Sobre las seis de la tarde, Marta se vistió y se fue a su apartamento, Tom quiso acompañarla, pero ella le convenció de que no, los dos juntos y solos entre cuatro paredes era sinónimo de sexo y aunque Marta estaba encantada con la idea, tenía que hacer más cosas en la vida. Todavía no había tenido tiempo de colocar el equipaje del todo. Además, de camino, había quedado con Jimena en que la iría a buscar al club deportivo donde ella era socia y se apuntaría también al gimnasio. En Madrid siempre iban juntas a hacer deporte y era uno de los momentos más divertidos del día.

Salió del taller de su amante y se dirigió a la fila de ascensores.

Menos mal que había tres, si no el numerito de hacia unas horas habría sido bruscamente interrumpido por los compañeros de seguridad del edificio,

de hecho, cuando pasó por recepción, la mirada del vigilante escondía un poquito de guasa.

Seguramente la habría visto entrar seguida de Tom, antes de que este tapara la cámara con la chaqueta.

Blanco y en botella...

\*\*\*

Tom dejó ir a Marta, no sin hacer un esfuerzo más que vampírico en conseguirlo.

Cuando por fin él la permitió salir por la puerta, regresó a la cama y se tumbó totalmente desnudo como estaba, para disfrutar del olor de ella en las sabanas.

Se puso las manos detrás de la cabeza y se quedó mirando al techo y de repente, fue consciente de lo que había sido su vida hasta ese momento.

Un árido desierto, donde de vez en cuando se encontraba con algún pequeño espejismo para subsistir y poder seguir andando, con mucho esfuerzo, por las dunas de arena hasta quedar agotado.

Ahora tenía la firme convicción, de que su suerte estaba cambiando.

Marta era su pareja de vida y después de ser tan afortunado de encontrarla, aunque al principio fuera tan estúpido de rechazarla, se sacudiría la arena de los pies y comenzaría a pisar el verde oasis, donde había sido tan afortunado, de que le llevara el destino.

Tom bostezó y se estiró perezosamente, mientras se perdía en sus recuerdos.

*Cuando llegó a su apartamento de Nueva York, estaba a punto de amanecer. Había recorrido a pie los 126 kilómetros, que le separaban de su hogar siguiendo las vías del tren.*

*La cabaña de la bruja resultó estar situada en una colina, a unos dos kilómetros de la estación de ferrocarril donde le habían secuestrado. Nunca lo habría conseguido a no ser por la nueva velocidad con la que se podía mover.*

*Cuando llegó a su domicilio, tiró la puerta abajo, pues el amanecer ya*

*estaba en el horizonte y se le estaban quemando las retinas. Las llaves habían desaparecido, junto al resto de sus posesiones, esperaba que todo se hubiera quemado en el incendio y que la maldita mujer no se hubiera quedado con nada de él, incluido ese posible embarazo, con lo que pudiera localizarlo.*

*Cuando entró en la única sala con la que contaba el pequeño apartamento, cayó en la cuenta de que no tenía persianas y las ventanas solo estaban cubiertas con unos finos visillos.*

*Con toda la celeridad que pudo, volcó el sofá contra el rincón de la pared, salió corriendo hacia su cama y arrancó las mantas que había sobre ella para tapar el hueco que quedaba libre. Se introdujo bajo el sofá y colgó las mantas para que ningún rayo de sol pudiera colarse por él. Y así pasó todas las horas de luz.*

*Como una maldita alimaña metida en su madriguera.*

*Durante los días siguientes, contactó con sus amigos para que no se preocuparan y sobre todo, no le dieran por desaparecido o muerto y el gobierno se encargara de todos sus bienes. Se inventó una excusa por la cual tenía que viajar mucho y solo podrían verse muy de vez en cuando, por supuesto, solo por las noches.*

*Los años pasaron y Tom cada vez se fue distanciando más, hasta que ya no tuvo ningún contacto con todas las personas que habían sido sus mejores amigos.*

*El no envejecimiento de él, era ya demasiado evidente y necesitaba pasar desapercibido.*

*Hacia ya unos años que se había mudado de domicilio a uno más adaptado a sus necesidades. Vivía en una de las zonas industriales de Nueva York en una pequeña nave con sótano.*

*En la parte superior había instalado su taller y el sótano había sido*

*convertido en un minimalista apartamento, donde pasaba las horas diurnas protegido de los mortíferos rayos del sol.*

*El tiempo siguió pasando y él seguía siendo un solitario vampiro. Nunca había tenido contacto con ningún otro de su especie y eso le hacía pensar, erróneamente, que era el único en la ciudad.*

*Aunque lo cierto era que no se dejaba ver demasiado por los oscuros callejones.*

*Solo salía cuando la necesidad apremiaba y era rápido. Llegaba, acechaba a su víctima, se alimentaba y de vuelta a su hogar.*

*Un día, por casualidad, o eso creyó él en ese momento. Pues lo cierto era, que él otro llevaba tiempo buscándole a él, se encontró con otro vampiro en un callejón por la zona de clubs donde él acostumbraba a alimentarse. Tom se escondió entre las sombras a observar, mientras este se estaba alimentando de una mujer a la cual habría seducido en alguno de los múltiples locales que inundaban esa zona de la ciudad.*

*Él castaño vampiro perforó la yugular de la mujer con precisión quirúrgica, estaba claro que contaba con una gran experiencia, debía de ser uno antiguo.*

*Muy antiguo.*

*Cuando terminó con ella, le miró fijamente a los ojos y la mujer se quedó con la mirada perdida, mientras salía del callejón dando tumbos como si no hubiera pasado nada.*

*Los rojos ojos del desconocido fueron a posarse en los de Tom.*

*\*\*\**

A Ricardo le dolían todos los músculos.

Llevaba, desde algo más de las tres de la tarde, apostado dentro de un coche de alquiler, frente al local donde estaba situado el salón de belleza de la

compañía.

Su reloj marcaba las 18:15 cuando lo miró por enésima vez y levantando la cabeza dirigió el objetivo, de su recién adquirida cámara réflex en los almacenes B&H.

Estos eran un templo de la electrónica y una referencia para nativos y turistas de la ciudad. El precio de la misma había sido mucho más barato que si la hubiera comprado en Europa. La única pega que había tenido al ir a comprarla, fue que el sábado no abrían por ser judíos ortodoxos los que la regentaban y tuvo que ir el lunes, o sea, esa misma mañana. Lo cual no le había permitido acostumbrarse a ella y se estaba haciendo un poco de lío. Esperaba que las fotografías tuvieran la calidad suficiente para lo que las iba a necesitar.

Con que se vieran bien las caras de las personas a las que estaba investigando era suficiente.

Estaba enfocando el objetivo de la cámara sobre el edificio de enfrente, cuando distinguió una melena roja que salía por la puerta principal. Ricardo dio un salto para salir del coche, se colocó un gorro de lana para que no se viera su pelo, pues era consciente de que tenía un color bastante peculiar y no quería llamar la atención de sus objetivos antes de tiempo.

Después de cargar rápidamente el parquímetro con monedas, se dispuso a seguirla a pie.

Marta fue andando ágilmente a un paso que a Ricardo le costó mantener.

La mujer, se paraba de vez en cuando en alguno de los numerosos escaparates que había a pie de calle, gracias a lo cual, Ricardo no la perdió.

Llegaron a un gran edificio y Marta pasó hacia el interior por la puerta principal.

Sobre esta había un letrero con luces luminosas, en el que rezaba:

CHELSIE PIERS SPORTS COMPLEX.

Se quedó vigilando desde fuera, mientras utilizaba el objetivo de su cámara a modo de prismáticos. Vio como Marta se entretenía hablando con la señorita de recepción, mientras esta le entregaba unos formularios, los cuales ella comenzó a rellenar sobre el mostrador. Al cabo de unos minutos, se los entregó a la recepcionista y se introdujo en el complejo.

Ricardo estuvo esperando en la acera de enfrente, escondido tras una

furgoneta, mientras vigilaba la puerta del gimnasio a través de los cristales de la misma.

Después de aproximadamente una hora, las dos amigas salieron del edificio riéndose alegremente. Efectivamente eran las dos empleadas de Madrid.

—Reíros zorras, que el que ríe el último, ríe mejor. — Ricardo susurró las palabras mientras pulsaba compulsivamente el disparador de su réflex.

Llegó al hotel satisfecho consigo mismo.

Abrió su ordenador portátil y descargó todas las imágenes de la cámara.

Después de seleccionar las que le parecieron mejores, las pegó en el informe que había redactado con la información obtenida por Lola y lo envió al correo que le había facilitado el Gran Padre.

Una de las imágenes era de lo más esclarecedora, la Srta. Saavedra acariciaba la tripa de la Srta. Rey, como se le haría a una embarazada.

Aunque no se le notaba nada el embarazo, ese gesto lo decía todo.

Cuando se levantó del escritorio, escuchó ruidos procedentes del baño que compartía con la habitación de Lola.

Debía de acabar de llegar de la calle.

Ricardo la había dejado plantada en el comedor del hotel, cuando ella le había contado lo que vio en la peluquería.

Aunque le importaba una mierda lo que esa chica pensara de él, en ese momento se sentía generoso, la invitaría a cenar fuera. Además, ella le había comentado algo sobre un restaurante donde los empleados de la peluquería iban a comer.

El Pote Español creía que se llamaba.

Bueno, seguro que ella se acordaría.

Preguntaría a los camareros si el jefe de los empleados de la peluquería solía comer con ellos.

Si no aparecía por allí a las horas diurnas, sería otra prueba contra el Sr. del Toro.

\*\*\*

Lola entró en su habitación y dejó las bolsas que llevaba sobre la cama.

Después de estar en la habitación del hotel esperando al Sr. Sánchez un

par de horas cuando subió del comedor del hotel, había decidido irse a dar una vuelta por la ciudad.

Estaba bastante nerviosa con la cita...

bueno, lo que fuera, del viernes.

Como no sabía que ponerse, había sucumbido a la tentación de comprarse ropa nueva para estrenarla ese día.

Vació las bolsas para que no se le arrugara el traje de pantalón corto que se había comprado en Zara.

La chaqueta era corta y muy entallada a la cintura, con unos grandes botones forrados en raso negro y el pantalón de pinzas, bastante corto por cierto, tenía el tiro bajo y un botón igual que el de la chaqueta. También se había comprado un top de color marfil y unos zapatos con un buen tacón del mismo color. Los pantis, de color natural, tenían un pequeño dibujo en los tobillos, que le había encantado cuando los había visto en el maniquí.

Se quedó mirando la ropa extendida sobre la colcha, mientras caía en la cuenta de que era la primera vez que se compraba ropa nueva porque hubiera quedado con alguien.

Entró en el baño con la idea de darse una ducha.

Lola se quitó la ropa mientras se miraba en el espejo. La verdad era que no tenía mal tipo.

Lo que pasaba es que nunca había tenido ningún interés en sacarle partido.

Hasta ahora.

Nunca le había importado no ser una mujer alta, media 1.60 aproximadamente. Era delgada y atlética. En Madrid solía entrenar en el gimnasio cada día, además de correr por el parque un par de veces en semana.

Pero lo de la delgadez le venía de familia, su madre era igual y su abuela también. Aunque llevaba el pelo corto, el nuevo look que le había dado su peluquera le hacía parecer más femenina y le resaltaba mucho más sus grandes ojos grises.

Se acababa de meter en la ducha cuando sintió que la puerta que comunicaba el baño con la habitación de su jefe se abría.

¡Mierda!

Se le había olvidado echar el pestillo.

—¿Srta. Carmona? Perdón no sabía que se estaba duchando — Ricardo mintió como el cerdo que era.

—¡Salga por favor! — Lola se tapó con la cortina del baño y estuvo a punto de arrancarla en el proceso.

—Está bien, intente ponerse guapa, esta noche vamos a cenar fuera — Ricardo salió del baño con una sonrisa arrogante, siempre le había dado placer hacer sentir incómodas a las mujeres.

Lola se quedó con la boca abierta “*intente ponerse guapa*” ¿Qué había querido decir con eso?

\*\*\*

Miguel llevaba encerrado en su despacho casi todo el día, había revisado todas las historias clínicas de los pacientes que tenían algún proceso abierto. Sobre todo se había entretenido especialmente en la de Jimena Rey, la embarazada esposa de su querido amigo Carlos del Toro.

Ese iba a ser el embarazo más vigilado de la historia.

Aunque ella se lo tomaba todo de una manera muy natural, este tipo de gestaciones eran imprevisibles, después de investigar por todos los medios a su disposición, lo único que había sacado en claro era que podía pasar cualquier cosa.

Un colega del viejo continente, donde eran un poco más comunes, le había informado que dado que la madre era una humana especial, pero al fin y al cabo una humana, la mayoría de las veces solían desarrollarse de una manera muy parecida a los de esa especie.

Si algo le pasaba a la madre o al bebe, no se lo perdonaría en lo que le quedara en este mundo, ya tenía demasiado sobre su consciencia para añadir una cosa más. Cerró el ordenador donde tenía la imagen de la última ecografía de Jimena y se fue hacia sus habitaciones personales.

Estas estaban ubicadas en el mismo local que la clínica. Miguel prefería vivir cerca del trabajo, ya que esto era lo único en su vida desde hacía tantos años ¿para qué vivir en otro lado?

Además, en caso de urgencia, de momento él era el único médico vampiro disponible en muchos kilómetros a la redonda. Adrian, su médico

residente, todavía estaba un poco verde.

—Mary me voy a descansar un rato, si hay algo urgente llámeme al móvil

—

Miguel informó a la enfermera de turno en el mostrador de recepción, mientras habría con llave la puerta de la zona privada de la clínica.

—De acuerdo Dr. López, que descanse.

Miguel entró en su habitación y se fue directo a la ducha. Cuando termino la tarea, se acostó en la enorme cama y se dispuso a pasar las siguientes horas mirando al techo.

El insomnio era algo con lo que había aprendido a convivir desde hacía muchos años, al menos cerraría los ojos de vez en cuando e intentaría descansar.

La única vez que había conseguido dormir todo un día seguido fue, hacia ya más de cuarenta años, durante un viaje a Europa.

Miguel había sido invitado para asistir como ponente, a unas jornadas sobre medicina vampírica en Berlín, junto con los pocos colegas conocidos que existían en todo el mundo.

Las jornadas se desarrollaban durante la tarde. En invierno en esa zona del planeta anocheceía muy pronto, con lo cual, a las doce de la noche estaban libres. Aunque el llevaba años alimentándose de sangre embotellada, algunos colegas, eran del viejo mundo y tenían costumbres alimenticias a la vieja usanza y la noche era la hora del almuerzo para muchos de ellos.

Cuando terminaba la ponencia, él solía irse a su alojamiento para preparar la documentación para el día siguiente.

Una noche no fue posible disculparse y se fue con todos los colegas a tomar unas copas en un local que frecuentaban los de su especie.

El sitio estaba en un local subterráneo.

Había sido un refugio construido en la segunda guerra mundial y era oscuro y tétrico. El típico sitio que los humanos se imaginan en sus historias de terror.

Pero, en menos de dos segundos, a Miguel le pareció el lugar más bello del mundo.

Detrás de la barra estaba la mestiza más atractiva que él había visto en su vida, el flechazo fue instantáneo. La mujer le miró con unos profundos ojos

azules, que Miguel juraría había visto con frecuencia en algún otro lugar. El pelo rubio platino le llegaba hasta las caderas y la piel, tan blanca como la porcelana, no tenía ni un defecto.

Decir eso, contando con que le miraba con la vista de un vampiro, era mucho decir.

La mujer le miró directamente con sus hermosos ojos azul turquesa y le dedicó la sonrisa más arrebatadora que Miguel hubiera visto en toda su larguísima vida.

En ese momento, el viejo vampiro supo que ella era su pareja de vida. Después de tantos siglos de existencia, había encontrado por fin a la persona que estaba destinada a él.

Su suerte había empezado a cambiar por fin.

Iluso.

Ella lo vio como una aventura y eso fue lo que únicamente le concedió, durante la semana que siguió al primer encuentro.

La última noche en Berlín, Miguel había decidido declararse y pedirle que se fuera con él a Nueva York. De ninguna manera iba a dejarla ir sin, por lo menos, hacerla saber sus sentimientos.

Pero nunca tuvo la oportunidad, ella desapareció del mapa y jamás la volvió a ver.

Al menos, siendo ella consciente del encuentro.

Eso le llevaba matando desde hacía más de cuatro décadas.

## Capítulo 8

**L**OLA entró en el club Hematology con un nudo en el estomago.

Aunque había tenido que esperar la fila de la entrada, en el momento que le enseñó al portero la tarjeta de Erika, la habían dejado entrar sin ningún tipo de problema.

Llevaba todo el día atacada de los nervios. Su jefe estaba insoportable, la había estado acosando con instrucciones para que apuntara todo lo que viera esa noche, quería saber todos los trapos sucios de los empleados de la peluquería.

Lola, por supuesto, le había dicho a todo que sí. La experiencia le había enseñado a que algunas veces, a ciertas personas, era mejor seguirles la corriente aunque después hicieras lo que te diera la gana.

Si el Sr. Sánchez pensaba que le iba a contar lo que hacían unos trabajadores en su tiempo libre, estaba pero que muy equivocado.

Cuando se había mirado en el inmenso espejo que ocupaba toda la pared frontal de la entrada de su habitación, no se había reconocido.

El traje le quedaba muy bien y esa misma tarde, se había peinado y maquillado en la peluquería del hotel.

No era plan de ir a arreglarse a la peluquería en la que trabajaba su... ¿cita? bueno, lo que fuera.

Respiro hondo un par de veces y salió por la puerta.

Ricardo salió tras ella para darle más instrucciones en el momento que escuchó la puerta de su habitación cerrarse.

¡Dios, bendita paciencia!

En cuanto la vio, se quedó mirándola de arriba abajo e, inmediatamente, cambió el tono de su voz por otro que intentaba ser más seductor.

No podía estar más lejos de conseguirlo.

Lola se deshizo de él lo más rápido posible y se fue hacia la calle con su jefe pisándola los talones.

El portero del hotel le paró un taxi inmediatamente y ella se subió para poner distancia de por medio. No quería vomitar y arruinarse el traje.

Cuando otro empleado del local donde había quedado con Erika, le abrió la puerta doble que daba a la sala principal, Lola entró dedicándole una sonrisa al hombre que la miraba con ojos seductores.

Madre mía, lo que podían hacer un poco de maquillaje y unos tacones, a Lola nunca le habían mirado de esa manera.

Observó su alrededor buscando a Erika, pero no la localizó. Se dirigió hacia la barra para pedirse algo de beber mientras esperaba a que apareciera.

Si aparecía.

La camarera acababa de ponerle su Coca Cola delante, cuando Lola sintió como alguien cogía un taburete y lo ponía a su lado.

—Hola — Le pequeña peluquera la miraba como si verdaderamente estuviera sorprendida de verla — has venido.

—Hola. Si... tú me invitaste — Lola no sabía que decir, gracias a la oscuridad del local, pues debía estar como un tomate — ¿quieres tomar algo?

—Tengo mi bebida allí — Erika señaló con un dedo a una mesa que estaba justo al lado de la pista — estoy con mis compañeros, vamos te los presentaré.

Lola cogió su vaso y se fue detrás de la pequeña mujer. Cuando llegaron a la mesa, Erika la señaló un sitio a su lado y procedió a hacer las presentaciones.

—Chicos esta es Lola, ha venido a la ciudad desde Madrid por motivos de trabajo. Estará aquí durante un mes y la he invitado a que se una a nuestro grupo para que no se sienta tan sola. Lola estos son Sebastián, Violeta, Elena y Michael.

Seguramente luego vengan dos compañeras que son de Madrid, seguro que estarán encantadas de conocerte.

—Encantada de conocerlos a todos —

Lola dio la mano a cada uno de los presentes según se los iban presentado y se sentó junto a Erika.

—Bueno Lola — Sebastián comenzó a hablar — ¿a qué te dedicas?

—Asistente personal.

—¿Has venido acompañando a tu jefe?

—Sebastián la miró de arriba abajo con ese gesto de escrutinio tan típico en él.

—Bueno yo...

—No hables así a mi invitada — Erika salió en su defensa — no le hagas caso Lola. Es que Sebastián no tiene filtro entre la lengua y el cerebro — Erika le dedicó a su compañero una mirada asesina.

—Le dijo la sartén al cazo... —

Sebastián tenía una sonrisa canalla en los labios. Estaba disfrutando de la situación.

—Nosotros estuvimos hace unos meses en tu ciudad, para la boda de nuestro jefe con Jimena — Violeta cortó rápidamente, cambiando de tema.

La siguiente hora se la pasaron hablando del viaje a Madrid de sus acompañantes de mesa. Violeta y Erika la sacaron a bailar a la pista, aunque al principio era un poco reacia a ello, al final estuvieron por lo menos media hora sin parar.

Cuando decidieron que ya era suficiente y se fueron a sentar de nuevo en la mesa, Lola se disculpó para ir al wc.

Al entrar en el mismo, sintió como su teléfono comenzaba a vibrar. Sacó el aparato del bolsillo trasero de su pantalón y miró la pantalla.

Ups...

Tenía diez llamadas perdidas de su jefe.

Pulsó el botón verde para descolgar el teléfono y se preparó para lo que viniera.

—Sr. Sánchez...

—¡¿PORQUE COÑO NO ME COGES EL TELEFONO?!

—No lo he oído, la música está muy alta, ahora estoy en el baño y por eso me he dado cuenta de que sonaba — A Lola no le estaba gustando ni un pelo el tonito de su jefe.

—Quiero que vengas al hotel ahora mismo y me informes sobre lo que

has visto. No has venido aquí de turismo, te explique que era disponibilidad total veinticuatro horas, siete días a la semana.

—Enseguida voy Sr. Sánchez — Lola colgó el teléfono y maldijo a su jefe por estropearle la noche.

Lola salió de los baños y se dirigió a la mesa para despedirse de todos. Erika insistió en acompañarla a la puerta y esperar a que llegara el taxi, que los empleados de la puerta habían llamado para ella.

Cuando llegó el vehículo se despidió de Erika y se intercambiaron los números de teléfono. Lola se quedó mirando a su peluquera desde la ventanilla del coche mientras se despedían con la mano.

El taxi arrancó en dirección al hotel y Lola echó un último vistazo por la ventanilla, mientras volvía a responder a su jefe que volvía a llamarla a su teléfono. Empezaba a plantearse si había hecho bien en aceptar ese trabajo.

Lola agachó la cabeza para ocultar su rostro cuando se dio cuenta que, desde la puerta del club, la peluquera pelirroja la miraba fijamente con el ceño fruncido.

\*\*\*

La cabeza le iba a estallar.

Marta llevaba toda la noche dándole vueltas. Sabía que conocía a esa mujer de algo, pero era incapaz de acordarse de que.

La única información que tenía, era que la mujer venía de Madrid y se llamaba Lola. Erika se lo había dicho cuando se habían visto en la puerta del Hematology.

A Jimena también le sonaba de algo, aunque no le había dado tanta importancia como ella.

Marta no quería alterar a su embarazada amiga pero, lo cierto era que desde que había visto a esa mujer, se le habían encendido todas las alarmas del sexto sentido heredado de su madre.

Seguía sentada en silencio, mirando hacia ningún sitio mientras pensaba en ello, cuando sintió que un dedo le acariciaba el entrecejo.

—Relaja el gesto o te saldrán arrugas antes de tiempo — Jimena la miraba expectante.

—Perdona que esté tan distraída, es que no puedo quitarme de la cabeza a

esa mujer, se que la conozco de algo y no me da buen rollo.

—Pues mira quien entra por la puerta.

Seguro que te la quita de la cabeza en un momento.

Las dos amigas miraron hacia la puerta.

Tom, acompañado por Carlos, se dirigía hacia ellas con una gran sonrisa en su atractivo rostro.

—Hola preciosas — Tom saludó, mientras se agachaba para darle un, nada casto, beso a Marta en la boca el cual decía mucho de las intenciones para esa noche del vampiro.

Marta se dio perfecta cuenta de las intenciones de Tom. Quería que todos supiesen que era territorio vedado. A ella no le podía importar menos, incluso, mira tú por dónde, se sintió halagada.

Parece mentira como pueden cambiar las cosas cuando estas con la persona adecuada. Si esto se lo hubiera hecho cualquiera de sus anteriores relaciones, les habría pegado la patada sin pensárselo dos veces.

Cuando Marta consiguió volver a pensar y echó un vistazo a su alrededor. Todas las miradas estaban puestas sobre ellos.

Los gestos en las caras de sus compañeros eran de lo más variopintas.

Unos con la boca abierta.

Otros con una sonrisilla pícara.

Erika, con el ceño fruncido de una niña de cinco años enfadada, seguramente por no haberse enterado la primera del cotilleo de la temporada.

Jimena se estaba partiendo de risa con Carlos mientras bailaban en la pista muy juntitos, mientras miraban a Carmen y Stefan que estaban en versión boca abierta.

—Creo que somos la comidilla de todo el local — Marta estaba más roja que un tomate.

—Vamos a bailar, así podrán hablar del tema tranquilamente y se les pasará antes — Tom la cogió de la mano y se la llevó a la pista.

Los dos estuvieron bailando juntos durante la siguiente hora y después se despidieron de sus amigos mediante whatsapp para irse al apartamento de Marta.

—¿Te preocupa algo? — Tom acariciaba la desnuda espalda de Marta.

—¿Por qué lo dices? — ella levantó la cara del pecho de su amante y le

miro directamente a los ojos.

—Llevas toda la noche con una arruguita en el entrecejo, como si estuvieras intentando descifrar la teoría del caos — Tom le pasó el pulgar entre las cejas.

—Esta noche— contestó ella — antes de que llegaras al Hematology, vi a una mujer que conozco de algo y no sé de qué. No puedo dejar de darle vueltas.

—Igual se parece a alguien que conozcas, o es alguien que sale en los medios. A veces van algunos humanos famosos al club.

—No Tom. Aquí hay gato encerrado.

Pregunté a Erika que de que la conocía, aunque ella se puso un poco protectora con respecto a decir nada de la mujer, conseguí que me contara que era madrileña y que estaba aquí por motivos de trabajo. Además, cuando me vio agachó la cabeza e intentó ocultar el rostro para que no pudiera verla. Esto no me huele bien, todos mis instintos están alerta y no se suelen equivocar.

—Le investigaremos. El lunes hablaré con Erika para que nos diga de que la conoce — Tom cogió a Marta por la cintura y se la puso encima — Ahora aprovechemos la próxima hora antes de que me tenga que ir.

\*\*\*

En cuanto Lola llegó al hotel, Ricardo había cogido la dirección del local y se había ido a la puerta para hacer fotos desde el coche de todos los que entraban y salían por la puerta.

La Srta. Saavedra salió del local, junto con un altísimo rubio que la llevaba sujeta de la cintura de una forma muy posesiva, como si quisiera que todo el mundo supiera que la mujer era suya.

Después de ametrallarles con el disparador de su réflex, decidió seguir al taxi que la pareja había parado.

Ricardo hizo fotos de la calle y el edificio que supuso, era en el que estaba ubicado el apartamento de la pelirroja.

Lo cual confirmó cuando el hombre salió solo para irse calle abajo. Arrancó el coche cuando este dobló la esquina y fue tras él. Pero, al dar la vuelta a la calle, no había ni rastro del rubio.

—Corres mucho para ser humano —habló para sí mismo.

Ricardo llegó al hotel y después de descargar las fotos, mando el informe.

El Gran Padre iba a estar orgulloso de él, hoy había hecho un buen trabajo.

Cada vez tenía más puntos a su favor para ser su segundo al mando.

Aunque eran las siete de la mañana, Ricardo no tenía sueño.

Estaba demasiado excitado, en todos los sentidos, para poder dormir.

## Capítulo 9

**D**ESPUÉS de cepillarse el pelo cien veces, se recogió su impresionante melena en una larga trenza para ir a dormir.

Nanna había tenido el pelo muy largo desde siempre, suelto le llegaba a la altura de las caderas. A ella le encantaba presumir de cabello, aunque últimamente lo llevaba oculto durante demasiadas horas al día, por culpa de la maldita capucha que utilizaba tan asiduamente.

Nunca iba a conseguir entender a las mujeres modernas, que les gustaba llevar el pelo como a los hombres. La mujer siempre había utilizado su feminidad para seducir y dominar al sexo contrario. Las modernas mujeres de esta época, con su supuesta liberación, habían perdido mucho poder sobre el hombre.

Nanna se sentó en su escritorio y abrió el ordenador para ver el correo. Llevaba casi un siglo buscando a Tom. El mal nacido hijo de mala madre que había matado a Albert, el único varón al que ella había amado.

Ella regresó a su cabaña al día siguiente de huir con el propósito de salvar lo que crecía en su vientre, para descubrir todas sus cosas, incluido a su hombre, reducido a cenizas.

En ese momento se juró a si misma que le iba a encontrar aunque le costara la vida y en el momento que lo tuviera delante, le informaría sobre su secreto, justo un segundo antes de matarlo.

Dejó de fustigarse con las imágenes de hacía más de un siglo y arrancó su ordenador. El correo tenía una entrada nueva y esta llevaba adjuntas muchísimas imágenes. Comenzó a pasarlas rápidamente, en ellas se veía un

edificio, la puerta de una peluquería, una pelirroja, un gimnasio, la pelirroja con una morena, un montón de personas entrando y saliendo de un club, la misma pelirroja con un hombre rubio...

Nanna acercó la cara al monitor para ver mejor al hombre que abrazaba a la pelirroja, pero en esa imagen miraba hacia abajo y no se le distinguía bien.

Pasó a la siguiente y...

Allí estaban esos ojos azules, exactamente iguales que los de su hija.

—¡¡YA ERES MIO!! — Se echó hacia atrás, riendo histéricamente, mientras la imagen de Tom seguía en el monitor.

Nanna se levantó de un salto y se fue directa hacia la habitación de Skule. El significado del nórdico nombre de su hija, era exactamente lo que Nanna llevaba haciendo con ella desde que había nacido.

Ocultarla.

Si La Sociedad se enteraba que su líder era una mujer y de que, además, tenía una hija mestiza, sus planes se irían por la alcantarilla inmediatamente.

Ella, en su papel de El Gran Padre, había tenido que cortar de raíz una insurrección hacia algunos años. Ahora que había conseguido encontrar a Tom, no quería que nada se interpusiera en su camino para matar al maldito bastardo.

Nanna se dirigió a lo largo del pasillo, en dirección a la habitación de su hija, llamó a la puerta y entró sin esperar a que Skule le diera permiso. Tenía que avisarla para que preparara el equipaje porque viajarían a Nueva York en el primer vuelo disponible.

Skule tenía la gran suerte, de que no le afectaba la luz del sol excesivamente.

Según había descubierto con los años, los mestizos eran imprevisibles, podían predominar rasgos humanos o vampíricos, dependiendo del individuo.

Ninguno era igual.

El único problema eran los ojos, pero con las gafas especiales que ella utilizaba, podía aguantar la luz diurna sin muchos problemas.

Nanna estaba bastante satisfecha de la relación que tenía con su hija. Las dos hacían un gran equipo desde que la había parido. Exceptuando una crisis que habían tenido hacia ya muchos años y que estuvo a punto de separarlas, pero ellas, la habían conseguido superar sin muchos problemas.

Aunque todavía sentía que su hija la tenía presente, la relación era aceptable y había quedado claro que era ella la que mandaba en esa casa.

Aunque algunas veces Nanna tenía el presentimiento de que su hija la seguía la corriente, mientras asumiera su posición e hiciera lo que se esperaba de ella, Nanna lo dejaría estar.

Antes de que Skule cumpliera los veintidós años y fuera consciente de su naturaleza, Nanna le había explicado su condición y la había informado de que si quería que ella no la dejara totalmente sola y desprotegida en el mundo, debía beber de su sangre periódicamente.

Con la dosis adecuada, esto había permitido a Nanna que su cuerpo se quedara joven y longevo. No iba a permitir que su hija se separara de ella.

Mataría a cualquier individuo, humano o vampiro, que intentara separarlas. Su niña le pertenecía y no iba a permitir que nadie se la arrebatara.

Los mestizos eran peculiares en muchos aspectos de su naturaleza pero, había dos cosas que todos ellos compartían sin excepción. Tenían que pasar por la transición que les convertiría en inmortales sobre los veintidós años de edad y desde ese momento, necesitaban beber sangre para sobrevivir, aunque no tan asiduamente como los vampiros puros.

Esto era algo ineludible.

En el caso de las mestizas había otro trámite que, si no se solucionaba, iba a hacerles la vida sexual un poco complicada.

Cuando la transición te atacaba, el cuerpo del mestizo mutaba para convertirse en vampiro y la naturaleza vampira subsana inmediatamente cualquier agresión que el cuerpo del mismo pudiera tener, regenerando los tejidos y dejándolos perfectamente reparados dependiendo si el individuo estaba bien alimentado, en cuestión de minutos.

Así que, el perder la virginidad antes de que la transición tuviera lugar, era algo que los padres de las mestizas tenían muy en cuenta para con sus hijas. El que ellas tuvieran que ser desvirgadas cada vez que mantuvieran relaciones sexuales después de ese momento, era algo que ningún padre en su sano juicio quisiera para sus hijas.

Como ella se consideraba una buena madre, había tenido ese detalle en cuenta.

El humano en cuestión, había tenido la última mejor noche de su vida.

Nanna se dirigió al baño privado de su hija, guiada por el sonido de la ducha.

—Cariño, date prisa en ducharte, tenemos que hablar — Nanna asomó la cabeza por la puerta del baño para llamar a su hija.

—Enseguida termino madre.

La bruja se acomodó en la silla del tocador y comenzó a mirar el retrato de Albert que tenía su hija colgado de la pared.

Ella le había contado a Skule, que su padre había perdido la vida luchando para defenderla de un celoso vampiro y que le vengarían en el momento que tuvieran la oportunidad.

—Buenas noches madre — La mestiza salió del baño con el albornoz y una toalla en la cabeza.

Skule dejó de llamarla mamá desde que tuvieron su gran crisis hacia ya más de cuarenta años. Aunque al principio a Nanna la sentaba fatal, ya hacía tiempo que lo había aceptado.

Nanna se levantó de la silla del tocador e hizo que su hija se sentara. Skule le sacaba más de una cabeza de altura, herencia de su padre biológico y ella se negaba a hablar con ella mirando hacia arriba. Le quitó la toalla de la cabeza y comenzó a cepillarla el pelo como cuando era una niña.

—Sabes que llevó años buscando al asesino de tu padre — Nanna le iba separando cada mechón de pelo para dejarlo sin un enredo.

—Si madre. Es tu razón de vivir — Skule empezaba a estar un poco harta del tema.

—¡NOS DESTROZÓ LA VIDA! —

Nanna no entendía porque su hija no compartía su obsesión.

—Si madre — Skule la contesto mecánicamente.

—Está bien, no he venido a discutir —

Nanna siguió con la tarea de cepillar el pelo de su hija — ya lo he localizado.

—¿Cómo? ¿Ya? ¿Dónde? — Skule, después de tantos años con lo mismo, había llegado a pensar que todo era una fantasía de su madre. Aun así siempre la había apoyado.

—En Nueva York. Saldremos inmediatamente.

—Si madre — Skule se levantó de la silla y se fue hacia el armario. Abrió

la caja fuerte que tenía disimulada en el fondo del mismo para sacar sus armas.

\*\*\*

Se alegraba de terminar por fin con esto.

Su obsesionada madre llevaba preparándola, física y psicológicamente, para este momento desde que ella había pasado la transición. Pero desde el incidente de Berlín, se había prometido a sí misma, que después de terminar con el asesino de su padre se iría a vivir por su cuenta.

Desde hacía años había acumulado sangre congelada para no dejar desabastecida a su madre. En Berlín le habían informado de un banco de sangre privado y secreto, que utilizaban comunidades vampiras para alimentarse.

Por supuesto Nanna estaba totalmente al margen de esto, en caso contrario habría ido con su ejército de dementes a reventar el lugar por si acaso estaba allí el maldito vampiro que la había dejado viuda.

Skule ya no soportaba compartir techo con ella, aunque la quería y eso siempre sería así, la actitud de Nanna en Berlín fue como si a Skule le quitaran una venda de los ojos, la cual le impedía ver cualquier defecto en la persona de su madre.

En cuestión de segundos se le había caído el mito. Nanna no era la mujer perfecta que siempre tenía la razón en todo. De repente había sido consciente de la parte oscura y egoísta de la persona. Su madre anteponía sus deseos de venganza por encima de la felicidad de su única hija. Esto era un hecho y Skule fue dolorosamente consciente de ello.

Después de que la ayudarla con ese asunto, se largaría en busca de su destino y jamás volvería a formar parte de La Sociedad. Esa era una promesa que se había hecho a sí misma después del incidente de Alemania, el cual, había minado enormemente la relación entre ambas.

Por favor, si ella era más vampira que cualquier otra cosa, lo sentía en sus entrañas.

Ella sabía que le debía mucho a su madre, pero ¿Qué hijo no le debía tanto a la mujer que le trajo al mundo? Estaba claro que a Nanna le había costado mucho salir adelante. Una mujer embarazada y sin marido, a

principios del siglo XX, no era una situación fácil y, si además, le sumabas que eras una bruja y estabas embarazada de un vampiro, la cosa se ponía bastante difícil.

Nanna la había parido sola en un pequeño apartamento de Alemania.

Ella había viajado a Europa buscando la protección de los amigos de su difunto padre, pero lo único que había encontrado había sido el rechazo de todos ellos.

Por lo visto Albert Müller no era muy popular en su entorno.

El único miramiento que habían tenido con ella, fue el de reconocerla como su viuda en la herencia de Albert. Pero, a partir de ahí, se desentendieron totalmente de Nanna. Skule pensaba que el odio de su madre por los vampiros venía de allí, aunque teniendo en cuenta que tenía una hija mestiza, la cosa era completamente contradictoria.

Además, ella también tenía su propio proyecto y quería comenzar con el cuanto antes. Lo había pospuesto ya demasiados años.

Ojala no fuera demasiado tarde.

Cuando Skule terminó de limpiar su Glock 27, levantó la cabeza para darse cuenta que su madre había desaparecido, siempre hacía lo mismo cuando ella sacaba sus armas. A Nanna le hubiera gustado que su única hija tuviera los poderes de las brujas, pero el destino había decidido que la parte vampira predominara en su genes y que, por más que su madre lo hubiera intentado, no tuviera ningún instinto, ni poder, ni intuición de las que tenía ella.

La verdad era que le importaba una mierda si era una bruja o no, estaba entrenada como guerrera y si lo sumabas a la fuerza vampírica que corría en sus venas, había muy pocas cosas que pudieran destruirla.

Volvió a guardar todas sus armas en la mochila y terminó de preparar el equipaje. Las armas y el material irían a través de una agencia de mensajería de uno de los miembros de La Sociedad Erradicadora. Ellas viajarían en el primer vuelo que encontraran en internet

y solo llevarían el equipaje de mano.

Skule se dirigió hacia la habitación de su madre. Cuanto antes se fueran, antes terminarían y en consecuencia, antes se iría ella de esa casa.

\*\*\*

La fuerza del agarre de sus manos al volante, se asemejaba a la fuerza que se necesitaría para estrangular a una persona de complexión media.

Ricardo iba haciendo sus cuentas mientras conducía solo, en su mediocre coche de alquiler, en dirección al aeropuerto JFK de Nueva York.

Tenía que recoger a dos mujeres que le mandaban desde La Sociedad para hacerse cargo de la misión desde ese momento.

Bueno realmente no iba tan solo. Le acompañaba un cabreo de campeonato.

Había recibido la llamada de El Gran Padre esa misma mañana. Este había insistido en que las dos mujeres estarían, desde ese mismo momento, al mando de la operación. Esto le había sentado como un puñetazo en las tripas y aunque lo había disimulado lo mejor que había podido mientras hablaba con él, en el momento en que la comunicación se había cortado, por su boca había salido sapos y culebras.

Él y solo él, había dirigido la operación desde un principio con éxito y ahora, que había encontrado la guarida de los chupasangres, le mandaba a dos mujeres para que se encargaran de la diversión, que por cierto, no sabía de dónde habían salido, pues La Sociedad era plenamente masculina.

Podía entender que se utilizara al sexo débil para determinadas funciones y a lo mejor, si ellas daban el perfil, se las podía utilizar para seducir a alguno de los vampiros e introducirse dentro de la guarida, pero de ahí a que ellas tuvieran el mando, distaba un mundo.

Aunque le había dicho al Gran Padre que así lo haría, no tenía ninguna intención de dejarse mangonear por dos zorrillas que se creían mejor que él. Las pondría en su sitio igual que había hecho la madrugada pasada con la mojigata de su ayudante.

Ricardo simplemente había querido pasar un buen rato ¿qué malo había en ello?

Encima de que le había dado trabajo.

Después de forcejear unos minutos en la habitación de Lola, a la cual se había colado por la puerta del baño compartido, esta le había abofeteado, por cierto con más fuerza de lo que Ricardo se habría esperado.

Él, después de devolverla el bofetón, la había dicho que era libre de irse. Que no pensaba pagarla ni un euro si no estaba dispuesta a cumplir todos sus

deseos y que se tendría que financiar a partir de ese mismo instante todos sus gastos, incluido el billete de regreso a Madrid.

Con las mismas se había ido a su habitación, llevándose la tarjeta de crédito que había en la mesilla de la mujer, que era la que él le había proporcionado, mientras escuchaba como Lola echaba el cerrojo de su puerta entre sollozos.

Penoso sexo débil.

Antes de irse le había gritado desde la puerta del baño que no quería verla cuando volviera del aeropuerto. Ya se encargarían de ella cuando volvieran a Madrid.

No quería cabos sueltos.

Después de estacionar en el aparcamiento del JFK, Ricardo salió corriendo pesadamente hacia la terminal por donde le habían dicho que desembarcarían sus, no bienvenidas, compañeras.

Subió los escalones de las escaleras mecánicas lo más deprisa que su poco atlético cuerpo le permitía, pues iba con el tiempo justo, mientras golpeaba a las personas que se cruzaban por su camino pasando de largo sin disculparse.

Cuando llegó a la puerta, los pasajeros ya estaban saliendo.

Levantó las manos para que se viera el cartel en el que rezaba, en grandes letras mayúsculas, la palabra “PADRE” como le habían indicado que hiciera y se quedó allí plantado y jadeando, mientras el corazón se le salía del pecho por la carrera que se había tenido que dar sin estar preparado para ello.

Cuando parecía que ya no quedaban más personas por salir, estuvo a punto de darse media vuelta e irse, pero en el momento que estaba bajando el cartel, a Ricardo se le descolgó la mandíbula al ver aparecer a dos espectaculares mujeres rubias.

Parecían dos modelos nórdicas.

Las dos tenían un parecido razonable, seguramente eran familia, aunque había una diferencia de altura entre ellas bastante considerable.

Hermanas, pensó Ricardo, seguro que eran hermanas.

La más baja miraba con recelo hacía todos lados con sus espectaculares ojos, como si estuviera haciendo un reconocimiento de todas las personas que estaban a su alrededor, seguramente era la hermana mayor.

La más alta se cubría los ojos con unas gafas de sol envolventes y Ricardo se quedó con las ganas de saber si sus ojos eran tan bellos como los de su hermana mayor. Se movía de una manera que se asemejaba a un elegante depredador, mirando a la gente con indiferencia, como si estuviera en la cima de la pirámide alimenticia y en ese momento, el hambre no fuera una prioridad.

La mayor miró hacia donde estaba él con el letrero en alto y fijó sus ojos dando un suave golpe a su compañera.

Cuando la más alta se fijo en él, a Ricardo le dio la sensación de que le recordaba a alguien.

\*\*\*

Lola había tenido que utilizar todas las lecciones de autocontrol, que su sensei le había enseñado a lo largo de los años.

Este siempre les había inculcado el respeto por los demás y la no agresividad del karate.

Solamente sería utilizado en caso de autodefensa.

Ella, la noche anterior, estuvo a punto de reventarle la cabeza a Ricardo con una *mawashi geri*, a patada voladora la cual solamente le propinaba al saco de entrenamiento del gimnasio y que era su especialidad. Dios, qué bien se hubiera sentido al dársela en ese momento en la cara del asqueroso de Ricardo.

Lloró durante horas mientras preparaba el equipaje. Aparentemente parecería que llorar era un signo de debilidad.

Lola no lloraba de pena.

Lloraba de rabia, de impotencia, de vergüenza por haber sido tan tonta y por supuesto, por no abrir la puerta del baño que le comunicaba con la de su jefe...exjefe y darle una lección que no olvidara en toda su asquerosa vida.

Cuando estaba recogiendo todas sus pertenencias del baño, escuchó como la puerta de al lado se cerraba de un portazo y pasos que se alejaban por el pasillo rápidamente. La puerta del ascensor se cerró y en ese momento, Lola decidió que le dejaría un recadito a su jefe.

Una cosa era controlarse para no deformarle la cara de por vida y otra que se quedara con los brazos cruzados después de cómo la había tratado.

Se dirigió a la puerta de Ricardo a través del baño y...

¡SORPRESA!

El prepotente gilipollas no se había preocupado de cerrarla con cerrojo.

Lola se quedó quieta en medio de la habitación, con los brazos en jarras, pensando que le podía hacer que le molestara lo suficiente.

Miró hacia el escritorio y allí estaba un ordenador portátil.

¡TE PILLE!

Saltó hacia el escritorio y abrió la tapadera del portátil. Este se encendió inmediatamente. El muy estúpido tenía todo abierto y sin claves.

Lola comenzó a leer todos los correos recientes, con la esperanza de localizar a una esposa o algo parecido, a la cual mandar un mensajito que le abriera los ojos sobre su querido esposo. Además, quería documentación que le facilitara la denuncia que, sin duda, iba a ponerle por acoso sexual e incumplimiento de contrato.

Lola llevaba más de una hora leyendo los correos del individuo que, supuestamente, le había contratado y no daba crédito a lo que veían sus ojos.

El tipo pertenecía a una sociedad de dementes que se dedicaban a cazar vampiros y tenía la firme convicción, de que en la empresa que ella había estado investigando, había una guarida de estos “no muertos” a los cuales pensaba matar.

O mejor dicho, rematar.

¡Dios! se había ido al otro lado del mundo con un asesino peligroso.

Después de dejar todo como lo había encontrado, cogió todas sus cosas y se dispuso a salir del hotel y de la vida del demente lo antes posible.

Fue andando por la calle del hotel y paró un taxi cuando el personal del mismo ya no podía verla. No quería que Ricardo pudiera preguntar al conserje del hotel hacia donde se había dirigido.

Lola se bajó del vehículo y se dirigió al mostrador de la recepción, donde una agradable recepcionista la reconoció al instante.

—Buenos días Lola. ¿Has venido a ver a Erika o estás interesada en alguno de nuestros servicios?

—Necesito hablar con tu jefe urgentemente. Por favor, no avises a Erika

— Lola no quería de ninguna de las maneras que su peluquera se viera envuelta en ese lío.

Violeta la miró extrañada. Pero descolgó el teléfono y marcó la extensión de Guadalupe.

Llevaba unos quince minutos sentada en la recepción de la peluquería, comiéndose las uñas, cuando un hombre se puso de pie frente a ella.

—Me ha dicho Violeta que querías hablar con nuestro jefe — Michael miraba a la amiga de Erika con desconfianza.

—Si. Es algo muy importante — Lola reconoció a Michael del club.

—El Sr. del Toro es una persona muy ocupada. Puedes contármelo a mí con toda confianza.

En el momento que Lola escuchó “Sr. del Toro” su cerebro comenzó a echar humo. Ese era el nombre que tantas veces había escuchado en casa de la Duquesa. Estaba completamente obsesionada con aquel tipo y le estuvo acosando durante años, incluso había contratado a un detective para que le investigara.

No había que ser muy lista, para darse cuenta que todo aquello estaba relacionado.

Ahora, analizándolo con frialdad, todo había sido muy raro.

La muerte de su jefa.

La misteriosa carta.

La forma en que el Sr. Sánchez la había contratado y el cometido de ella en todo esto.

La estaban utilizando por si ella había visto a alguna de estas personas en el piso de la Duquesa.

Por favor, como se había podido meter en este follón.

—Dile a tu jefe que soy la antigua doncella de Viviana — dijo Lola sin más.

## Capítulo 10

CARLOS estaba sentado en el sillón de su escritorio, mientras miraba con expresión neutra a la mujer que hablaba desde la silla que tenía enfrente.

Michael y Tom estaban de pies junto a la puerta del despacho, con la misma expresión en la cara que su jefe.

La mujer llevaba hablando media hora sin parar. Les había contado todo lo sucedido desde que había mandado la carta de su jefa.

Cuando les había hablado del Sr.

Sánchez, Carlos había tenido que hacer un esfuerzo para no descubrir su verdadera naturaleza. Con una rápida mirada a Tom se aseguró de que lo que la mujer estaba diciendo era verdad o, al menos, ella lo sentía como tal.

Había llamado a Tom para que utilizara su don, quería asegurarse de que la mujer no mentía. Carlos se quedó callado, necesitaba procesar esa información.

—De verdad que lo siento mucho Sr.

del Toro — Lola no podía sentirse más culpable.

—No tienes que disculparte. Eres una víctima más. De hecho sospecho que, a partir de ahora, estarás en su punto de mira, porque ellos no van a querer dejar cabos sueltos. Me gustaría que aceptaras nuestra protección.

Estaba claro que la mujer no mentía pues, en caso contrario, Tom lo habría detectado sin ningún índice de error.

Pero le costaba mucho confiar en alguien que había trabajado para su peor pesadilla. Aunque en su fuero interno había esperado que la maldita bruja le tuviera algún tipo de venganza preparada, también había tenido la

ingenua esperanza de que no fuera así.

Estaba claro que, como siempre, las cosas buenas siempre iban acompañadas de las malas, como el yin y el yang que exponen la dualidad de todo lo que existe en el universo y a Carlos, que últimamente le estaban acompañando los acontecimientos positivos, en ese momento estaba haciendo acto de presencia la fuerza contraria, en forma de venganza post mortem de Viviana.

Carlos dio instrucciones a Michael para que no perdiera de vista a la mujer que se había identificado como Dolores Carmona.

Se alojaría en un apartamento de dos dormitorios que estaba situado justo al lado del taller de Tom y en el cual vivía Michael, desde que estaba contratado por Carlos.

Cuando Michael se fue con la mujer, los dos vampiros se dejaron llevar por sus instintos y tuvieron que echar mano de la despensa de Carlos para controlarse.

Hacía años que Carlos no escuchaba nada sobre La Sociedad Erradicadora.

La última vez que había sabido de ellos no fue agradable, pero había logrado sobreponerse y además parecía que, esa sociedad de tarados, no estaba muy interesada en el Nuevo Mundo. Estaba claro que había cometido un grave error subestimando al enemigo, esta era una lección que nunca se debía olvidar.

—Tenemos que avisar a todos para que estén alerta — Carlos comenzó a teclear en el ordenador un mensaje de advertencia a través de la red social privada por donde todos los vampiros de Nueva York se relacionaban entre sí — Avisa a todo el mundo, nos reuniremos en la sala de juntas en cuanto se oculte el Sol.

\*\*\*

Tom cogió el teléfono móvil y creó un grupo de whatsapp.

En el grupo estaban incluidos Carlos, Jimena, Marta, Michael, Carmen, Miguel, Stefan y él mismo. En cuanto estuvo operativo, mandó un mensaje a todos ellos citándoles a las 19:00 de ese mismo día urgentemente.

Inmediatamente comenzó a recibir mensajes de OK.

El instinto protector de Tom estaba al máximo de potencia. Miró su reloj, eran las 14:00, la hora en que Marta terminara su turno. No la dejaría que se fuera sola a su apartamento bajo ninguna circunstancia.

Mientras estuviera atrapado dentro de las oficinas por la luz solar no permitiría que su pelirroja se separara de su lado.

Bajó hacia la peluquería, pero no había ni rastro de Marta. Inmediatamente puso el radar en marcha para localizar la sangre de ella. Tenía que estar muy cerca. Fue hacia los lava cabezas y nada, cuando se dio la vuelta para seguir buscando, se abrió la puerta de la habitación donde mezclaban los tintes.

El olor de su hembra le inundó por completo. Marta le miró con una pícaro sonrisa y las mejillas ruborizadas y a Tom se le olvidó porque estaba tan preocupado hacia tan solo unos segundos.

—Hola — Marta se puso de puntillas y le dio un beso en los labios sin soltar el bol que llevaba en las manos — he recibido tu mensaje ¿Qué es lo que está pasando?

—Hola — Tom la sujetó de la cintura y alargó el beso, mientras la empujaba marcha atrás, hacia el cuarto del que ella había salido — Que eres una brujilla muy lista.

—¿Sí? — Marta le miró a los ojos intrigada.

—Sí.

Tom le quitó el bol y lo dejó en la encimera mientras cerraba la puerta del solitario cuarto tras él.

La cogió de la cintura sentándola sobre la encimera, mientras metía su cuerpo entre las piernas de ella y la besaba el cuello justo sobre la artería. Tom la coló las manos por debajo de la camisa ronroneando y cuando estaba a punto de desabrochar el cierre del sujetador, la puerta se abrió de un fuerte golpe.

—Marta ya tienes el tinte... oh perdón, yo no miro — Erika se paró en seco cuando vio el panorama. Se puso la mano en los ojos como para no ver, cogió el tinte de la encimera, se dio media vuelta y se fue por donde había venido.

Marta escondió la cabeza en el cuello de Tom mientras se partía de la risa por la reacción de Erika.

—Será mejor que lo dejemos estar —

Marta bajó de la encimera de un salto y se colocó la falda.

—En mi taller no nos molestará nadie —

Tom no estaba dispuesto a “dejarlo estar”.

—De acuerdo. Terminó con lo que estaba haciendo y subo.

—Media hora o bajo a por ti y te subo como a un saco de patatas.

—¡¡JA!! No serías capaz.

—¿Qué? — Tom la miró con los ojos entrecerrados.

—Vale, vale, vale... me lo creo —

Marta, entre risas, levantó las manos en un gesto de rendición — Antes de media hora me tienes allí.

Tom se dio media vuelta con un gesto de advertencia y se fue contoneándose de una manera muy masculina, mientras Marta se deleitaba con las vistas.

\*\*\*

Aunque a Marta le resultaba de lo más divertido picar a Tom, no quería montar semejante numerito en su lugar de trabajo. En los ojos de su vampiro había visto que no tendría ningún problema en cumplir sus amenazas.

Salió al salón para recoger sus cosas.

En el tocador de al lado, Erika estaba aplicando la mezcla que había hecho Marta sobre el cabello de Sebastián. Al peluquero le encantaba llevar el pelo completamente decolorado, casi blanco, y no admitía que se le viera ni un milímetro de raíz negra, que era su color original. Erika le decoloraba el pelo cada semana, pero Sebastián se negaba a que fuera ella la que le hiciera la mezcla.

Erika era especialmente torpe para las mezclas químicas y ya, en una ocasión, le había puesto el pelo del mismo color que el de ella, porque se había equivocado de número de tubo.

A Sebastián casi le había dado un infarto cerebral cuando se vio con el pelo morado.

—Bueno, sí no necesitáis nada más, me voy.

—¡Ajaaa! — Erika le miraba desde el espejo con las cejas arqueadas.

—Acuérdate de comer — Sebastián también le miraba con la misma

expresión.

—Sí claro. Por supuesto que voy a comer.

Marta salió disparada hacia el vestuario, mientras refunfuñaba sobre los dos cotillas que había dejado en el salón.

Se cambió y se dirigió en tiempo record al taller.

Antes de que llamara a la puerta, Tom la tenía cogida sobre su hombro como le había prometido y se dirigía a velocidad vampírica a la cama.

La ropa de Marta desapareció en cuestión de segundos, mientras un Tom especialmente frenético la invadía la boca y le acariciaba los pechos con una mano mientras, con la otra, le sujetaba las muñecas sobre la cabeza inmovilizándola completamente.

El vampiro comenzó a bajar por su cuerpo, dejando un camino de besos húmedos, mientras le indicaba a Marta que dejara las manos donde estaban.

Se entretuvo en sus pechos y después siguió bajando, bajando, bajando...

—¿Cómo he podido vivir sin ti? — Tom susurraba, más para él mismo que para su amante, mientras admiraba la sonrosada piel que tenía delante de la cara pidiendo ser besada — Si algo te pasara sería capaz de cualquier cosa.

Marta sintió el toque de la lengua de su amante en su sexo y dejó de analizar lo que acababa de escuchar salir de su boca. El orgasmo la recorrió de arriba abajo mientras gritaba tan alto que seguramente la habrían escuchado en el piso de arriba.

Se quedó desmadejada sobre las sabanas, con los brazos en cruz como si se hubiera caído de un quinto piso. Tom

la levantó como si fuera una niña pequeña y la abrazó fuertemente, mientras ella le rodeaba las caderas con las piernas.

Como si sus sexos fueran imanes con polos opuestos, se encajaron inmediatamente.

La explosión de Tom no tardó en llegar mientras echaba la cabeza hacia atrás gruñendo como el animal salvaje que en realidad era. Marta pensó que era la imagen más erótica que había visto en su vida y le siguió a la cresta del clímax mientras, sin saber porque, le agachaba la cabeza a Tom sobre su cuello en una invitación casi tan íntima como el sexo.

—Muérdeme — dijo Marta al oído de su amante.

Él la miró a los ojos como queriendo asegurarse de que ella hablaba en

serio.

Y cuando pareció quedar convencido, desnudo sus colmillos y se los clavó justo en la carótida.

Ella sintió un dolor punzante pero, inmediatamente después, se convirtió en el placer multiplicado por mil.

Se corrió fuertemente, mientras su macho hacía lo mismo dentro de ella por segunda vez.

Los dos se dejaron caer en la cama intentando recobrar el aliento.

—Tenias razón sobre lo de la mujer del Hematology — Tom le susurró al oído a Marta.

—¿Quién es? — Marta pegó un salto y se colocó su cara justo delante de la de Tom.

—Es la doncella de Viviana.

—¿QUE?

Tom le explicó todo lo que Lola les había contado en el despacho de Carlos y que la convocatoria de la reunión de esa misma noche, era para trazar un plan urgente.

Después de disfrutar de una ducha conjunta. Los dos se vistieron para dirigirse hacia la sala de juntas.

Marta miró su reloj, este marcaba las 18:47, aunque todavía no era la hora fijada para la cita, alrededor de la gran mesa de roble se sentaban ya todos los miembros del grupo a los cuales se les había mandado el mensaje.

\*\*\*

Carlos se aclaró la garganta.

Todo el mundo guardo silencio y se colocó mirando en dirección a él.

Aunque oficialmente él no era el líder y no tenía ningún derecho sobre ellos que no fuera el puramente laboral, y no con todos, extraoficialmente todos le trataban con el líder de un clan y le respetaban como tal.

Carlos en ningún momento había reclamado ese tipo de poder, pero los demás se lo habían concedido por voluntad propia y eso era algo que, viniendo de un grupo de vampiros con una naturaleza agresiva y dominante, le llenaba de orgullo.

—En primer lugar, os quiero dar las gracias a todos, por venir a esta

reunión con tanta celeridad. Os he convocado, porque tenemos pruebas fehacientes de que La Sociedad Erradicadora del Viejo Mundo nos ha localizado.

La sala se inundó de murmullos. Todos comenzaron a comentar entre ellos, menos uno, que se quedó tan blanco como la pared.

Carlos pensó que el Doctor se había convertido en estatua de sal.

—¿Cómo estás tan seguro de ello? —

Stefan se dirigió a Carlos — Llevan años buscándonos y nunca habían conseguido encontrarnos.

—Todo es por mi culpa. No fui lo suficientemente precavido y los he traído hasta nosotros — Carlos estaba convencido de que podía haber hecho más.

—¡¡AQUÍ NO HAY CULPABLES!! —

Tom dio un puñetazo en la mesa — todos somos víctimas de una pandilla de dementes, que no saben qué hacer con sus aburridas vidas.

Los murmullos volvieron con gestos de asentimiento hacia el rubio vampiro.

Todos estaban de acuerdo con los argumentos de Tom.

El Doctor seguía inexpresivo.

—Está bien, sea como sea, tenemos que prepararnos.

Carlos agradecía el comentario de Tom, pero no podía evitar el sentimiento de culpabilidad que le abrumaba en ese momento. Descolgó el teléfono para llamar a Michael.

—Michael, ya podéis pasar.

El empleado de Carlos entró en la sala, acompañado de la mujer que había sido utilizada por La Sociedad para encontrarlos.

—Esta mujer era la doncella de mi mayor enemiga y hace unas semanas fue engañada por La Sociedad para poder encontrarnos.

—¿Cómo sabemos que no nos está engañando? — Stefan la miró con recelo.

—No he podido detectar nada que indique que miente — Tom se apresuró a contestar.

Todo el mundo asintió como si esa fuera una prueba definitiva.

—Por favor Srta. Carmona — Carlos se dirigió a Lola, que miraba a todo

el mundo con la boca abierta — ¿podría contar de nuevo todo lo que me explicó esta mañana?

Lola asintió con la cabeza y aclarándose la garganta, comenzó a hablar.

—Todo comenzó con una carta...

Cuando la mujer hubo terminado su relato, la sala estaba en silencio absoluto.

Todos los asistentes tenían la mirada perdida como si sus peores pesadillas volvieran a resurgir.

Estaba claro, que cada uno tenía sus cuentas pendientes con la maldita sociedad y si no era en sus propias carnes, era en las de algún amigo o, simplemente, por haber perseguido y asesinado a sus iguales.

Todos los allí presentes, en algún momento de su vida, habían sido víctimas de La Sociedad Erradicadora.

—La Srta. Carmona y yo hemos estado hablando y está dispuesta a ayudarnos en lo que sea necesario — Carlos volvió a tomar la palabra — creo que si jugamos con el factor sorpresa tenemos muchas posibilidades de salir de esta sin demasiadas consecuencias. Michael y Srta. Carmona irán al hotel y copiarán todos los archivos del ordenador personal de Ricardo. Necesitamos saber que información tienen realmente.

Miguel... Miguel ¿me escuchas?

—¿Eh...? Sí, dime — el doctor salió de sus pensamientos.

—Tú y tu personal estaréis en tu clínica preparados para cualquier emergencia que pudiera surgir.

—Eso siempre es así, pero estaremos más alerta.

—De acuerdo. El cuartel general será mi apartamento y desde este momento, hasta que termine la crisis, nadie saldrá de él si no es para emprender alguna acción que este dentro del plan. ¿Todos de acuerdo?

Todo el mundo dijo o hizo algún gesto de asentimiento, los cuales Carlos fue siguiendo uno a uno con la mirada.

Cuando le pareció que todo el mundo estaba de acuerdo con las instrucciones, levantó la sesión y todos, excepto el doctor, se dirigieron hacia el apartamento de la planta de arriba.

\*\*\*

Miguel bajó a su clínica con la mente echándole humo.

Parecía que iba a ser verdad lo del Karma y que las cosas malas que haces en la vida se vuelven contra ti. Hacia cuarenta años había hecho algo que, si sus amigos se enteraran no se lo perdonarían en la vida.

De hecho si llegaba a los oídos de la sociedad vampírica, se convertiría en un paria, jamás volvería a vivir en sociedad y por supuesto, nadie iría a su clínica a ser atendido.

En caso de que pudiera tener una.

No sabía si su amada Skule seguiría colaborando con ellos pero, si era así, no sabía si esta vez podría ocultarlo al resto de vampiros.

Lo que hizo en Berlín estuvo mal... muy mal.

Había tenido la oportunidad de atrapar una célula de La Sociedad, que estaba actuando en la ciudad y no lo hizo.

Una noche, después de haber tenido sexo salvaje, Skule le dijo que no volvería a verla. Miguel no pudo aceptarlo sin más y la siguió por la ciudad.

Skule llegó a un almacén abandonado con una gran puerta en el frente de la fachada. Ella dio la vuelta a la esquina hasta llegar a una pequeña puerta y llamó a un videoportero, el cual, después de unos segundos, le dio acceso al interior.

Miguel se quedó acechando entre las sombras.

Después de varias horas el portón de la nave se abrió y de ella salieron tres motocicletas negras de gran cilindrada.

Sobre las motos iban montadas tres figuras totalmente vestidas de negro, con una sola excepción. En las mangas destacaban unos galones rojos.

Cuando pasaron a toda velocidad por delante de donde él estaba escondido, pudo distinguir la rubia melena de Skule.

Miguel no se lo podía creer. Su amada era un miembro de alto rango de sus mayores enemigos.

Si la denunciaba nunca más podría estar con ella, sería perseguida hasta la muerte y si no lo hacía, todos los crímenes que ella cometiera recaerían sobre su conciencia.

Miguel fue débil, un egoísta, estúpido y viejo vampiro, que ya no tenía esperanza de encontrar a su pareja de vida y después de encontrarla y de que ella le abandonara, no había podido traicionarla.

Llegó a la clínica sumido en sus pensamientos y se acercó al mostrador de admisión.

—Mary, tenemos que prepararnos para la posible entrada de urgencias graves en los próximos días. Llama al banco de sangre, necesitamos tener reservas de 0+de sobra. Y comunica a todo el personal, que está de guardia a partir de mañana, hasta nueva orden.

—Perdone mi indiscreción doctor, pero... ¿esto tiene que ver con el mensaje de alerta del Sr. del Toro?

—Si Mary. Tenemos una crisis muy grave. Por favor, ponte al trabajo, no podemos perder tiempo.

—Si Doctor — la pequeña vampira salió corriendo por el pasillo en dirección al almacén de material.

Miguel se dirigió hacia su apartamento.

Necesitaba un trago de sangre y posiblemente, de algo más.

## Capítulo 11

**L**OLA se dirigió con Michael al hotel donde se había alojado durante todos estos días.

Atravesaron la puerta de entrada con pasos seguros, para no levantar suspicacias y se dirigieron hacia la recepción.

Lola, en ningún momento había anunciado al personal del hotel que se iba y esperaba que al cerdo de Ricardo también se le hubiera pasado por alto ese detalle.

—Buenas noches — se dirigió al recepcionista con voz seductora. Este era el mismo chico, que la noche anterior se había quedado con la boca abierta cuando ella había salido hacia el club — ¿Está el Sr. Sánchez en su habitación?

—No señorita Carmona. Salió hace una media hora — el recepcionista miró hacia Michael y después volvió a poner la mirada sobre ella — si quieren — dijo bajando la voz — les aviso por teléfono si le veo pasar.

—No... sí... bueno, no tardaremos mucho — Lola se había puesto como un tomate con la insinuación del empleado del hotel y con su tartamudeo, parecía todavía más culpable.

Cogió la llave que le ofrecía el chico y se dio media vuelta en dirección al ascensor, con un divertido Michael pisándola los talones.

Subieron al destartalado artilugio y Lola pulsó el botón para que se pusiera en marcha, mientras taladraba con la mirada a Michael a través del espejo.

—¿Qué te parece tan divertido? — Lola se estaba mosqueando por

momentos, estaba harta de la prepotencia masculina.

—Es que es muy divertido ver con qué facilidad os ruborizáis las españolas.

—Pues no te equivoques y pienses que, por qué me ponga roja, soy una débil damisela — Lola le miraba con los puños apretados contra sus caderas.

—No te preocupes por eso, he visto con mis propios ojos de lo que sois capaces — Michael levantó las manos en señal de rendición.

El ascensor se detuvo con un fuerte golpe.

Lola se disponía a salir, cuando Michael la cogió del brazo poniéndola tras su cuerpo en señal de protección y se asomó con sigilo.

—Todo despejado.

Los dos recorrieron a paso rápido el pasillo.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación, todo estaba igual que cuando ella la había abandonado.

Ella se dirigió al baño, con la esperanza de que la puerta que lo comunicaba con la habitación de Ricardo estuviera abierta. Esta vez no hubo suerte, el capullo había pensado y la había cerrado con llave. Lola forcejeó históricamente con el pomo de la puerta, cuando sintió que una fuerte mano la retiraba suavemente hacia un lado.

—Deja que yo lo intente.

Michael sacó un juego de ganzúas del bolsillo interior de su americana y en un momento la puerta estaba abierta.

La estancia estaba totalmente a oscuras.

Lola pulsó el interruptor en cuanto la bombilla hizo su trabajo, dirigió la mirada hacia donde había estado el ordenador esa misma mañana.

La mesa estaba desierta.

—¡Mierda!

Michael inmediatamente se puso a registrar el armario, mientras ella, hacia un barrido con la mirada por toda la habitación.

Ricardo debía de haber estado cambiándose de ropa con mucha prisa pues había dejado todo tirado por el suelo. La cama era una maraña de sábanas y Lola se puso a rebuscar entre la ropa sucia.

¡Dios! Eso que acababa de tocar eran unos calzoncillos usados, aunque en su anterior trabajo había tenido que ver de todo, Ricardo le daba especial asco

y tocar sus asquerosos calzoncillos...

¡puag! Lola los lanzó por el aire y fueron a darle en la espalda a su compañero.

—¡Ehhh! — Michael dio un salto y los pateó hacia el otro lado de la habitación.

—¡¡LO ENCONTRÉ!! — Lola sacó de entre las sábanas el portátil.

Michael conectó el disco duro externo que habían llevado y se dispuso a hacer una copia de todos los archivos.

Ya casi habían terminado, cuando el teléfono de la habitación de Lola comenzó a sonar. Ella corrió hacia su cuarto y lo descolgó sin contestar.

—Señorita, soy el recepcionista, ¿Señorita?

—Si.

—El Sr. Sánchez acaba de coger el ascensor.

Lola colgó sin contestar y fue corriendo hacia la habitación contigua.

Michael, en ese momento, desconectaba el dispositivo del puerto USB al que estaba conectado y apagando el portátil, lo dejó de nuevo entre las sábanas.

Echaron un último vistazo, para ver si todo estaba más o menos igual y se fueron hacia la habitación de Lola.

Michael la cogió de la mano y la indicó que guardara silencio.

Al otro lado de la puerta se escuchó un fuerte portazo y a continuación, varios golpes acompañados de maldiciones que harían ruborizarse a un camionero.

\*\*\*

Ricardo entró en la habitación, soltando por su boca sapos y culebras.

Golpeaba con los puños todo lo que se le ponía por delante. Esos hijos de puta de La Sociedad lo estaban ninguneando.

¡¡A ÉL!!

Que había sido el que había localizado a los malditos vampiros.

Estaba harto de que todo el mundo le tomara por el pito del sereno. Esto se iba a acabar, ya no volvería a acatar órdenes de nadie. Desde ese momento iba por libre. Haría y desharía lo que le diera la gana.

Había dejado a las dos mujeres en el lujoso hotel Hilton.

Las muy hijas de puta, se alojaban en el mejor hotel de la ciudad y él seguía en ese cuchitril que era lo que el presupuesto de mierda que le había dado La Sociedad le permitía.

Cuando habían llegado al hotel, la hermana mayor le había dicho que podía volver a Madrid cuando quisiera, pues allí ya no hacían falta sus servicios.

Ricardo había intentado protestar, pero la otra mujer se había retirado las gafas de la cara y le había mirado directamente a los ojos. En ese momento, Ricardo había tenido la sensación de que invadían su mente y un fuerte impulso de darse media vuelta e irse en dirección a su hotel le borró todo lo demás.

Llegó al mísero hotel, y se fue hacia la ducha mecánicamente. Otra acción que él no tenía intención de hacer. La verdad era que llevaba varios días sin ducharse, pero es que no había tenido tiempo de ello.

Estaba seguro de que las dos mujeres no eran normales ¿le habrían manipulado la mente?

Cuando por fin dejó de restregarse las axilas como un demente, salió del baño, se puso lo primero que pilló de la revuelta maleta que no se había preocupado de deshacer y se dirigió de nuevo hacia el hotel Hilton.

Esas dos le iban a escuchar.

Llegó resoplando como un toro a la puerta del hotel, pero no pasó de allí. El vigilante de la puerta le detuvo inmediatamente.

—Señor ¿Qué desea? — El empleado le miraba de arriba abajo.

—Vengo a ver a unas señoritas que se alojan en este hotel — Ricardo se arrepentía de no haberse vestido mejor.

—El hotel tiene unas estrictas normas de etiqueta, dígame el nombre de las señoritas a las que quiere ver y las llamaré por teléfono.

—Pues... no me han dicho el nombre.

Son dos mujeres rubias con el pelo largo...

—Haga el favor de irse de aquí, si no quiere que llame a la policía — el empleado comenzó a teclear en su teléfono.

—¡¡VAYASE A LA MIERDA!! Ricardo se fue despotricando de regreso a su asqueroso hotel.

Decidió que se acostaría un rato, pues al día siguiente emprendería

acciones contra su antiguo jefe. Si ellas querían cargarse a toda la madriguera de vampiros, que lo hicieran, pero el Sr. del Toro y la mosquita muerta de su mujer, eran suyos.

Estaba tumbado en la cama intentado relajarse para poder conciliar el sueño, cuando sintió como una puerta se cerraba suavemente. Se levantó para ver de qué se trataba, pues le había parecido que era la puerta de la antigua habitación de Lola. Asomó la cabeza y miró hacía el pasillo, pero lo único que llegó a ver fue la ancha espalda de un hombre, que se metía en el ascensor.

Debía de ser algún otro cliente del hotel.

Se volvió a su cama, masajeándose las sienes, necesitaba dormir, estaba paranoico.

Volvió a meterse en la cama y se durmió con la firme idea de que, al día siguiente su venganza sería servida en un plato tan frío, como el corazón del diablo.

\*\*\*

Nanna y su hija se habían desecho de Ricardo en cuanto las había llevado al hotel.

El muy estúpido se había pensado que estaba al mando y que ellas harían lo que las ordenara.

Pobre bastardo.

En el hall del hotel, Nanna le había dicho que le relegaban de la misión y que se volviera a Madrid inmediatamente. El hombre había intentado protestar y se había encontrado con Skule y su don.

Ella le había implantado unas cuantas órdenes mentales y el hombre se había dado media vuelta sin protestar como un perrito bueno.

Skule había perdido la paciencia con él desde el minuto uno. Había estado a punto de saltar del coche en marcha, o mejor, lanzarle a él.

Ella, como medio vampira, tenía el sentido del olfato muy desarrollado y el olor a sudor rancio del tío en sus fosas nasales, era insoportable hasta para un humano con sinusitis crónica.

Esa noche descansarían en el hotel y al día siguiente, con el sol como guardaespaldas, irían a la peluquería que utilizaban de tapadera la manada de

vampiros y comenzarían la acción de campo.

Skule había cogido cita en el salón de belleza por medio de internet y sería ella la que fuera de avanzadilla.

Nanna tenía pensado que, cuando terminara con Tom y su venganza estuviera saldada, comenzaría una nueva vida con su hija.

Las dos se irían a vivir a la tierra de sus antepasados juntas.

Había estado hablando con algunas compañeras nórdicas que tenían la intención de someterse, por distintos motivos, al tenebroso imperio de Helheim, el hogar de Hel La Reina del Hielo.

Se dedicarían el resto de su vida a servir a la más poderosa bruja nórdica, entregándole sus almas.

Ella, a cambio, las protegería de la furia de los vampiros, que sin duda se desataría después de saber que habían sido unas brujas las que habían matado a todas las sanguijuelas de Nueva York.

Nanna les había explicado lo de su mestiza hija, a lo que ellas le habían contestado que, siempre que llevara sangre de bruja vikinga y se comportara como tal, sería considerada como una más.

Nanna se dirigió hacia la habitación en la que se alojaba Skule. Esta estaba dentro de la lujosa suite que ella había reservado por internet y que contaba con dos habitaciones con baños completos en cada una de ellas y una sala de estar con todo lujo de detalles inútiles, incluido un piano de cola.

Llamó a la puerta y sin esperar a que su hija le diera permiso, entró en la habitación.

—¿Hija? — Nanna recorrió con la mirada la oscura estancia.

—¿Qué quiere madre? — Skule, vestida con el albornoz del hotel y una toalla enrollada en su cabeza, miraba por el gran ventanal la hermosa imagen nocturna de Manhattan.

—Estás muy callada ¿Qué te preocupa querida?

—No es nada, simplemente estoy concentrada en lo que hemos venido a hacer aquí — Skule evitó en todo momento la mirada de su madre.

Nanna lo dejó estar, aunque sabía sobradamente que la estaba mintiendo.

Bueno, lo archivaría en un rincón de su cerebro y lo recuperaría en otro momento. Cogió de la mano a su hija, la sentó sobre una silla, le retiró la toalla que envolvía su preciosa melena y cogiendo el cepillo que esta tenía en

el bolsillo del albornoz, comenzó a cepillársela con suavidad.

—Está va a ser la última vez que nos veamos en esta situación — Nanna habló a su hija con el tono de voz que utilizaba cuando Skule era una niña.

—¿Cómo estas tan segura? — Skule hablaba con voz cansada.

—Lo sé, esta es la definitiva. Lo siento en el fondo de mis entrañas.

Nanna había ido a la habitación de Skule, con la intención de hablar con su hija sobre los planes que tenía para cuando terminaran la misión. Pero al entrar en la habitación y ver el estado de ánimo de su Skule decidió no hacerlo de momento. Ese no era el mejor momento para convencerla de algo que Nanna sabía que no aceptaría de buena gana.

Ella era consciente de que la sangre de vampiro que corría por las venas de su hija, la hacía ver la vida de una forma diferente a la suya propia.

Con un poco de persuasión, conseguiría convencerla. Siempre había conseguido hacer que ella entrara en razón por las buenas o por las malas, como ya había demostrado en Berlín.

Esta vez intentaría primeramente que fuera por las buenas. Esperaría al momento adecuado.

\*\*\*

Esa mañana, Skule se había levantado muy temprano, cuando la luz del amanecer había inundado la habitación, había tenido que saltar de la cama a buscar su mochila y colocarse sus inseparables gafas de sol. Era eso o tener un tremendo dolor de cabeza durante todo el día.

La noche anterior, cuando su madre se había retirado a su dormitorio, no había bajado las persianas ni había corrido las cortinas. Se había dormido mirando la impresionante imagen de todos esos rascacielos con miles de puntos luminosos.

Las luces de las ventanas, se asemejaban a estrellas perfectamente ordenadas, o eso le parecía a ella.

¿Estaría su amado bajo alguna de aquellas luces?

Y si era así...

¿Estaría solo?

Seguramente él ni se acordaría de ella y en caso contrario, la odiaría. Ese pensamiento le hacía que le doliera el pecho.

Skule era consciente del daño que le había hecho a su amante allá en Berlín.

El Doctor López de Mendoza, la iba a proponer irse con él a Nueva York. Su don se lo había revelado antes de que él formulara las palabras. Skule, que en ese momento sólo lo veía como un romance pasajero, se lo tomó como un juego y no le dio importancia.

Ella siempre había querido saber lo que sentiría al acostarse con alguien de su raza.

Si su raza.

Skule sabía que su ADN vampiro predominaba sobre el que le había aportado su madre.

Los humanos eran débiles y ella tenía que controlar su fuerza en todo momento para no dañarles y por esa razón, hacía años que había decidido no acostarse con ninguno, pues el acto en sí, era más frustrante que satisfactorio.

El problema era, que los machos vampiros no estaban disponibles en los bares como sus homólogos humanos.

Los vampiros en el viejo mundo, se escondían por miedo a La Sociedad Erradicadora y era muy difícil localizar alguno.

Vaya paradoja.

Pero el destino tiene sus propios recursos, y los hilos que tejen las Nornas, siempre encuentran el camino para llegar hasta lo que han preparado para ti.

Una noche que ella estaba infiltrada como camarera tras la barra de un club, donde la célula Alemana de La Sociedad sospechaba que acudían vampiros, fue el momento en que esas diosas manipuladoras del destino decidieron que era su momento.

Ella no solía ser utilizada para esa clase de misiones, su madre no lo permitía, pero en esa ocasión necesitaba sacar su lado vampiro para que el dueño del local la contratara, el tipo resultó ser un mestizo y confió en ella sin pensárselo dos veces.

Skule estaba haciendo su trabajo cuando le sintió, lo primero que llegó a ella fue un aroma especiado que la dejó unos segundos fuera de juego.

Skule miró hacia la puerta, buscando la fuente del perfume y fue entonces cuando le vio.

Parado en medio de la sala la miraba fijamente, era tan alto y masculino, que no pudo resistirse a la lujuria que invadió todos sus sentidos. El macho clavó sus ojos en ella como si la hubiera estado buscando durante toda su vida y Skule se dejó llevar, ignorante de lo que eso supondría para el resto de su existencia.

Esa fue la primera noche que pasó en la habitación del hotel de Berlín en el que se alojaba el vampiro.

El sexo con él había sido el placer multiplicado a la máxima potencia. Esos encuentros se estuvieron repitiendo durante varios días. Lo que el primer día ella se había tomado como un juego, al cabo de varios días no le parecía una idea tan descabellada, ni mucho menos.

Lo descabellado era separarse de él.

Skule, con la ceguera que produce el amor a la familia, se lo contó a su madre. Estaba segura que ella la entendería y la apoyaría, como se supone que una madre normal haría con su hija.

Pero Nanna era de todo, menos normal.

—Si sales por esa puerta — Nanna la habló en un tono bajo y amenazante, mientras miraba a su hija directamente a los ojos — ese vampiro no llegará vivo a mañana.

—Pero mamá...

—Ya me has oído. Tú decides.

Ese fue el batacazo más grande que se había dado en toda su vida. Por supuesto sucumbió a las órdenes de su madre. No sería ella la que por un capricho pusiera a su amante en una situación tan peligrosa.

El pedestal donde había tenido a su perfecta madre durante todos esos años, se le vino abajo como un castillo de naipes.

Desde ese momento, se juró a sí misma que ayudaría a Nanna a conseguir vengarse del asesino de su padre y después seguiría su camino. Sola.

Su madre abrió la puerta del dormitorio de Skule sin ni siquiera llamar.

—¿Ya estas preparada?

—Si madre.

Skule se había vestido con un pantalón largo y ceñido de color negro, un suéter con cuello alto del mismo color que le quedaba muy ceñido al cuerpo y se había calzado unas botas de piel de tacón y caña alta que le llegaban por

debajo de las rodillas.

La indumentaria estaba pensada de tal manera, que fuera arreglada pero también cómoda. Nunca se sabía cómo podían terminar las cosas.

Cogió el abrigo de piel negra que le ofrecía su madre y la mochila, también de piel, en la que guardaba todas sus “cosas” y salió por la puerta de la suite en dirección al salón de belleza, que había fotografiado el maloliente humano.

## Capítulo 12

**M**ICHAEL había dormido solo tres horas.

Cuando llegó al apartamento de su jefe con Lola. Se había encargado, junto a Tom, de revisar la copia de todos los archivos que llevaba en el disco duro externo.

El vampiro, además de ver con horror toda la información sobre ellos con la que contaba La Sociedad Erradicadora, también había conseguido descifrar las contraseñas del correo electrónico del asesino y habían leído todos los correos que este había tenido en los últimos días. De esa manera se habían enterado, de que venían dos mujeres a Nueva York a reemplazarle.

Esa mañana temprano, Michael bajó al salón cuando todavía este estaba totalmente desierto. Había revisado todo el local, con un detector de explosivos manual, para asegurarse de que estaba totalmente limpio de explosivos.

Las bombas eran uno de los métodos preferidos por La Sociedad.

También se había dado una vuelta a pie por los alrededores, para comprobar que no había nada sospechoso.

Revisó la agenda en el ordenador de recepción. Todos los clientes citados esa mañana eran conocidos.

Excepto la Srta. Müller.

Michael pensó que sería una turista extranjera y que no volverían a verla por allí.

Nueva York y en especial la Quinta Avenida, era una zona muy turística y a los viajeros de otros países les gustaba hacer el recorrido por la gran

manzana, comprando recuerdos y utilizando los servicios que allí se ofrecían.

Seguramente la Srta. Müller iría acompañada de una cámara fotográfica recién comprada y se pasaría todo el rato fotografiándose a sí misma a través del espejo, para luego presumir con sus amigos en su país de origen.

Aun así, Michael decidió que se daría una vuelta por allí a las nueve de la mañana, que era la hora en que la mujer había cogido la cita.

Michael siguió haciendo la ruta por las oficinas.

Todo ok.

Bajó al aparcamiento subterráneo, acompañado del detector y lo pasó por todos los vehículos que estaban allí aparcados.

Nada.

Después se dirigió a la tercera planta subterránea, donde estaba la clínica del Dr. López y llamó al teleportero. Esta se abrió inmediatamente y Michael se dispuso a seguir con el trabajo.

—Buenos días Michael — Mary, la enfermera vampiro de la clínica le saludo educadamente.

—Buenos días preciosa, voy a estar por aquí un rato, si necesitas algo de mí no dudes en pedirlo — Michael guiño un ojo a la joven enfermera.

—Lo tendré en cuenta — Mary intentó poner el tono más neutro posible, pero no pudo evitar sonrojarse un poco.

Aunque a Michael le encantaba flirtear con todas las solteras que se cruzaban en su camino, su corazón pertenecía a una diosa morena, que jamás había demostrado ningún interés por él que no fuera el profesional.

Quitándose ese sentimiento de anhelo de la cabeza, se concentró en terminar el trabajo, mientras se daba una colleja mental y en cuanto quedó satisfecho, se dirigió de nuevo al salón.

Llevaba apostado desde las ocho de la mañana en la recepción con Violeta.

Vigilaba la puerta de acceso al establecimiento con todos sus sentidos alerta y cada cinco minutos, salía a la acera y miraba hacia ambos lados.

Carlos le mandaba mensajes a través del whatsapp cada poco tiempo preguntando, a lo que él contestaba con un “*todo ok*”.

Michael acababa de guardarse el teléfono en el bolsillo interior de su americana, cuando un taxi se detuvo en la puerta.

La mujer que bajo del vehículo debía de acabarse de caer de la portada de la revista Vogue. Decir que era un monumento era decir poco.

Alta, delgada, piel perfecta.

La forma de moverse...

Si no fuera porque la mujer estaba en la calle a plena luz del día, Michael habría jurado que ella era una vampira.

La belleza rubia, se acercó al mostrador de recepción sin quitarse las grandes y tupidas gafas de sol y se identificó.

—Soy la Srta. Müller.

A Michael le sorprendió la cadencia en el tono de voz de la mujer. Era una mezcla de varios acentos.

Violeta le invitó a que se quitara el abrigo para colgarlo en el guardarropa.

La mujer se lo dio, pero tuvo un momento de duda, que a Michael no le pasó inadvertido.

La mochila que cargaba, aunque a la mujer no parecía que le costara moverla, aparentaba ir bastante cargada.

Sebastián salió a buscarla y en cuanto pudo recomponer el tipo, la belleza nórdica de la mujer era impactante incluso para un gay reconocido, la invitó a pasar al salón.

\*\*\*

Marta había convencido a Tom para salir del apartamento e ir a trabajar, alegando que ella era humana y en un principio, las asesinas de La Sociedad no tendría porque hacerla ningún daño.

Sería bueno que alguien estuviera atento, además de Michael, a alguna novedad en el salón para avisar si se detectara algo sospechoso.

Marta estaba hablando con Erika. La pequeña peluquera llevaba varios días un poco deprimida y no soltaba prenda del motivo. Aunque Marta se imaginaba que tenía que ver con la mujer que estaba ayudándoles con la crisis, no le diría nada hasta que Erika no estuviera preparada para hablar de ello.

Las dos miraron hacia Sebastián que entraba con una espectacular mujer. A Marta se le encendieron todos sus sentidos de meiga, cuando la mujer pasó

por su lado en dirección al tocador de su compañero. Sebastián retiró la silla para que esta se sentara y en ese momento la rubia se retiró las gafas de sol.

Un escalofrío le recorrió toda la columna vertebral.

Estaba viendo en esos momentos, sin lugar a dudas, los ojos de su amante en la cara de esa mujer.

—Tengo que irme urgentemente — Marta salió disparada hacia el ascensor, mientras Erika la decía algo a la espalda, que Marta no llegó a escuchar.

Pulsó el botón de llamada del ascensor nerviosamente y cuando la cabina llegó a su planta, Marta se metió como una exhalación, chocándose de frente con Jimena que salía del mismo.

—¡Ay! — Jimena casi se cae de culo.

—Perdona, perdona... ¿Estás bien?

—Si, si, no ha sido nada — Jimena tranquilizó a su amiga que tenía el rostro desencajado — por cierto ¿A dónde vas corriendo como una loca?

—Ven conmigo al salón y mira a la mujer que está atendiendo Sebastián.

Las dos se dirigieron de nuevo hacia el salón. Marta se quedó escondida en el pasillo, mientras Jimena se paseaba saludando a los compañeros y miraba a la mujer disimuladamente.

—Bueno chicos que tengáis buena mañana — Jimena se despidió de todos y se dirigió con paso tranquilo hacia el pasillo.

—¿Qué? — Marta estaba como un flan.

—No sé. Aparte de que es un bellezón y que tiene a todo el salón pendiente de ella...

—Los ojos joder, mírala los ojos —

Marta susurraba tan deprisa que Jimena estaba empezando a preocuparse

—

Marta la dio media vuelta y volvió a empujarla hacia el salón.

Jimena volvió a salir al salón y pasó por delante del tocador de Sebastián mirando a la mujer directamente a los ojos. Esta, la miró directamente a los suyos por un segundo, e inmediatamente continuó mirando la revista que estaba hojeando.

Jimena, cogió una plancha del tocador de Marta para disimular, y se dirigió de nuevo hacia el pasillo.

—¿Y? — Marta saltaba en el sitio.

—Creo que se parece a alguien pero...

—¡¡TOM!! Son exactamente iguales a los de Tom — Marta hacia un rato que había dejado de susurrar.

—Pues... ahora que lo dices. Vas a tener razón — Jimena hablaba con la mano en la barbilla, en plan pensadora.

—Uff... desde que estás embarazada solo reaccionas cuando hueles chocolate. Vamos arriba, seguro que esto tiene gato encerrado — Marta tiró de su amiga hacia el ascensor y las dos subieron hacia el apartamento de la pareja.

\*\*\*

El apartamento de Carlos estaba de lo más concurrido.

Excepto Miguel, que se había bajado a la clínica y Marta que estaba trabajando en el salón, todos los miembros del grupo se alojaban allí desde la noche anterior Tom estaba psicótico con que ella estuviera fuera del apartamento y no tenerla junto a él, para poder protegerla en caso de necesidad.

Pero Marta no había consentido quedarse encerrada.

Era tan... española.

Jimena había bajado al salón, con el desacuerdo de Carlos, para decirle a Marta que subiera enseguida, pues Tom era incapaz de concentrarse con ella fuera de su alcance.

Tom consiguió detectar el aroma de Marta en cuanto oyó las puertas del ascensor abrirse. Los dos amigos se dirigieron rápidamente hacia la puerta del apartamento. Marta entró como una flecha, seguida de Jimena, que no llegó muy lejos, pues los brazos de su marido la rodearon inmediatamente en un protector abrazo.

La pelirroja fue directa hacia el ordenador arrastrando a Tom de la mano con ella.

—Cámaras... seguridad... salón —

Marta estaba jadeando por la carrera.

—Tom tomó los mandos del PC y arrancó el programa por el cual se podía ver todos los rincones del salón, excepto los vestuarios y las cabinas de

belleza, mediante las cámaras de seguridad.

—Busca a la mujer que está peinando Sebastián.

Tom hizo lo que Marta le indicaba, mientras todos los ocupantes del apartamento los miraban curiosos.

En el momento que Tom enfocó a la mujer, comenzó a palidecer.

Está estaba leyendo una revista, pero Sebastián debió de preguntarle algo, y ella levantó la mirada para contestarle y en ese momento Tom se quedó petrificado.

El ratón del ordenador se pulverizó bajo su mano.

Todos los allí presentes comenzaron a hablarle preocupados, pero el vampiro no reaccionaba. Era como si se hubiera convertido en piedra. Las miradas cambiaron de dirección y se posaron sobre Marta interrogantes. Ella desconectó el cable del ratón, pues no tenía claro que Tom soltara en ese momento el artilugio, y dio la vuelta al monitor para que todos pudieran verlo.

La imagen de la mujer con los ojos idénticos a los de Tom, se veía en un primer plano en la pantalla. El silencio que se produjo en ese momento, se hubiera podido cortar con un cuchillo.

Carlos corrió hacia el teléfono y comenzó a hablar con Michael. En cuanto la mujer saliera de la peluquería este la seguiría, tenían que descubrir donde se alojaba.

El cerebro de Tom echaba humo. Esa mujer era tan parecida a... no podía ni pensar su nombre. Pero, tenía sus propios ojos...

Su hija, esa mujer era la hija de la bruja y de él mismo.

Él nunca se había planteado, que la bruja hubiera podido seguir adelante con el embarazo, las posibilidades habían sido mínimas. En aquella época, una gestación de ese tipo no era fácil de que llegara a término y mucho menos, que el parto fuera exitoso.

Él había conocido a muy pocos mestizos, pero los pocos que había tratado, habían sido en las últimas décadas. Se sabía que siempre habían existido, pero eran tan escasos y tan esquivos, que eran muy difíciles de encontrar.

En aquella época, eran seres que vivían entre dos mundos, aunque realmente, no pertenecían a ninguno. Los vampiros puros no los aceptaban

del todo y los humanos, como siempre, destruían todo lo que no entendían.

Tom siguió uniendo todas las piezas del Tetris, que ahora se le movían por su cerebro, encajando una con la otra perfectamente ¿Serían la madre y la hija las dos asesinas?

¿Abría sido capaz la manipuladora bruja, de montar la organización de asesinos de vampiros más sanguinaria que había habido nunca, sólo por venganza?

Todos esos vampiros y humanos...

¿Habrían sido torturados y asesinados por su culpa?

Tom no se lo podía creer ¿habría sido él el detonante para el holocausto vampírico más sanguinario de la historia?

Sintió una suave caricia en la mano con la que sostenía el ratón, o lo que quedaba de él y su mirada fue hacia esa parte. Marta le miraba preocupada y con una súplica en la cara.

—Vamos al taller — Marta le cogió la mano y después de limpiar cuidadosamente los restos del ratón, tiró de su amante hacia la puerta.

Los dos entraron al sitio de Tom en silencio. Marta dirigía y Tom se dejaba llevar como un perrito.

Le hizo que se sentara en el viejo sofá, mientras ella hacía lo mismo en el suelo frente a él cruzando las piernas y esperando a que reaccionara. En ningún momento le forzó ni hizo ningún gesto de impaciencia.

Tom levantó la mirada, que hasta ese momento la había tenido clavada en el suelo y miró a su amante directamente a los ojos.

—Nunca he hablado a nadie de cómo fue mi conversión.

El torrente de palabras comenzó a salir y ya no pudo parar. Marta guardó silencio, mientras, un devastado Tom comenzaba a hablar sobre todo lo que, hasta ahora, jamás se imaginó que contaría a nadie.

\*\*\*

La vida podía ser una perra.

Carlos escuchó la historia de la vida de su mejor amigo, en privado en su despacho. Tom se había encontrado con los fantasmas del pasado de la manera más bestia.

El rubio vampiro estaba sentado en el sillón del despacho, con la cara

hundida entre sus manos, y solo sabia repetir la misma frase “Todo ha sido por mí culpa”.

La mayor parte de la historia, se la había contado Marta y Carlos era consciente de que la pelirroja se había callado bastantes detalles.

Carlos no hizo ningún comentario, aunque le hubiera gustado preguntarle a su amigo porque no había confiado en él, en ese momento, ella estaba en modo protección y era seguro que, si alguien presionaba más de la cuenta a su amante, Marta saltaría con las uñas por delante.

Independientemente de si él era su jefe o el Papa de Roma.

Carlos decidió tomarse el tema con calma. Ya hablarían sobre los detalles más adelante. Necesitaban reconsiderar el plan, pues el que la mujer de la peluquería fuera la hija de Tom, cambiaba las cosas considerablemente.

—Está bien — Carlos intentó no hacer ningún gesto de exasperación — vamos a ir con pies de plomo. Michael está esperando en el aparcamiento con su motocicleta a que ella salga de la peluquería, vamos a ver donde se aloja.

—No quiero que la hagan ningún daño.

Ella es mi... mi... es una víctima más de todo esto.

—Está bien, si ella no es una amenaza directa para cualquiera de nosotros, le daremos la oportunidad de que se explique.

—Yo me voy al sal... — Marta comenzó a hablar.

—¡¡NO!! — Tom saltó de donde estaba sentado hacia ella — por favor quédate, no puedo manejar más presión.

—Pero cariño, tengo a dos clientas citadas.

—Yo bajaré — Jimena, que hasta ahora se había mantenido en un segundo plano, habló.

—Jimena... — Carlos miró a su esposa.

—Bajo, las peino y me subo. No podemos dejar la peluquería abandonada. Todo tiene que estar en aparente normalidad.

—Dios... está bien. Pero, en cuanto termines, subes inmediatamente o bajo a por ti y que se jodan las consecuencias.

Los cuatro salieron del despacho de Carlos. Marta y Tom se fueron al taller en espera de que el vampiro se tranquilizara un poco antes de enfrentarse al grupo, mientras Carlos y Jimena se dirigían al salón.

Carlos insistió en acompañarla hasta el vestuario.

\*\*\*

Jimena, consiguió sacarse de encima a su marido ya en la puerta de los vestuarios.

Carlos la había bombardeado con miles de consejos/órdenes, para que no se expusiera en ningún momento.

Entró en el vestuario y se vistió con uno de los uniformes que mantenía en su taquilla. Se colocó el de pantalón como pudo, cogiéndose la cinturilla con una goma, pues no le abrochaba el botón. Y se metió en la camiseta que le entraba...

...más o menos.

Según se dirigía por el pasillo, notaba como las cámaras se iban girando, mientras la seguían por todo el camino.

Se paró y miró directamente a la última del pasillo y le sacó la lengua.

Cuando bajó las escaleras de caracol, todos sus compañeros se le quedaron mirando sorprendidos.

—Buenos días chicos, vengo a sustituir a Marta que esta algo indispuesta

—

Jimena habló con total naturalidad evitando mirar directamente a la mujer.

Jimena se fue hacia la recepción, a ver si ya había llegado la mujer que estaba citada con Marta. En el momento que ella entraba de nuevo al salón acompañada de su cliente, la despampanante rubia salía a la recepción, pagó en metálico, le dio veinte dólares de propina a Sebastián, que le había hecho un precioso recogido, se colocó sus gafas de sol y se fue por donde había venido.

Jimena, sentó a la mujer en el tocador, y salió corriendo a la calle.

Miró hacia ambos lados, intentado localizar a la mujer entre el río de personas que iban arriba y abajo por la transitada avenida, para ver en qué dirección se iba. La rubia se había dirigido hacia la esquina de la calle y en ese momento se subía a un taxi. Jimena se adelantó un poco, para ver porque calle torcía el vehículo y cuando lo tuvo claro, se dio la vuelta para entrar de nuevo en el local.

Al pasar por la puerta del aparcamiento, esta se abrió para que saliera la

motocicleta de Michael que se dirigía velozmente detrás del taxi de la mujer.

Jimena aprovechó para atajar por el aparcamiento, en dirección al ascensor del edificio. Quería informar inmediatamente al grupo sobre ello.

Tardaría cinco minutos en bajar de nuevo y atender a su cliente.

\*\*\*

Ricardo llevaba dando vueltas por los alrededores del salón durante toda la mañana.

Se había vestido con ropa negra, cubriendo la cabeza con un gorro de lana y unas grandes gafas de sol para pasar desapercibido.

Había visto pasar a la hermana pequeña en la peluquería esa mañana a primera hora. Cuando esta había salido de allí, una hora y media más tarde, observó como se subía en un taxi para dirigirse, probablemente, a su hotel.

La muy inútil mujer, seguramente no había conseguido nada. Él le demostraría al Gran Padre que valía infinitamente más que esas dos zorrillas.

Un minuto después de que saliera la rubia del local de la peluquería, salió una mujer que conocía bastante bien detrás de ella.

La Srta. Rey, después de andar unos metros por la acera, se metió por la puerta del garaje del edificio. Ricardo salió corriendo y se coló en el aparcamiento detrás de ella. Corrió por la rampa mirando hacia todos lados y cuando dirigió la mirada hacia los ascensores, allí estaba ella esperando para subir.

Ricardo se dirigió hacia ella sigilosamente, mientras empapaba un pañuelo en cloroformo, que había sacado de la mochila del material que llevaba a la espalda.

Cuando llegó a la altura de Jimena, la cogió violentamente del pelo y la puso el pañuelo sobre la boca y la nariz. Ella le dio un codazo en el estomago que le hizo quedarse sin aire pero, el fuerte olor del pañuelo, hizo que en pocos segundos la mujer perdiera el conocimiento.

Cuando Ricardo por fin consiguió volver a respirar, después del fuerte golpe que le había propinado la morena, cogió el cuerpo inerte de Jimena y se escondió entre los numerosos coches que estaban aparcados.

Rompió la ventanilla de un precioso modelo antiguo de Audi en color rojo, con la suerte de que no tenía la alarma conectada. Abrió el maletero

desde el interior, introdujo a la mujer dentro y con la ayuda de la formación que había recibido en La Sociedad, hizo un puente al vehículo y lo consiguió arrancar.

Estuvo esperando unos minutos dentro del coche hasta que la puerta del garaje se abriera. En cuestión de unos minutos, alguien abrió para entrar y él, de un fuerte acelerón, salió a la calle haciendo ruedas.

—A ver ahora quien manda aquí, Sr. del Toro.

Se dirigió hacia el hotel en el que sus compañeras de La Sociedad se habían alojado y utilizó la tarjeta de crédito que le habían facilitado para alojarse en el mismo. Esta vez se había preocupado de arreglarse un poco más para que no le echaran del lujoso establecimiento.

Cuando en recepción le dieron la habitación, fue al lugar donde había aparcado el vehículo y lo llevó al aparcamiento del hotel.

Sería mucho más fácil meter a la inconsciente mujer a través del aparcamiento, que por el concurrido hall de uno de los más famosos hoteles de la ciudad.

Alzó en brazos a Jimena y apoyó su cabeza contra su pecho como si estuviera dormida. En caso de que se cruzara con alguien, haría un gesto cómplice como si la chica hubiera bebido demasiado y seguiría su camino.

Cogió el ascensor y pulsó el piso en el que le habían dado la habitación.

Cuando llegó a su planta y la puerta del ascensor se abrió, el pasillo estaba totalmente desierto.

Estaba claro que hoy la suerte estaba de su parte.

Corrió como pudo cargando con el peso de la mujer y se metió en su habitación.

La tumbó bruscamente sobre la cama y después de tomar aliento durante unos minutos, la ató a los barrotes de la cama por las muñecas y los tobillos cruzados entre ellos con una cuerda que sacó de su mochila y la amordazó con cinta americana.

Preparó la cámara fotográfica, la hizo unas cuantas fotos y se fue a su otro hotel a darse de baja y a recoger sus cosas.

Él no se iba a alojar en ese hotel de mierda, mientras las rubias estaban en uno de cinco estrellas.

## Capítulo 13

**T**ODOS estaban atrapados allí por algo más que la propuesta del jefe.

El grupo de vampiros estaba repartido por todo el apartamento de Carlos y Jimena. El Sol les obligaba a estar bajo techo durante varias horas al día y cada uno se entretenía como podía.

Stefan y Carmen estaban viendo una película en el salón. Carlos, Tom y Marta, conversaban sobre la situación, sentados en la isla de la cocina.

Carlos llevaba un rato sin hacer caso a las palabras de su amigo y se frotaba el pecho como si su corazón quisiera salirse por la boca.

—¿Te encuentras bien? — Preguntó Tom.

—No sé, es esa sensación...

Carlos salió corriendo de la cocina y se puso a teclear a toda velocidad en el ordenador que había en el salón. Todos salieron tras él preocupados por la reacción y le rodearon mirando las imágenes de la peluquería que emitían las cámaras de seguridad.

—¿Dónde está?... o Dios mío ¿Dónde está Jimena? — Carlos golpeaba el teclado con tal fuerza que lo iba a pulverizar.

Tom le sustituyó pero no la encontró bajo el objetivo de ninguna cámara y comenzó a rastrear lo que se había grabado a partir de que ella saliera al salón.

Jimena había salido a la calle detrás de la hija de Tom y a partir de ahí, se perdía el rastro.

Carlos llamó a Michael, pero este no le contestó. Seguramente iría sobre la moto y en cuanto pudiera pararía para devolverle la llamada.

Marcó el teléfono de la clínica por si acaso le había dado por bajar. Mary le aseguró que Jimena no había estado por allí.

Carlos ya no sabía qué hacer cuando sonó de nuevo el teléfono.

—¡MICHAEL! No encontramos a Jimena...

—Entró por el garaje cuando yo salía —

Michael contestó con tono de preocupación.

Tom había escuchado perfectamente la palabra garaje y estaba revisando las cámaras que vigilaban esa parte del edificio.

—Mierda... Hijo de puta — Tom lo dijo en voz baja, pero fue como si lo hubiera gritado.

En ese momento, la imagen del civilizado ejecutivo desapareció y fue sustituida por la del salvaje vampiro, capaz de matar sin ningún problema a cualquiera que se le pusiera por delante.

Los ojos eran del color de la sangre, sus colmillos sobresalían de su boca en su máxima extensión.

El rugido que salió de su garganta, habría sido suficiente para que el mismísimo Satanás se cagara en los pantalones. Hizo que, los tres vampiros que se encontraban en el apartamento, le sujetaran con todas sus fuerzas para que no saliera al exterior y su chamuscada silueta quedara pegada a la acera de la Quinta Avenida, como si fuera un dibujo animado.

Carlos agarraba con todas sus fuerzas el tirador de la puerta mientras Tom y Stefan, tiraban de él y Carmen intentaba, sin conseguirlo, soltar su mano de la puerta.

El descontrolado vampiro dio un fuerte tirón y la gruesa pieza de madera, salió volando contra la vitrina de la sala de estar, la cual se desintegró, acompañada de un fuerte estruendo de cristales rotos.

Marta miró hacia el hueco que había quedado después de que su jefe arrancara la puerta, preguntándose, si la mujer que había parada en ella con el dedo sobre el timbre, era humana o, simplemente, alguien había colocado allí una estatua de cera con la forma de Lola.

\*\*\*

Lola dudaba, si en ese momento, estaba en el moderno edificio de oficinas de Manhattan o en la Casa del Terror del Parque de Atracciones de Madrid.

¿Ese salvaje ser que sujetaban sin mucho éxito entre tres, era el mismo Sr. del Toro que la habí a tratado con tanta amabilidad?

Alguien tiró de su brazo y la introdujo en el apartamento al que ella había ido a preguntar, si podía hacer algo para ayudar.

Su compañero de piso llevaba toda la mañana sin aparecer y Lola no podía con el sentimiento de culpabilidad, que la estaba carcomiendo, desde que se había enterado de todo el pastel.

El trío que sujetaba al... lo que fuera, consiguió hacerse con él, aunque Lola sospechaba que este se había dejado reducir, y se lo llevaron al sofá del salón para que se tranquilizara.

A ella, la pelirroja la sentó en una silla al otro lado de la estancia y le pidió, con un gesto de su mano, que no se moviera.

Todos comenzaron a hablar a la vez.

Lola escuchaba atentamente, mientras le daba vueltas a la cabeza. Procesó toda la información que tenía, haciendo dos listas mentales de pros y contras.

Ella siempre se había considerado una persona con la mente abierta y bastante práctica. Los años al servicio de la Duquesa la abalaban. Esa gente podía ser lo que fuera, pero a ella la habían tratado bien. No podía decir lo mismo del “humano” de Ricardo.

A Lola no le costó ni cinco minutos tomar la decisión. Si esas gentes eran vampiros, mientras la siguieran respetando como hasta ahora, a ella no le importaba, les ayudaría en todo lo que pudiera.

—Yo lo haré — Lola se levantó de la silla y se dirigió hacia el grupo.

Todos la miraron como si la vieran por primera vez.

—Si sois lo que creo que sois y las leyendas son ciertas, no podéis salir de aquí hasta dentro de unas cuantas horas — Lola esperaba que no estuviera cometiendo un error con sus suposiciones.

—Yo voy con ella — Marta se puso al lado de Lola.

—Creo que el coche que se han llevado es el de Sebastián. Le preguntaré si lleva dispositivo de rastreo — Stefan cogió el teléfono y llamó al salón —

Stefan le comentó que su coche había sido robado y que Michael iba a intentar recuperarlo.

—Marta... — Tom no podía evitar sentirse un poco egoísta con respecto a su amante.

—Tom, es mi mejor amiga... mi hermana. No voy a quedarme aquí parada sin hacer nada.

Tom, aunque le hervía la sangre, no pudo discutir las razones de Marta. Por mucho que le doliera, tendría que aceptar su decisión. Si su amigo Carlos le necesitara y él fuera el único que pudiera ayudarle, no lo dudaría en ningún momento.

—No lleva dispositivo de rastreo —

Stefan colgó el teléfono — pero se ha dejado olvidado el móvil en la guantera y este si lo lleva. Va a conectarse con el GPS y nos dará su ubicación.

—Quiero que vayáis armadas — Tom fue hacia la caja fuerte de su jefe y sacó dos pistolas.

—Creo que puedo defenderme sin un arma de fuego. Además no tengo ni idea de cómo utilizarla — Lola no quería saber nada de pistolas.

—Yo llevaré una. Di unas clases de tiro en una ocasión — Marta aceptó, más por que Tom se quedara tranquilo, que por que considerara que la iba a utilizar.

Tom acercó el arma a Marta mientras le acariciaba el torso de la mano.

El teléfono de Stefan sonó y este lo descolgó rápidamente. Sebastián le dijo las coordenadas del GPS y el vampiro se apresuró a meterlas en el programa que las descifraba en el ordenador.

Estas indicaban que estaba en el hotel Hilton. Seguramente lo tendría en el aparcamiento.

Las dos mujeres salieron a toda prisa hacia la calle y se dirigieron al lujoso hotel. Lola iba dispuesta a hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudar.

Nunca olvidaría la desgarrada imagen del vampiro, al saber que su mujer estaba en peligro. Si no le hubieran sujetado sus amigos, habría salido a la calle, aun sabiendo que la exposición al Sol le provocaría quemaduras mortales de necesidad.

\*\*\*

Jimena despertó con un fuerte dolor de cabeza.

Las nauseas de su estomago eran tan fuertes, que tuvo que tragar varias

veces para no vomitar. Cuando por fin consiguió controlar los espasmos de sus sistema digestivo, barrió con la mirada todo su alrededor.

Estaba en una lujosa habitación de hotel, atada a una cama de pies y manos.

Mierda, pensaba que ya había terminado con las pesadillas provocadas por el secuestro que tuvo hacia ya varios meses.

Se relajó esperando a que su mente decidiera que ya era suficiente y la despertara.

Pues sí que era realista el sueño de las narices, además iba mejorando en detalles, el hotel en el que estaba era mucho más lujoso que en el que Lorenzo la había tenido retenida.

Su marido la estaba acostumbrando a demasiados lujos, ahora hasta los veía en sus sueños.

La puerta de la habitación se abrió y apareció el Sr. Sánchez.

—¡Hala, el que faltaba! — Jimena se lo había tomado como si estuviera viendo uno de los capítulos de CSI que tanto le gustaban.

—¿Cómo? — Ricardo la miró extrañado.

—Nunca te había visto en mis pesadillas, aunque ahora que lo pienso, tu simple presencia ya es una pesadilla —

Jimena comenzó a reírse ella sola de su chiste.

—¡¡CÁLLATE PERRA!! — Ricardo se acercó a ella y la cruzó la cara con un fuerte bofetón que la hizo sangrar por la nariz.

—.Joder, se supone que en los sueños no duelen los golpes.

—¿Sueños? — Ricardo la miraba con las cejas arqueadas — ¿crees que esto es un sueño? — Comenzó a reírse — Más bien piensa que es tu peor pesadilla.

Jimena se quedó inmóvil, cuando fue consciente de que eso se parecía demasiado a la realidad.

Rebobinó todo lo que recordaba de esa misma mañana y con un ahogado grito, fue consciente de lo que estaba pasando.

El hijo de puta la había secuestrado cuando iba a subir al ascensor del aparcamiento.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué quieres de nosotros? — Jimena no se lo podía creer, dos secuestros en menos de un año.

—Me arruinasteis la vida y ahora me lo vais a pagar ¿Qué pasa? ¿que tu vampiro marido no te ha hablado de los peligros de ser su esposa? Hay gente que no quiere a esos chupasangres en la faz de la tierra y lucha para erradicarlos, y da la casualidad, de que yo soy uno de ellos.

Jimena no le contestó, no estaba en situación de pelearse con él. Si solo estuviera ella en esa cama le habría gritado todo lo que tenía en la punta de la lengua, pero su hijo... no podía arriesgarse a que la diera un mal golpe y su pequeño saliera afectado.

Esperaba, que la droga que había utilizado con ella, no fuera perjudicial para el feto. Como le pasara algo a su hijo, Ricardo iba a rogar por su muerte, mientras ella le torturaría con sus propias manos de la manera más cruel.

Siempre había escuchado que el animal más peligroso de la naturaleza, era una madre defendiendo a su cría, en ese momento, Jimena era completamente consciente de por qué tal afirmación.

—¿Qué? ¿te he dejado sin palabras? — a Ricardo le excitaba sentirse poderoso.

Se acercó a la apetecible mujer que yacía atada sobre la cama y le pasó la mano por el abdomen.

—He oído por ahí, que llevas una pequeña sanguijuela aquí dentro.

—No te atrevas a tocarme — Jimena no pudo callarse.

—No estás en situación de exigir nada.

Colaboraras en todo lo que te pida, o tú pequeño monstruo y tú, estaréis en el otro barrio en cuestión de minutos.

Tenemos media hora para divertirnos mientras unas colaboradoras mías bajan a hacerse cargo de ti.

Ricardo había subido a la suite de las dos rubias a pavonearse, diciéndolas que tenía a la esposa del jefe de los vampiros. Estas no le habían dado demasiado crédito, pero le dijeron que, en una media hora, bajarían a su habitación y trazarían un plan conjunto.

Jimena le miró viendo la cara de lagartija más clara que nunca y decidió ser inteligente. Estaba segura que Carlos ya estaba enterado de que ella había desaparecido y vendrían a buscarla enseguida.

Por favor, por favor...

Tuvo que cerrar los ojos, e irse a ese lugar feliz, que lo psicólogos te

recomiendan tener en tu imaginación.

Intentó mantenerse en el recuerdo del estanque del Palacio de Cristal del Parque del Retiro, sentada en el césped entre los brazos de Carlos. Pero, cuando sintió la mano del Sr. Lagartija pellizcándole un pezón, no pudo evitar el vomito.

El sándwich de Nocilla que se había almorzado esa mañana, salió disparado y fue a parar a la bragueta del hombre.

Ricardo comenzó a gritar maldiciones, mientras se iba corriendo al baño a limpiarse.

Cuando salió del baño, Jimena se preparó para lo que viniera, pero en ese momento alguien llamó a la puerta.

Ricardo se dirigió hacia la misma y abrió sin preguntar. Una esbelta pierna femenina se elevó en el aire y fue a parar a la cara del asqueroso reptil.

Jimena juraría haber escuchado como se rompía el hueso de la mandíbula de su secuestrador.

Ricardo cayó al suelo como un saco y allí se quedó. El tipo había tenido la suerte de perder el conocimiento en el acto, pues de la manera en que le miraba Lola, Jimena estaba segura de que si no hubiera sido así, le hubiera pegado la paliza de su vida.

\*\*\*

Marta no se entretuvo en analizar lo que acababa de hacer su compañera de misión. Ya tendría tiempo más adelante de alucinar con ello.

Salió corriendo hacia la cama, sacó una navaja multiusos que le había metido Tom en el bolsillo antes de salir y comenzó a cortar las cuerdas que tenían cautiva a su amiga.

Casi tenía liberada a Jimena, cuando se escuchó un fuerte golpe en la puerta. El reflejo de lo que parecía un arma llegó a su visión periférica y sin pensárselo dos veces, sacó la pistola que llevaba sujeta en la cinturilla de su pantalón y disparó.

Marta se quiso morir cuando vio a la hija de su amante tumbada en el suelo con un rojo boquete en el centro del pecho. Otra mujer venía tras ella, que Marta identificó como una bruja, nada más pudo sentir su aura.

El grito que salió de su boca cuando vio a su hija sobre el suelo, hubiera

podido agrietar las paredes. Miró a Marta y levantando el dedo índice, la señaló directamente al pecho. Marta se tuvo que doblar sobre sí misma, cuando sintió como si un clavo la atravesara el órgano que le daba la vida. Si no hubiera sido por la patada que le dio Lola a la poderosa bruja, Marta estaba segura que ese hubiera sido su fin.

La mujer sujetó su brazo, que posiblemente estaría fracturado, miró a su hija tendida en el suelo con un gesto indescifrable e, inmediatamente, clavó sus ojos en los de Marta.

—Por el poder de las brujas vikingas, mi maldición te encuentre. Así como tú me has robado a mi hija, que tu cuerpo jamás engendre.

Una fuerza invisible, como la onda expansiva de una gran explosión, llegó de la nada y golpeo duro el bajo vientre de Marta. El dolor fue intenso y tuvo que sentarse en el suelo para coger aliento.

Cuando por fin el aire llegó a sus pulmones, la bruja había desaparecido.

Jimena y Lola salieron corriendo hacia el pasillo, pero ya no había ni rastro de la mujer.

Las tres mujeres se reconocieron entre ellas para ver si estaban heridas y cuando quedaron medianamente satisfechas de su estado, se centraron en el saco de mierda que descansaba sobre el suelo de la habitación sin conocimiento.

Lola y Jimena se dedicaron a atar al hombre, mientras Marta iba corriendo a ver a la herida mujer. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y selecciono el número de su amante.

Un Tom histérico contestó en menos de un segundo.

—¡Marta!

—Estamos bien... las tres — Marta carraspeó— Tenéis que venir con Miguel, hay alguien herido grave.

—¿Quién?

—He disparado a tu hija. Tom... lo siento tanto, fue en defensa propia.

¿Tom? Tom... por favor dime algo —

Marta comenzó a hablar como una metralleta.

Silencio.

—Marta — la voz de Carlos sonó al otro lado de la línea — por favor pon a Jimena al teléfono.

Marta pasó el teléfono a su amiga mientras intentaba no pensar en lo que se le estaría pasando por la cabeza a Tom.

No iba a hacer conjeturas, ya hablarían cuando llegara el momento, ahora toda su concentración sería para que la mestiza no se muriera en el suelo de una impersonal habitación de hotel.

Se unió a Lola, que estaba tomando el pulso a la mujer que yacía en el suelo.

—Su pulso es débil — Lola tenía una toalla que había cogido del baño y presionaba con ella en la herida para intentar contener la hemorragia.

La cogieron entre las dos y la subieron a la cama. Lola la dio la vuelta y vio que tenía orificio de salida por la espalda.

—Déjame probar una cosa — la pelirroja se dirigió hacia donde había caído su mochila y comenzó a buscar dentro.

Marta intentaría una técnica que había visto utilizar a su madre en una ocasión.

Aunque era muy peligrosa para ella, no dejaría que la hija de Tom muriera sin haber intentado todo lo que estuviera en su mano. El médico aun tardaría una hora en poder acudir y la rubia no aguantaría tanto sin ninguna atención.

Marta sacó de su mochila seis velas blancas y rodeo la cama. Cuando todas estuvieron colocadas y encendidas, cogió una bolsa llena de hojas de laurel y las esparció por encima del cuerpo de la mujer, sacó un conito de aceite de sándalo y lo encendió en un quemador sobre la mesilla. Cuando todo estuvo preparado, se tumbó junto a la mujer y cerrando los ojos, colocó la mano sobre su corazón.

—Que la salud de esta mestiza mejore y si no que no empeore; escucha mis palabras y escucha mi ruego, libérala de su enfermedad. Que así sea. Que la salud de esta mestiza mejore y si no que no empeore...

Marta comenzó a recitar las palabras repetitivamente, mientras en la habitación reinaba un silencio sepulcral.

Su fuerza vital comenzó a pasar a través de su brazo directo al corazón de la moribunda mujer, sosteniendo su vida con la suya propia.

\*\*\*

Jimena se sujetaba las manos con gesto de dolor.

Después de más de una hora, en la que su amiga llevaba tumbada en la cama, haciendo sabia Dios que. Ella no había podido aguantar como Marta se marchitaba ante sus ojos, era como si la estuviera drenando su propia vida.

Tenía los ojos bordeados con una oscura sombra y la piel tenía un color ceniciento. Estaba perfecta para extra de “The Walking Dead”.

En un momento de desesperación, Jimena se había acercado a la cama y al cogerla del brazo, un pequeño calambre le había hecho retirar la mano de inmediato.

Ninguna de las dos mujeres que estaban tumbadas en la cama se inmutó.

Estaba dispuesta a intentarlo de nuevo, esta vez aguantaría el calambre y tiraría con más fuerza para romper el contacto entre las dos, cuando apareció por la puerta el séptimo de caballería.

Todos los vampiros, más Michael, irrumpieron en la habitación como una tromba. Jimena sintió como unos fuertes brazos la rodeaban y se vio engullida en el desesperado abrazo de su marido.

—No sabes el miedo que he pasado —

Carlos la susurraba en el oído.

—Perdóname, he sido muy imprudente —

Jimena, ahora en frío, no se podía creer lo imbécil que había sido.

Carlos susurraba palabras de amor en su oído y Jimena se hundió en su pecho. En ese momento, a su marido, lo único que le podía tranquilizar era su contacto.

Cuando por fin levantó la cabeza del poderoso torso, el grupo ya se había organizado. Tom llevaba a Marta en sus brazos al igual que hacia Miguel con la rubia mujer. Era curioso, pero los dos vampiros tenían el mismo gesto de desesperación en la cara.

Michael y Lola llevaban a Ricardo cogido por las axilas hacia el pasillo.

Este había recuperado el conocimiento y miraba hacia todos lados con terror en los ojos. Jimena le miró sin decir nada y apretó a su marido con los brazos, cuando sintió que este se iba a abalanzar sobre él.

Estaba segura, que si el hombre hubiera tenido la cara en mejor estado, estaría rogando por su vida.

Carmen y Stefan, habían salido de la habitación en dirección al

aparcamiento, para recuperar el coche de Sebastián y poderse lo devolver al peluquero, que estaba preocupadísimo por la pérdida.

Ese había sido el coche de su padre y lo cuidaba como a un tesoro. El vehículo era lo único que tenía de él, gracias a que se lo había regalado antes de que Sebastián, uno de sus cinco muy masculinos hijos, decidiera que estaba harto de ahogarse dentro del armario.

En una católica familia de Texas, eso era algo imperdonable.

Stefan, antes de llevárselo a su dueño, aprovechó para instalar en un lugar discreto del vehículo, un localizador GPS por si acaso.

La habitación se quedó desierta, cuando Jimena y Carlos salieron detrás de los demás en dirección a la clínica. Después de recoger todo lo que Marta había extendido por la estancia y llevarse las sabanas de la cama manchadas de sangre, ya se las cargarían en la tarjeta al cabronazo de Ricardo.

Carlos cerró la puerta de un portazo y se dirigió con su mujer al ascensor que bajaba al aparcamiento. Necesitaba enfriarse un poco antes de decidir qué hacer con el traidor empleado.

## Capítulo 14

**N**ANNA se fue directamente al aeropuerto, para salir de esa maldita ciudad lo más rápidamente posible.

Ella sola no podría hacer nada contra tantos vampiros y su hija...

Dios su hija... esa maldita la había asesinado.

Aunque Skule todavía respiraba cuando ella se fue, estaba segura de que no sobreviviría. Una herida de bala en el centro del pecho era mortal de necesidad, incluso para una mestiza.

Esa maldita bruja traidora había matado a Skule y pagaría por ello.

Ella la había dejado un maleficio, que fue lo único que pudo hacer antes de huir, si no quería seguir la misma suerte de Skule. Eso sólo iba a ser un pequeño aperitivo, ni mucho menos suficiente, para pagar la muerte de su única hija.

Cuando le pusiera las manos encima, iba a desear haber sido ella la que hubiera recibido el disparo.

Nanna embarcó en el primer vuelo hacia Noruega, que salió del aeropuerto JFK de Nueva York.

En ningún momento dejó que la pena la bloqueara la mente. El dolor de su brazo empezaba a ser soportable, después de tomarse un analgésico que había comprado en la farmacia del aeropuerto.

El hueso no se había fracturado, pero tenía una gran contusión, en cuanto pudiera se concentraría en algún conjuro curativo para solucionar el problema.

Necesitaba de todos sus recursos para planear su venganza y esta vez,

contaría con todas sus hermanas. El asesinato de una bruja se pagaba con la muerte, eso era ley, y Nanna iba a denunciarla ante El Consejo de las Brujas Vikingas por el asesinato de su hija y el de la bruja llamada Viviana.

Aunque ni la difunta Viviana ni la asesina eran vikingas, eso no tendría relevancia ante El Consejo. Ellas actuarían sin ningún tipo de compasión por asesinar a una de las suyas.

Por supuesto, Nanna omitiría los detalles de la defensa propia y dejaría caer el móvil de los celos.

En el aeropuerto de Oslo, Nanna cogió un taxi para dirigirse hacia la estación de ferrocarril, donde cogería el transporte que la llevaría hacia los fríos valles del norte.

La tierra de sus ancestros estaba a más de catorce agotadoras horas de viaje en tren. En la región de Nortland Fylke estaba la población de Dunderland.

Situada a unos 580 metros de altitud, era una pequeña población de algo más de trescientos habitantes.

Nanna llenó sus pulmones con el gélido aire de la montaña sintiéndose en su hogar.

En unas horas comenzaría el espectáculo de la aurora boreal y ella sabía, que ese era el momento en que todas las brujas se reunían en la sagrada y antigua gruta llamada por todas sus hermanas La Cueva de Hielo. Este era un ritual sagrado, al cual todas las brujas de la comarca asistían desde tiempos inmemoriales.

Nanna entró en una pequeña tienda del pueblo y se compró una capa de piel de reno larga hasta los pies con una amplia capucha y unas botas del mismo material que le llegaban hasta la rodilla. Esto le ayudaría a soportar sin problemas, las extremas temperaturas de la zona.

El hombre que la atendió era un Sami.

Estos aborígenes noruegos contaban con su propio idioma y su propia cultura y Nanna aprovechó su conocimiento del idioma Sami, para acercarse un poco más al hombre y conseguir que la hiciera un favor. Necesitaba que la subieran a la montaña en el trineo de perros, con el que seguramente contaba el comerciante.

Ella sabía que él la habría identificado ya como una bruja y no tenía muy

claro que estuviera dispuesto a ayudarla, ni siquiera ofreciéndole una cantidad desorbitada de dinero. Al hablarle en su propia lengua, en un meloso tono, el hombre se relajó un poco y accedió a llevarla hasta la cueva de hielo por una desorbitada cantidad de Noks. Nanna accedió sin pensárselo, era lo más que iba a conseguir de aquel hombre.

O de cualquier otro.

Nanna dio gracias a que en la esquina de enfrente hubiera un cajero automático, pues ella no contaba con Noks en efectivo y el hombre lo quería de esa manera.

Cruzó la calle y sacó la cantidad en la moneda autóctona para, inmediatamente, entregársela al Sami. En otro momento no habría pagado hasta que no se hubiera realizado el trabajo, pero no quería que en las siguientes horas se arrepintiera. Una vez le hubiera pagado, Nanna estaba segura que el hombre no se echaría atrás.

Cuando el recepcionista del pequeño hotel del centro del pueblo le dio las llaves Nanna subió a su habitación, con la intención de darse una ducha de agua muy caliente, antes de que fuera la hora en la que había quedado con el Sami para iniciar el ascenso a la montaña.

Cuando subía por las escaleras, a Nanna no le pasó inadvertido el gesto contra el mal de ojo del trabajador del hotel. En aquella zona estaban acostumbrados a las brujas, pero esto no quería decir que las aceptaran sin más. El único motivo por el cual no arremetían contra ellas, era por el miedo a las represalias de las demás.

Después de darse su ansiada ducha, Nanna aprovechó para descansar un poco antes de que llegara la hora en la que había quedado con el Sami.

Cuando pasó por delante de la recepción del hotel, en dirección a la calle, Nanna se había vestido con su ceremonial túnica blanca, que era lo único que llevaba en la mochila aparte de la tarjeta de crédito y su documentación, cuando salió huyendo de Nueva York.

Con las botas de piel de reno y la capa del mismo material que le llegaba casi hasta los pies, junto con su larga melena rubia suelta hasta las caderas y una cinta de piel que le rodeaba la cabeza a la altura de la frente, era la viva imagen de una antigua bruja vikinga.

El empleado del hotel, después de cerrar la boca y reaccionar, se

escabulló silenciosamente al cuarto que había detrás del mostrador de recepción.

Nanna salió a la calle sintiéndose poderosa, aunque ese era el pueblo donde se había criado, de eso hacía ya muchos años y nadie la reconocería ya.

Solo por esa razón, podía pasearse por las calles sin ningún tipo de peligro, aunque los tiempos habían cambiado y la mentalidad de la gente también, Nanna no se atrevería a bajar la guardia si hubiera habido con vida algún ciudadano de aquella época.

Si ella hubiera vuelto allí unas cuantas décadas antes, tendría que haberse ocultado, pues la hubieran linchado para quemarla en la hoguera inmediatamente y si los hombres y mujeres del pueblo no la hubieran reconocido, seguro que el grupo de brujas que tanto la odiaban, sí.

La persecución por parte de la inquisición fue uno de los motivos. El otro estaba relacionado, con la sospecha de algunas brujas que la habían acusado de traidora.

Nanna siempre había pensado antes en ella misma que en el resto, y años atrás había intentado desviar la atención de los miembros de la inquisición sobre sus hermanas, para que a ella la dejaran en paz.

El egoísmo era algo que ella consideraba natural ¿Si no te querías a ti misma, como ibas a querer al resto?

Aunque no todo el mundo creía en esa teoría y la situación se volvió tan tensa, que Nanna, a la edad de veinte años, decidió poner tierra y agua de por medio huyendo a los Estados Unidos.

Su madre la intentó proteger ante el sacerdote que las perseguía y junto con muchas de sus hermanas que no se pudieron ocultar en la cueva o huir, murieron presa de las llamas o ahogadas en el fondo del lago por culpa de ese maldito padre Sabonarola, venido de tierras del Sur, para liderar la caza de brujas en las gélidas tierras del Norte.

Que el diablo lo tuviera en lo más profundo de su reino.

Por suerte para ellas, la mayoría de las brujas se ocultaron en La Cueva de Hielo.

Esta estaba escavada bajo un glaciar, en lo más profundo de la montaña, donde ningún hombre en su sano juicio se atrevía a llegar.

Allí malvivieron toda su vida como unas prisioneras.

Los habitantes de los pueblos las dejaron malvivir allí arriba, con la esperanza de que fueran muriendo por las bajas temperaturas y al no existir varón entre ellas, extinguir la especie en cuestión de unos años.

Pero se equivocaron. Una bruja vikinga jamás se daba por vencida, las más fuertes y jóvenes, se atrevieron a bajar a poblaciones cercanas, colándose en los dormitorios de los jóvenes varones que allí habitaban y haciéndoles creer que habían tenido un placentero sueño.

Todas ellas consiguieron quedar embarazadas y las hijas de aquellas niñas que fueron engendradas furtivamente, eran las que ahora se reunían en la Cueva de Hielo para seguir las tradiciones de sus madres y abuelas.

Si supieran que ella podría haber sido una de esas abuelas.

Nanna fue directamente a la pequeña tienda donde había quedado con su medio de transporte. El Sami tenía ya preparado el trineo con todos los perros enganchados.

Los animales al sentir a Nanna, comenzaron a gruñir y el hombre tuvo que tranquilizarlos con trozos de carne seca, para que no se abalanzaran sobre ella. Nanna, por supuesto, habría frito al perro que la hubiera intentado morder, pero sería una pena perder la oportunidad de no tener que subir andando hasta la cueva.

El camino hacia la montaña fue un viaje al pasado. Todo le traía recuerdos de su juventud, incluso de su niñez. El paisaje era sumamente abrupto y montañoso.

Allí arriba, en la montaña más alta de todas, era donde estaba el glaciar donde se encontraba la cueva a la que se dirigía.

Viajaba sumida en sus recuerdos, cuando el trineo se detuvo bruscamente.

El hombre le indicó con el dedo la entrada de la cueva, que todavía estaba a unos doscientos metros de donde se habían detenido. Miró al hombre con gesto interrogante y él, sin decir una palabra, la ayudó a bajar y salió de allí, gritando a los perros para que corrieran lo más rápidamente posible.

Nanna dejó ir al hombre sin más, porque no sabía si le iba a volver a necesitar en el futuro, aunque se quedó con las ganas de haberle dado una lección por no dejarla más cerca.

Los metros que la separaban de la cueva fueron un suplicio, aunque se

había criado en esas tierras, andar sobre un glaciar no era tarea fácil.

Cuando por fin llegó a la entrada de la cueva, Nanna sintió la fuerte presencia de sus hermanas.

Esperándola.

\*\*\*

Tom llevaba ya más de cinco horas sentado en el suelo de la sala de espera de la clínica de Miguel.

Hacía una hora, había salido una enfermera para decirle que la operación de su hija sería larga y complicada. A Tom le costaba entender el concepto de “su hija” dirigido hacia él.

Aunque se suponía que era algo normal, contando con que solo hacía unas horas que se había enterado, que una mujer mestiza con más de cien años de edad, era su hija.

El tema era complicado de digerir.

Marta había estado allí, sentada a su lado más de dos horas, después de que el personal de la clínica la diera el alta.

Tenía un aspecto lamentable después de haber gastado casi toda su energía, en mantener con vida a la rubia mestiza.

Tras hacer varios intentos de hablar con él, sin conseguirlo, se había alejado en silencio.

Debía de haberse ido a su apartamento, pues Tom no sentía su presencia por el edificio. Aunque sabía que se estaba comportando como un verdadero cabrón con ella, no podía evitarlo.

No sabía todavía como se sentía, con respecto a que fuera ella la que había apretado el gatillo, que casi acaba con la vida de su hija.

No había abierto la boca durante todo el tiempo que había durado el viaje en coche hasta la clínica. El trayecto de regreso al edificio de Carlos había sido corto, pero a Tom le había dado tiempo para comenzar a entender varias cuestiones que, hasta ahora, habían sido incomprensibles para todos ellos.

Iba conduciendo el Cayenne con Marta de copiloto, aunque casi siempre esa función la hacía Michael, esta vez el leal humano, se había ido con Lola a la clínica para que atendieran a Ricardo antes de saber que harían con él.

Detrás iba Carlos con Jimena en su regazo y Miguel, con su hija de la

misma manera. El buen doctor se había pasado todo el camino susurrándole palabras incomprensibles al oído, utilizando un nombre de pila que jamás había escuchado ninguno de ellos.

Skule.

Hasta ese momento, él había estado ensimismado en sus propios pensamientos y no había sido capaz de darse cuenta de que, estaba bastante claro, que Miguel la conocía de antes.

Tom recordó que hacía unos años, Miguel había venido de uno de sus viajes en un estado psicológico lamentable. Estuvo encerrado en su clínica durante varios meses y no había manera de que nadie consiguiera sacarle de allí.

Aquello fue un misterio para todo el grupo, pero respetaron la decisión de su amigo de no hablar y le apoyaron en todo lo que pudieron. Ahora Tom se preguntaba qué es lo que le había pasado al doctor.

En aquella época se produjo una masacre de varias colonias vampiras en Berlín. Todos se sintieron aliviados de que su amigo hubiera adelantado el viaje de regreso, por motivos que solo él sabía, de la capital alemana. De lo contrario, hubiera podido ser asesinado como muchos de sus colegas que se encontraban en ese momento en la capital, asistiendo a unas jornadas de medicina.

Ahora Tom se planteaba varias preguntas que antes ni siquiera se le hubieran pasado por la cabeza.

¿Tendría algo que ver con su hija?

Nadie sabía que es lo que le había pasado en el viaje, pero tenía todos los síntomas de un malogrado enamoramiento. Tom había sufrido en sus propias carnes todos esos síntomas hacia poco tiempo y sabía de lo que hablaba. Nadie jamás había visto a Miguel con ninguna mujer o hembra, así que, si lo pensabas un poco, todas las pruebas llevaban a que esa mujer que además, resultaba ser su hija, podía ser la compañera de vida de su buen amigo Miguel.

Tom se pasó nerviosamente la mano por su pelo.

Genial.

Todo esto era, jodidamente genial.

Una gran mano se posó en su hombro.

—¿Cómo lo llevas? — Carlos se sentó junto a él.

—No lo sé — Tom apoyó su cara entre las manos.

—¿Tú sabes que lo hizo en defensa propia y que casi muere por salvarla?

—Lo sé. Pero ha disparado a mi hija ¿Qué debo hacer? Ella sabía que era mi hija antes de ir allí...

—Ella tuvo que elegir entre la vida de Jimena, Lola y la de ella misma contra la de una desconocida — Carlos hablaba en tono suave, intentando ser razonable.

—Una desconocida que es mi hija —

Tom tenía los ojos rojos de aguantar las lagrimas.

—Tom, tenemos que tener los pies en el suelo. No sabemos qué intenciones tiene. Puede ser tu hija, biológicamente hablando, pero no la conoces de nada y ella a ti tampoco.

Tom volvió a sumirse en el silencio con su amigo sentado a su lado, respetando su estado de ánimo.

Al cabo de media hora, la puerta del quirófano se abrió y salió un desencajado Miguel con la ropa de quirófano todavía puesta.

\*\*\*

Miguel mientras salía por las puertas abatibles que daban a la sala de espera, no se podía creer como los caprichos del destino podían poner tu vida patas arriba en tan solo un momento.

Hacia tan solo unas horas había recibido una llamada urgente de su buen amigo Carlos, sin poder imaginarse que lo que se iba a encontrar, le daría una patada en el culo a todo lo que en su mente podía prever como posible.

Esa misma tarde había colgado el teléfono a Carlos y se había ido corriendo a preparar el maletín de emergencia.

Tenían que salir urgentemente hacia el hotel Hilton, donde estaban las tres mujeres junto con el psicópata que había secuestrado a la embarazada mujer de Carlos.

Revisó todo el material, junto con el carro de paradas portátil y salió disparado hacia la primera planta del aparcamiento, donde le esperaban todos con el Cayenne arrancado.

Miguel se subió rápidamente en el vehículo, evaluando profesionalmente

a cada uno de los ocupantes del mismo. La situación era extremadamente estresante y quería estar preparado por si tenía que actuar rápidamente, sedando a alguno de ellos, para evitar en la medida de lo posible que les pusiera a todos en una situación comprometida.

La expresión de Carlos era indescriptible. Su lado salvaje estaba a punto de tomar el control de todos sus sentidos. Miguel pensó, que lo único que le unía a su lado racional, era el miedo de hacer daño a alguno de sus amigos o a su propia mujer cuando se la arrancara de los brazos de su secuestrador.

—Carlos ¿Estas controlado? — Miguel se dirigió a su amigo.

—Si sabes lo que te conviene, ni se te ocurra acercarte a mí con una de esas agujas tuyas — Carlos apenas podía hablar debido al tamaño de sus colmillos.

—Está bien. Pero intenta controlarte o te inyectaré un calmante y luego ya lidiaremos con las consecuencias.

Carlos le contestó con un gruñido, que al doctor no le afectó en lo más mínimo.

Miguel era un vampiro antiguo. Había vivido varios siglos, la mayoría de ellos en épocas en las que, la vida y la muerte, no eran tan valoradas como en la actualidad. Aunque respetaba y quería a Carlos como un amigo, era solo respeto y no miedo lo que sentía por él. Si en un momento dado, tenía que hacerle entrar en razón a puñetazos a su querido amigo, no dudaría ni un segundo en hacerlo.

Los demás ocupantes del Cayenne parecían controlados, ninguno de ellos tenía los ojos rojos, ni los caninos extendidos. Aunque las expresiones eran serias, no parecía que en un futuro inmediato tuviera que actuar con ellos.

Tom miraba al frente sin pestañear.

Miguel le miró fijamente y le dolió el pecho. Como siempre que se centraba en sus ojos. Nunca había comentado nada sobre ello, pues no quería malos entendidos sobre el tema. Pero, solía evitar la mirada del rubio vampiro siempre que podía. No conseguía entender el porqué y eso era algo que, a su ego profesional, le sentaba como una patada en los mismísimos.

Cuando sus pensamientos volvieron a centrarse en la evaluación médica en la cual estaba ocupado, se fijó en la expresión melancólica de Tom.

—¿Tom?

—¿Doctor? — Tom no cambió de posición.

—¿Necesitas algo?

—Una vasectomía con efecto retroactivo — ja, ja...

—¿Cómo? — Miguel empezó a mover la cabeza de un lado a otro, buscando una explicación — ¿Hay algo que deba saber?

—Tom acaba de descubrir que es padre de una mestiza desde hace más de un siglo — Carmen contestó por todos — esta es la imagen que hemos captado de ella con las cámaras de seguridad.

Carmen le tendió su móvil con las imágenes de la mujer rubia sentada en el tocador de Sebastián, mientras le narraba toda la historia.

Miguel no se podía creer que la vida fuera tan hija de puta.

Como podía ser posible que con los millones de seres que habitaban el planeta Tierra, él se fuera a enamorar de la desconocida hija de Tom.

Ahora sí.

Cuando Miguel volvió a encontrarse con la mirada de su amigo, vio los ojos de ella en su masculino rostro. ¿Cómo había podido estar tan ciego durante todos esos años?

La mirada de Tom era, exactamente igual, que la de su amada Skule.

La mente del doctor comenzó a razonar la situación.

El científico que vivía dentro del vampiro, tomó el control de su mente y apuntó a la física cuántica como la culpable de la situación.

Esta contemplaba, que lo que asumimos como "real" es la concepción positiva de la elección que hacemos entre las distintas posibilidades existentes, es la física de las posibilidades, qué elige que la única respuesta real, es la respuesta de nuestra consciencia, porque es el fundamento de todo ser.

Miguel seguía perdido en sus pensamientos cuando el coche se detuvo, con un seco frenazo, en la puerta del hotel Hilton.

Stefan tendió un billete de cien dólares al aparcacoches del establecimiento y le pidió que lo estacionara en el aparcamiento subterráneo, en la plaza más cercana al ascensor.

Pasaron por el hall del hotel, sin necesidad de preguntar el número de la habitación, pues tanto Carlos como Tom sabían perfectamente el lugar exacto donde se encontraban sus compañeras.

Carlos fue el primero en entrar en la habitación y corrió hacia donde estaba Jimena, quintando de en medio a base de manotazos a cualquier persona, animal o cosa que se interponía en su camino.

Tom se quedó paralizado bajo el marco de la puerta y Miguel tuvo que empujarle para poder entrar.

La escena que había en la habitación del hotel, no se le borraría de la mente en mucho tiempo. Las dos mujeres yacían en la cama, conectadas a la vida, como si fuera un solo ser.

Miguel, aunque era un científico, había visto demasiadas cosas en su larguísima existencia, como para no dudar de los poderes de las brujas y todo indicaba, que Marta estaba sumida en un hechizo para mantener a Skule con vida.

En ese mismo momento, sintió un gran respeto por la compañera de su amigo, es más, a partir de ahora, tendría cualquier cosa que necesitara y que estuviera en su mano facilitarla.

Si hubiera entrado en esa habitación, para ver a su amada muerta en esa cama, estaba seguro que habría perdido el control, sin que nadie de los allí presentes, hubiera podido hacer nada para evitarlo.

Marta no había salvado sólo una vida, había salvado dos.

Cogiendo su maletín, se acercó a las dos mujeres en modo doctor, ya tendría tiempo de asumir las demás implicaciones. Buscó en el brazo de Skule la vena y le conectó una vía, hizo lo mismo en su propio brazo y comenzó a transferir la sangre de su vena directamente a la de la mujer. No quería convertirla en un vampiro completo si no era estrictamente necesario, aunque, si llegaba el caso de que a ella se le escapara la vida en sus manos, no dudaría en hacerlo.

Miguel tomaba las constantes vitales de las dos mujeres, mientras realizaba la transfusión. Cuando consideró que Skule estaba preparada para afrontar el viaje de regreso a casa, separó con suavidad la mano de Marta del pecho de Skule.

La pelirroja abrió pesadamente los ojos mientras suspiraba aliviada.

—¿Está viva? — Marta habló con voz rasposa.

—Si, gracias a ti — Miguel le habló con tono agradecido.

—Lo siento Tom. Disparé antes de saber quién era.

Tom no contestó.

Sólo miraba a la rubia con gesto atormentado. Marta le miraba sin saber que más decir.

—¿Puedes andar sola? — Jimena se cruzó por delante de Tom y fue directamente a su amiga, cortando ese dramático momento.

—Si... creo que puedo.

Miguel cogió en brazos a Skule y salió junto con Tom hacia el aparcamiento que, sin decir nada, había hecho lo mismo con Marta. Aunque la mestiza parecía estable gracias a la sangre de Miguel, no había recobrado la consciencia y eso le preocupaba. Debían llegar a su quirófano lo antes posible, seguramente tendría una hemorragia interna que habría que operar cuanto antes.

Cuando llegaron a la clínica, Miguel se aseguró de que el mejor personal estuviera con él en el quirófano. El doctor se concentró en su trabajo, intentando no pensar quien era la persona que tenía tumbada en su mesa y a la cual, iba a abrir con su bisturí.

Habían pasado casi seis horas, cuando Miguel terminó de cerrar el pecho de su paciente.

Normalmente este trabajo se lo dejaba a Adrián, su médico residente, o a alguna de sus enfermeras, pero en este caso...

Todo tenía que quedar lo mejor posible.

De todas formas, hacia casi media hora que había mandado al residente a que atendiera al otro paciente que se encontraba en la habitación de seguridad de la clínica. Si esa operación no quedaba perfecta, no creía que le importara a nadie. No era que el joven mestizo no fuera buen profesional, era una joven promesa de la medicina y ese era el motivo por el que lo había aceptado como alumno, pero había que reconocer que aun estaba un poco verde para reconstruir, sin supervisión, una mandíbula rota.

Miguel miró a Skule y le acarició la mejilla.

—Vas a salir de esta.

Tiró los guantes al contenedor y después de lavarse las manos, salió a la sala de espera a hablar con Tom.

Empujó las puertas abatibles y vio a sus dos amigos sentados en el suelo, uno junto al otro.

Según le vieron, los dos dieron un salto y se pusieron de pie.

—¿Cómo ha ido todo? — Carlos tomó la palabra.

—Está estable, pero tendremos que esperar las siguientes veinticuatro horas para ver como evoluciona.

—¿El otro paciente? — a Carlos se le pusieron los ojos rojos, sólo con pensar en el desgraciado de Ricardo.

—Esta siendo operado en este momento por Adrián. Ahora me iba a pasar para ver cómo iba la cosa.

—Espero no estropear su trabajo cuando le ponga las manos encima —

Carlos estaba utilizando todo su autocontrol para no entrar en el quirófano y terminar el trabajo de Lola.

—Miguel — Tom por fin abrió la boca —podríamos hablar en privado.

—Yo ya me iba, necesito estar cerca de Jimena, estas últimas horas han sido... — Carlos se dio media vuelta, dirigiéndose a grandes zancadas hacia la puerta de la clínica.

—Vamos a mi despacho.

Los dos amigos fueron silenciosamente hasta el despacho del doctor.

Este estaba situado al final del pasillo justo al lado de su apartamento. El despacho estaba totalmente forrado con paneles de madera e, infinitos diplomas y títulos, colgaban de ellas con diferentes sellos y firmas de reyes y gobernantes de distintos países y épocas. La mesa de madera maciza al igual que la silla que la acompañaba, eran unas antiguas piezas coloniales de incalculable valor, que Miguel había conservado a lo largo de los años de su época en las colonias españolas. Al otro lado de la sala, había un sofá en el que se tumbaba de vez en cuando para descansar los ojos, aunque rara vez conseguía dormir.

Miguel invitó a Tom a que se sentara en el sofá y él hizo lo mismo.

Tom le miró fijamente a los ojos evaluándole.

—¿Por eso era que evitabas mi mirada?

—Tom no se anduvo por las ramas.

—Si. Aunque nunca supe porque...hasta ahora — Miguel movía la cabeza en un gesto que era como si se regañara a sí mismo.

—¿Es tu pareja de vida? — Tom seguía haciendo todas las preguntas que tenía en la cabeza, aunque en el fondo sabía las respuestas.

—Si — Miguel iba a ser totalmente sincero con sus amigos, ya no tenía sentido ocultar lo que sabía para proteger a Skule. Ella estaba en su clínica y nadie que quisiera seguir viviendo la haría daño.

—Te escuché llamarla por un nombre de pila.

—Skule. Ese es el nombre por el que la conozco.

—Skule... la que se oculta. Tiene sentido.

—Por favor cuéntame todo lo que sepas de ella.

—La conocí, hace alrededor de cuarenta años, en Berlín...

Cuando Miguel comenzó a hablar no paró, hasta que estuvo todo dicho. Tom escuchó atentamente, todo lo que su amigo le narraba sobre los días que estuvo con ella en la capital alemana.

—Tom, la amo más que a mi propia vida. Jamás dejaré que le pase nada, me da igual que fuera un miembro de La Sociedad Erradicadora. Ella es una buena persona cuando la conoces íntimamente. Desconozco los motivos por los que se ha visto envuelta en esta locura pero, estoy seguro, que son ajenos a ella. Siempre he intuido que me dejó para protegerme. Cuando despierte tendremos muchas cosas de las que hablar.

—Lo sé Miguel. Aunque todavía no sé como sentirme con el papel de padre, lo que si se es, que dejaría cualquier cosa en tus manos, incluso a una hija.

—No sabes lo importante que es para mí oír eso — Miguel le tendió la mano a su amigo.

—No podría ser de otra manera — Tom después de estrechar la mano de su amigo, se levantó para irse.

—Tom, dile a tu compañera, que le agradezco con toda mi alma lo que hizo con Skule. Si no hubiera sido por ella no estaríamos ahora en este despacho.

Tom se fue sin contestar.

\*\*\*

Decidió ir a dormir un poco a su taller.

Después de unas cuantas horas de sueño, decidiría como enfrentarse a su relación con Marta.

Tom llevaba dando vueltas en la cama todo el día. Solo había conseguido

dormir dos horas seguidas. Decidió llamar por teléfono a la clínica para informarse.

Todo seguía igual.

La paciente, aunque estable, seguía inconsciente y no había nada que se pudiera hacer hasta que su cerebro decidiera despertar.

Tom miró el reloj de la mesilla, este marcaba las 19:00.

Se levantó de la cama y se fue directo a la ducha. Cuando entró en la cabina y se puso bajo la cascada de agua, todo lo vivido con Marta en ese reducido espacio, le vino a la mente como si fuera una película, e inmediatamente, se puso duro sin poder remediarlo.

Cambio la temperatura del agua a totalmente fría y esperó a ver si, ese hijo de puta que iba por libre, volvía a su estado flácido.

Después de un rato congelándose debajo del chorro de agua gélida, Tom se dio por vencido. Estaba claro que su pene no iba a colaborar.

Salió de la ducha, totalmente desnudo y chorreando en dirección a su armario cuando alguien llamó a la puerta. Tom

cubrió su desnudez con una toalla y se dirigió a abrirla.

Jimena estaba en el pasillo, con los brazos cruzados y una mirada de mala leche que Tom conocía perfectamente.

—Si buscas a Marta no está aquí — Tom dejó la puerta abierta y se metió entre los biombos para vestirse.

Sólo faltaba que Carlos le pillara medio desnudo delante de su mujer.

Seguramente no volvería a tener más problemas con la colaboración de su pene.

—Se perfectamente donde esta Marta —

Jimena se sentó en el destartado sofá de Tom.

—Entonces he de suponer que vienes a hablar conmigo.

—Si.

—Soy todo oídos — Tom salió de entre los biombos con unos vaqueros y una camiseta. Suspiró agotado, mientras se sentaba al lado de Jimena.

—Ella casi muere por salvar la vida de tu desconocida hija — Jimena recalcó la palabra “desconocida”

—Lo sé. Pero sólo porque la había disparado antes.

—Si no la hubiera disparado, ahora estaríamos lamentando la muerte de

otras personas ¿Por qué estás tan ciego?

Ella venía como miembro de La Sociedad Erradicadora a matarnos. No sabemos nada de ella.

—Es mi hija — Tom hablaba cada vez más bajito, con la mirada clavada en el suelo.

—¡¡ES UNA DESCONOCIDA!! Estas culpando a Marta por anteponer su vida y la de su mejor amiga, a la de una mujer a la que no conocemos de nada, además, se supone que es una asesina.

Tom enterró su cara entre las manos y en ese momento, ya no pudo controlar más sus emociones.

Allí, delante de la mujer de su mejor amigo, las lágrimas que llevaban acumulándose desde hacía más de un siglo, se desbordaron de sus ojos como si la maltrecha presa que las sujetaba hubiera dicho basta.

Los últimos acontecimientos, junto con las sinceras palabras de Jimena, habían sido la gota que colmara el vaso. No pudo articular palabra en más de media hora.

Jimena acariciaba su espalda en un intento de consolarle, mientras él soltaba toda su mierda en forma de lágrimas.

—Pensarás que soy patético — Tom se enjuagaba las lágrimas a manotazos.

—No. Nunca pienses que eres patético por expresar tus sentimientos. Eres una víctima de una psicópata, que ha dedicado su vida a perseguir una venganza, sin importarle a quien se llevaba por delante. Yo pienso que eres más fuerte de lo que piensas. Otros, en tu situación, se habrían vuelto locos.

—En estos momentos no me considero fuerte precisamente. Me siento como si me hubieran atado una cuerda a cada lado del corazón y estuvieran tirando con todas sus fuerzas hacia ambos lados, estrangulándolo. Jimena, siento que me rompo.

—El amor es infinito, no es necesario elegir entre todas las personas que amas para darte por entero. Puedes amar a tu pareja, sin necesidad de dejar de querer, con todas tus fuerzas, a tu familia o a tus amigos. Creo que los dos amores son compatibles. Tom, no tienes que elegir entre una u otra.

—¿Pero, que va a pensar mi hija, cuando sepa que la mujer que casi la mata, es mi pareja?

—No sabemos casi nada sobre esa mujer Tom. Debemos afrontar las situaciones según se vayan dando. Paso a paso.

—No se...

—Tom eres perfectamente capaz de superar esto. Vales mucho y tienes muchas cosas buenas en tu vida.

—Creo que me miras con demasiados buenos ojos.

Tom se estaba dando cuenta, que el apoyo de sus amigos iba a ser básico para superar sus problemas. Hasta ahora, había afrontado sus traumas mediante el silencio, como si nunca hubiera pasado, pero acababa de descubrir que tener gente con la que hablar y desahogarse, estaba resultando ser de lo más terapéutico.

Con esas lágrimas acababa de soltar uno de los nudos de las cuerdas que tiraban de su corazón.

No es que estuviera todo solucionado, ni mucho menos, pero ahora sentía que había una salida por la que entraba una corriente de aire fresco, que le llenaba los pulmones. La sensación de ahogo que se había instalado en su pecho estaba suavizándose, poco a poco.

—Gracias — Tom se levantó del sillón dando un fuerte beso en la mejilla de su amiga y salió por la puerta, dejando a Jimena con la boca abierta.

## Capítulo 15

**E**L sentimiento de culpabilidad la estaba ahogando.

Tom se negaba hablar con ella y esto hacía que se sintiera todavía más culpable. Aunque Jimena la estaba intentando convencer de que no había sido culpa suya y que, de no haber disparado a la mestiza, seguramente en este momento estarían todas muertas. No podía con la carga de haber sido ella, la que hubiera apretado el gatillo.

Estaba tan cansada que en cuanto llegó al apartamento, se quitó la ropa, después de darse una rápida ducha y se acostó sin ni siquiera esperar a que se le secase el pelo.

Cayó en un intranquilo sueño, en el que la rubia bruja fugitiva se le aparecía una y otra vez, señalándola con el dedo mientras se reía histéricamente. La mujer repetía y repetía la misma frase “que tu cuerpo jamás engendre, que tu cuerpo jamás engendre, que tu cuerpo jamás engendre...”

—¡¡NOOOOOOOOOOOOOO!! — Marta se despertó por un terrorífico grito.

Cuando consiguió despertarse y centrar la mente, se dio cuenta que aquel desgarrador sonido, había salido de su propia garganta.

Riiiiiiiiiiiiiiiiing

Se sujetó la frente, cuando aquel repetitivo sonido volvió a atormentarla.

Tenía un dolor de cabeza de campeonato y aquel desagradable soniquete, no hacía nada para ayudarla.

Riiiiiiiiiiiiiiiiing

El timbre de la puerta sonaba insistentemente, debía de llevar así un buen rato, pues le había parecido oírlo entre sueños.

Se fue hacia la puerta, extrañada de que no hubieran llamado antes al telefonillo de la calle y puso el ojo en la mirilla.

Tom estaba apoyado en la pared del pasillo, con las manos en los bolsillos del pantalón.

Marta abrió la puerta y se plantó debajo del marco con los brazos cruzados, en un intento de sujetarse el órgano, que sabía la iban a romper en unos segundos, en cuanto Tom la dijera que no quería saber nunca nada más de ella.

—No te preocupes, me iré a Madrid en cuanto le de mi renuncia a Carlos.

—No quiero...

Marta cerró la puerta de un portazo y se fue corriendo hacia su cama, tirándose en plancha sobre las sabanas revueltas y tapándose la cabeza con la almohada.

Podría sentirse como una mierda. Pero eso no quería decir que la hubieran hecho un trasplante de personalidad. No se derrumbaría delante de Tom ni de coña. Una cosa era que se retirara elegantemente de la vida del vampiro y otra muy diferente, que se arrastrara delante de él como una estúpida.

Genio y figura...

Lloró, lloró y lloró, hasta que ya no tuvo más lágrimas que derramar.

Se quedó dormida por el agotamiento físico y mental, de todos los acontecimientos que había vivido en las últimas horas. El miedo por su amiga, el remordimiento por haber disparado a la recién descubierta hija de Tom, el agotamiento por haber dado parte de su esencia vital a esa misma mujer y el dolor. El insoportable dolor por el rechazo hacia ella, del hombre, macho o lo que fuera, del que estaba total y completamente enamorada.

Todo ese coctel, hizo que su cerebro dijera basta, cayendo en un profundo sueño.

Cuando despertó eran las ocho de la mañana. Aunque se seguía sintiendo como una mierda, en ese momento era un poco menos vulnerable.

Era sorprendente, como el sueño hacía que el cerebro se despojara de su carga emocional para permitir adoptar una decisión más adecuada. La expresión "*consultarlo con la almohada*" era bastante cierta.

Bendita sabiduría popular.

Se tomó un café rápido y se dirigió al baño para lavarse los dientes.

—¡Dios que pelos! — Marta se miraba en el espejo horrorizada.

La noche había sido de lo más agitada y el haberse acostado con el pelo mojado no había ayudado en absoluto.

Se cogió una coleta, que más que eso parecía una fregona vieja y se maquilló rápidamente. Salió disparada hacia su habitación y se enfundó en unos vaqueros, un suéter sencillo y unas botas de cuña. Cogió su cazadora de piel negra del perchero y su bolso y se dispuso a ir a trabajar en metro.

Su turno empezaba a las nueve de la mañana, aunque pensaba decirle a su jefe su intención de volver a Madrid, eso no quería decir que le fuera dejar tirado de un día para otro. Esperaría a que encontraran una sustituta para el puesto y después se iría. Esperaba no tener ningún problema para que le dieran su antiguo trabajo.

No, estaba segura que Carlos no le pondría ningún problema.

Marta salió al pasillo y se sorprendió de que este estuviera totalmente oscuro.

Se fue hacia la ventana de la escalera refunfuñando en voz alta ¿Por qué alguien habría bajado la persiana de su descansillo?

—Espero que no me odies tanto, como para querer convertirme en cenizas — la voz de Tom resonó en el silencioso pasillo.

—¡Aaaaaaaaaaaaaa! — Marta casi se le sale el corazón por la boca — ¿qué haces aquí?

—Terminar la frase que vine a decir anoche — Tom se levantó del suelo y se frotó su dolorido trasero.

—No hace falta Tom. Ya he comprendido que no quieres tener nada que ver conmigo.

—Y que te ha hecho pensar eso.

—¿Qué no me hayas dirigido la palabra desde hace más de veinticuatro horas?

¿Qué no me miraras a la cara aunque haya intentado explicarme y pedirte perdón, de mil maneras diferentes?

—No es necesario que me pidas perdón.

—Eso lo he comprendido ya. Aunque siento muchísimo haber disparado

a tu hija. No siento nada, haber salvado la vida de personas que me importan, además de la mía propia. No voy a disculparme por haber hecho lo correcto — Marta estaba sacando todo el carácter que la definía como persona.

—No he venido buscando tus disculpas — Tom se acercó sigilosamente a ella, haciéndola retroceder en dirección al interior del apartamento.

—¿Y qué es lo que...? — Marta empezaba a reconocer las expresiones del vampiro y la que lucía en ese momento en su cara, no era precisamente de enfado.

—He venido a ofrecerte las mías. Ya sabes que me cuesta reaccionar a veces.

Soy...

—Un imbécil crónico.

—Si, un imbécil crónico, que esta locamente enamorado de una preciosa pelirroja. La cual me ha tenido duro toda la noche, recordando la imagen de verla con los pelos de loca, antes de darme con la puerta en las narices.

—¿Quién tiene pelos de loca? — Marta se pasó la mano por la coleta.

—Me encantan tus pelos de loca, tu cara de mal genio, tus ojos verdes como los de una gata, tus rosados labios, tu cuerpo entero...

Tom se abalanzó sobre ella, invadiendo su boca, mientras la levantaba del suelo posando sus manos en su trasero, invitándola a que rodeara su cintura con las piernas. No quedó ningún lugar de su boca, que el hambriento vampiro no explorara con su lengua. A ella se le escapó un sonido parecido a un ronroneo.

La coleta de Marta desapareció en el corto camino que les separaba de la cama. Sintiendo como Tom la revolvía el pelo.

—Mi loca. Mía, mía, mía... — Tom hablaba en el oído de Marta, mientras le recorría el lóbulo de la oreja con uno de sus colmillos.

—Dios...eso... me vuelve loca — Marta tenía en las orejas uno de sus puntos más erógenos.

El vampiro, siguió su exploración con los caninos, por el resto del cuerpo de la pelirroja. Marcó un camino por su garganta, dejando un pequeño araño de color rosado a su paso, sin que llegara a ser doloroso.

Marta se retorció de placer debajo de él.

Cuando llegó al final de su cuello, justo donde se juntan las dos

clavículas, hizo el recorrido contrario en dirección a la otra oreja. Ella no sabía dónde meterse, la estaba llevando a la locura por momentos. Tom se lo estaba tomando con calma y la estaba poniendo como una moto.

Quería, mejor dicho, necesitaba, que fuera al grano ¡YA!

Tom continuó su camino bajando por el esternón. Marta tuvo que agarrarse a la almohada, para no empujar la cabeza de él hacia abajo, como si le estuviera haciendo una aguadilla. El muy capullo soltó una risita, como si supiera lo que le pasaba por la cabeza a Marta.

—No me leas la mente — Marta habló entre jadeos.

—No he podido evitarlo, lo estas gritando. Pero esta vez nos lo vamos a tomar con calma, así que, relájate y disfruta.

—Capullo...

El muy desgraciado siguió a lo suyo, recreándose en cada lugar donde sabía que Marta tenía sus puntos más sensibles. Como siguiera en ese plan, ella iba a estallar sin necesidad de que llegara más abajo.

Marta miró hacia el sur, cuando escuchó un sonido de tela rasgada ¡hala, otra camiseta a la basura! Menos mal que el sujetador tenía cierre frontal, sino hubiera seguido el mismo camino. Había perdido la cuenta ya, de la cantidad de ropa que le había roto Tom, aunque en el momento que fue alternando los colmillos con la lengua sobre sus pezones, se le olvidó por completo esa línea de pensamiento.

Estuvo en un tris de llegar al orgasmo.

Pero, su macho, se había propuesto torturarla y dejó de lamer sus pechos para que esto no ocurriera... todavía.

Marta observó a su amante como reculaba por la cama hasta llegar a sus pies. Le quitó las botas y los calcetines de un tirón y visto y no visto, estaban los dos en pelotas después de un revuelo de telas y veloces dedos.

Se quedó extasiada mirando el espectacular físico de su macho. Tenía que ser pecado estar tan bueno.

Tom seguía sonriendo, estaba convencida de que el muy cotilla, estaba paseando por su mente sin ningún tipo de pudor. Marta estaba tumbada boca arriba, con el cuerpo de su amante a gatas, entre sus piernas. Los brazos de él estaban apoyados sobre sus puños, uno a cada lado de sus caderas.

—Dime en voz alta que es lo que deseas — Tom la miraba con los ojos

rojos y los parpados entrecerrados.

—Yo... necesito... te necesito dentro de mi — Marta estaba con las mejillas tan rojas como los ojos de él.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Sintió como la levantaban las rodillas, mientras ella enredaba sus piernas alrededor de la cintura de Tom. Este se introdujo dentro de ella sin preámbulos, de una sola estocada. Los dos comenzaron a moverse al ritmo del sexo.

Sin ningún esfuerzo, Tom la levantó y ella quedó, apoyada con la espalda contra el cabecero de la cama y sentada sobre las piernas de su amante, que se mantenía de rodillas y le besaba los senos, mientras la sujetaba las manos contra la pared, en forma de cruz.

Marta llegó al clímax, con un grito que se tuvo que oír en varios kilómetros a la redonda, seguido de la liberación de su amante que, gimiendo con la cabeza hacia atrás y con los colmillos extendidos, era la viva imagen del erotismo.

\*\*\*

Tom miraba a Marta con la pregunta en la punta de la lengua o, mejor dicho, en la punta de los colmillos.

Él sabía que lo quería con todo su corazón. Pero no tenía tan claro que ella pensara igual, después de cómo la había tratado en las últimas horas.

Tenía totalmente claro, que ella era su pareja de vida desde el primer momento que la vio, allá en Madrid. Cada vez que se acordaba de ella apoyada en la encimera de la cocina del piso de Carlos en la capital española, mirándole por encima del vaso, se ponía como una moto.

—Te amo. Aunque de vez en cuando me comporte como...

—Un gilipollas — Marta no se pudo aguantar — aunque si me pides perdón siempre así, te puedes comportar como un gilipollas siempre que quieras.

—Por favor no me interrumpas o no seré capaz de seguir — Tom no pudo evitar una sonrisa con las palabras de ella.

—Solo una cosa más — Marta le volvió a interrumpir — yo también te amo.

Tom comenzó a besarla de nuevo sin poder evitarlo. Su miembro, aún dentro de ella, comenzó a ponerse duro de nuevo. Marta comenzó a hacer movimientos en círculo, que no ayudaban para nada, en centrarse en lo que había comenzado a intentar decir.

—Yo quería... jodeeeer — A Tom se le iba el hilo — si sigues así no me van a salir las palabras.

—¿Cómo? — Marta se lo estaba pasando pipa haciéndole “sufrir” — ¿Así? — Marta volvió a mover las caderas.

—Eres mala — Tom levantó a Marta y salió de ella, no sin una gran fuerza de voluntad — Esto es muy importante y no quiero esperar más — Se arrodilló en el suelo, cogió la mano de Marta y se lanzó — ¿Quieres ser mi compañera de vida?

Tom miro a su amante, que se había quedado mirándole con una expresión indescifrable, esperando a que ella reaccionara y...

Esperó, esperó, esperó...

—¿Marta? ¿Estás bien? — Por favor que diga si — ¿Marta?

La pelirroja se había quedado como una estatua de sal. No reaccionaba y Tom comenzada a preocuparse. Se volvió a subir a la cama y la zarandó suavemente por los hombros. Marta centró la vista de nuevo en él y abrió la boca sin que ningún sonido saliera por ella.

—¿Es demasiado pronto para ti? — Tom, aunque le doliera, respetaría su decisión.

—Si — Por fin salió un sonido por la boca de Marta.

—Bueno no importa, de momento me conformo con estar así contigo — A Tom, aunque en el fondo lo entendía, le dolió el rechazo.

—No, que sí — joder que lio.

—¿Cómo? — Tom, en ese momento, no se enteraba de nada y no quería invadir la mente de Marta.

—¡Síiiiiiiiiiiiiiiii! quiero ser tu compañera de vida — Marta terminó con el diálogo para besugos en el que habían entrado.

A Tom se le cubrió media cara con una sonrisa, que podía competir perfectamente con la del gato de Alicia en el País de las Maravillas. Se levantó de un saltó y en cuestión de decimas de segundo, regresó con un cuchillo de la cocina.

—Quiero que lo pienses bien Marta ¿Sabes lo que significa el pacto de sangre con un vampiro? — Tom miró fijamente a los ojos de Marta.

Tom quería que ella tuviera muy claro, todo lo que conllevaba el ritual para convertirse en compañeros de vida. Este les uniría para siempre de una forma completa. Ella sería de él y él de ella en todos los sentidos. El vampiro, le daría mediante su sangre la longevidad, pero si él moría, ella también. Marta era muy temperamental y Tom no quería que se dejara llevar por el calor del momento, sin que lo tuviera completamente claro.

—Si, algo me han comentado — Marta le miró muy seria — Tom, no soy una cría, se perfectamente lo que el pacto conlleva y estoy dispuesta a asumirlo.

Te amo y no podría ser de otra manera.

—Pero si yo muero...

—Yo moriré gustosa contigo.

Tom levantó lentamente el cuchillo y con un certero golpe, se cortó en el pecho abriéndose la arteria que salía de su corazón. Marta abrió mucho los ojos mientras veía brotar la sangre por la herida. Como ella no reaccionaba, Tom cogió la barbilla de Marta y la acercó hacia él.

La pelirroja sacó la punta de la lengua y lamió con cautela el líquido rojo que salía del pecho de Tom. El sabor la llevó al éxtasis. Sus ojos se cerraron y comenzó a tragar alternando la succión de su boca, con largos lametazos para recoger los regueros que se escurrían por las abdominales del vampiro.

Tom, comenzó a pronunciar las palabras, que les unirían por siempre.

—Te ofrezco todo lo que soy, tómalo todo de mí. Desde este momento soy tuyo por toda la eternidad.

Tom sentía como Marta se cargaba de energía, con toda la fuerza que él la estaba traspasando a través de su sangre.

—Ella estaba sentada a horcajadas sobre él y bebía de su vena vorazmente, sujetándole el hombro en un intento de inmovilizarle, mientras con la otra mano, le masturbaba agresivamente.

Tom se corrió en cuestión de segundos.

Tenerla en su vena mientras le masturbaba, había sido devastador para sus sentidos. Esperaba repetirlo muchas veces a partir de ahora.

Tom retiró a Marta de su vena y esta emitió un quejido. La tumbó sobre

la cama boca arriba y abriéndola ampliamente las piernas, fue directo a la arteria de su ingle. Sintió como Marta daba un respingo cuando él clavaba sus colmillos pero, inmediatamente, comenzó a jadear mientras pronunciaba las palabras del pacto.

—Te ofrezco todo lo que soy, tómallo todo de mí. Desde este momento soy tuya por toda la eternidad.

Tom tragó, tragó y tragó. Dejándose llevar por el apetito que le producía el ansía acumulada por tantos años esperando su momento, mientras acariciaba el sexo de su compañera, que se retorció entre las sabanas de su cama, muerta de placer.

## Capítulo 16

POM—POM, pom—pom, pom—pom...

Los altavoces de la moderna maquina de ultrasonido se oían por toda la clínica.

El corazón del bebe de Carlos y Jimena, tronaba por ellos como si fuera un tambor, mientras en el monitor, se veía la preciosa carita de un feto de veintidós semanas.

El niño se veía perfecto.

El moderno ecógrafo había sido donado por Carlos a la clínica de Miguel que, aunque tenía suficiente maquinaria para llevar el embarazo de Jimena perfectamente controlado, nunca sería suficiente para la compañera de un vampiro vinculado, además todo había que decirlo, estaba cagado de miedo.

Al otro lado del océano, unos abuelos con la baba colgando, estaban conectados y podían ver las imágenes a través de la red. Manuela había comenzado a llorar hacia media hora y formulaba palabras ininteligibles entre sollozos. Juan, con un orgulloso tono de abuelo, no hacía más que decir *“nuestro chico va a ser fuerte”*

Miguel, cuando comprobó que todo estaba perfecto, les dejó las imágenes en 4D en el monitor y salió en silencio por la puerta para darles intimidad.

Se dirigió hacia la sala de descanso y como cada vez que pasaba por delante de ella, se paró en la puerta al fondo del pasillo.

Esta pertenecía a la habitación, donde la paciente que había operado hacia más de un mes, seguía en coma. Abrió despacio y leyó las constantes vitales.

Todo igual. Solo, seguía quedando, que su cerebro decidiera despertarse.

Se sentó en la butaca, que ya tenía la forma de su trasero marcada y cogiendo la pálida mano de su amada, se la llevó a la frente en un intento de que el contacto la hiciera reaccionar.

—Por favor amor mío, tienes que despertar — Miguel no pudo sujetar una lagrima que corrió por su mejilla para posarse entre los dedos de Skule.

En ese momento su busca comenzó a sonar. Miguel leyó el texto “*quemaduras graves box número uno*”.

El doctor se levantó limpiándose la cara con un pañuelo y salió rápidamente en dirección a urgencias. No estaba mal un poco de acción para que el tiempo pasara más deprisa. No es que deseara el mal a nadie, pero los accidentes pasaban y él, en ese momento, necesitaba distraerse de lo que le estaba volviendo loco.

El cerebro era una maquina desconocida. Todavía, después de tantos años de estudio, no se había descubierto por entero la complejidad estructural y funcional del cerebro. Eso quería decir que no se podía pronosticar, cuándo se despertaría la paciente.

Si se despertaba.

Últimamente estaban bastante tranquilos, sólo tenían ingresada en la clínica a Skule. El otro paciente que ingresó a la vez que ella, hacia ya veinte días, había sido trasladado a otro hospital.

El que atendía a los internos de Rikers Island, la cárcel situada en la isla del mismo nombre.

Carlos y Jimena le habían denunciado por secuestro e intento de homicidio y Ricardo había confesado todo ante el juez. El vinculado vampiro, había sido bastante benevolente con él, no cualquiera de su especie le hubiera perdonado la vida después de lo que les había hecho pasar.

Miguel llegó al box número uno. En la camilla había un joven mestizo, debía de acabar de pasar su transición hacia poco tiempo.

El inexperto chaval, se había arriesgado a probar si el Sol iba a seguir siendo inocuo para él.

Estaba claro que no.

La madre humana, estaba con él en el box. Ella era la que lo había trasladado hasta la clínica metido en el maletero y con una manta plomada cubriéndole completamente. El padre vampiro no tardaría en aparecer, sólo

quedaba alrededor de una hora para que anoheciera y pudiera desplazarse sin problemas.

Miguel terminaba de tratar al paciente, cuando escuchó los monitores del mostrador de enfermería pitando cómo locos.

—¡Skule!

El doctor salió corriendo por el pasillo, mientras una enfermera terminaba de vendar al paciente. Miguel empujaba sin miramiento a todo lo que se interponía en su camino.

Cuando llegó a la habitación, abrió la puerta con la fuerza suficiente como para derribar el muro que la separaba del pasillo.

Se acercó lentamente a la cama, después de despedir a Mary, no quería que con tanto revuelo Skule se asustara.

Unos ojos azules como el océano, lo observaban desde la cama de la habitación, como si acabara de ver a un fantasma.

\*\*\*

Skule llevaba perdida en ese oscuro laberinto demasiado tiempo.

Había intentado trepar los muros, pero eran demasiado altos y lisos como para poder encaramarse a ellos.

De vez en cuando escuchaba esa hermosa voz. La voz de su amor la relajaba y la mantenía alejada de la locura. Sus palabras le intentaban indicar el camino hacia la consciencia, pero ella no conseguía encontrarlo. Era tan frustrante que, en algunos momentos, le daban ganas de dejarse llevar y terminar el camino hacia la muerte.

Cuando la voz se iba, Skule seguía corriendo con todas sus fuerzas e intentaba encontrar el camino correcto antes de que la fuerza que tiraba de ella se desvaneciera, pero la energía que le indicaba el camino, también se iba con la voz y siempre terminaba en el mismo sitio por donde había comenzado su loca carrera.

Skule estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, esperando a que volviera la bella y tranquilizadora cadencia de aquella voz o, en su defecto, la mismísima muerte.

Estaba tardando más que de costumbre, pero confiaba en ella, sabía que vendría.

Esta vez, cuando la voz comenzó a susurrarla palabras de amor al oído, sintió un fuerte tirón. Su mano iba hacia delante, como si alguien se la hubiera tomado y la guiara hacia la salida.

Sentía la mano húmeda, Skule se la llevo a la boca y saboreó el salado líquido, sintiendo en su paladar el adictivo sabor, que la había vuelto loca hacia ya muchos años en Berlín.

Los muros del laberinto comenzaron a abrirse como si fueran las aguas del Mar Rojo. Una fuerte luz la cegó completamente, haciéndola parpadear y volver a cerrar los ojos.

¿Dónde demonios estaba? Dolor, ahora sentía dolor. Todos sus músculos estaban agarrotados y no conseguía moverse.

Pi—pi—pi—pi—pi—pi—pi...

Un sonido repetitivo comenzó a machacarle los oídos.

Cuando consiguió centrar la vista, miró a su alrededor. Estaba en una habitación de hospital, conectada a todo tipo de aparatos médicos. De repente, todos los recuerdos comenzaron a pasar por su mente, como si fueran una película de cine mudo.

El viaje a Nueva York.

El desagradable humano miembro de La Sociedad.

La peluquería, regentada por vampiros, donde ella había ido a peinarse.

El camino recorrido, junto con su madre, hacia la habitación de hotel donde el humano tenía secuestrada a la compañera del jefe de los vampiros.

Un disparo.

Mierda, la habían disparado en el pecho. ¿Cómo podía haber sido tan incompetente? Su madre iba a poner el grito en el cielo.

Su madre... ¿dónde demonios estaba?

Intento gritar su nombre, pero no le salía la voz.

¡PLAM!

La puerta se abrió de un fuerte portazo y la silueta de un cuerpo enorme se quedó parada en el umbral respirando agitadamente. Otro cuerpo más pequeño que venían corriendo tras el grande, se chocó contra él, cuando este se paró bruscamente.

—Déjame solo con la paciente Mary.

Yo me encargo — el cuerpo grande habló en tono profesional.

Era la voz.

Ese cuerpo grande era su voz. La que le había mantenido cuerda durante el interminable tiempo que había estado flotando en el limbo.

Skule intento hablar, pero no encontraba su propia voz. Con mucho esfuerzo levantó una mano y se la llevó a la boca.

—No, quieta — la voz se acercó a la cama y la sujeto la mano — estas intubada.

Esos ojos color chocolate...

Miguel.

Su voz era Miguel. Su compañero de vida. Aquel que la había tenido locamente enamorada durante más de cuarenta años.

Skule pensó que estaba delirando y creaba su propia fantasía. Aunque si lo pensabas detenidamente ¿Por qué tenía que dolerle todo el cuerpo?

Pues vaya mierda de fantasía.

Su doctor procedió a quitarle el tubo que tenía en la garganta, mientras a ella le rodaban lágrimas de felicidad por las mejillas. Por fin lo había encontrado. Si iba a estar acompañada de él, le importaba muy poco si esto se trataba de una fantasía o, si estaba viva o muerta.

—¿Te he hecho daño? Ya está. Respira — Miguel la acariciaba animándola a respirar por ella misma.

Skule intentó hablar, pero lo único que consiguió fue un ataque de tos. Cuando logró controlarlo, habló con un hilillo de voz, que no reconoció como suya.

—¿Estoy muerta? — Skule abría y cerraba los dedos de las manos compulsivamente.

—No — Miguel le cogió la mano y le besó en el centro de la palma.

—Yo... quería buscarte cuando todo acabara... yo no pude irme contigo... mi madre... mi padre...

—Tranquila no has de preocuparte por nada, excepto por recuperarte — Miguel hablaba mientras seguía besando su mano.

—Yo iba a hacer algo... malo. No podía negarme.

—Sssh. Tu madre no sabemos dónde está. Pero tu padre viene todos los días a visitarte. Le llamaré para informarle —

Miguel cogió el móvil del bolsillo y abrió el whatsapp.

—Entonces es verdad que estoy muerta — Skule hablaba para sí misma — nunca imagine la muerte así.

—Tranquila, no estás muerta, estas en mi clínica en Nueva York — Miguel comenzó a tomarle las constantes vitales preocupado por los delirios de Skule.

—¿Pero cómo voy a estar viva si mi padre muerto, viene a visitarme?

—Tom no está muerto. El viene todos los días a ver cómo te encuentras. Se queda alrededor de una hora sentado en esa butaca, en silencio.

—¿Tom? ¿Quién es Tom?

—Tom es...

\*\*\*

Tom leyó el mensaje de whatsapp que acababa de mandarle Miguel.

*“Skule ha despertado del coma. Está algo desorientada. Creo que será mejor esperar un poco antes de informarla sobre ti”*

Él siempre había confiado en el criterio del doctor pero, en este caso estaba demasiado... dejémoslo en involucrado con su hija y no sabía lo que quería decir con *“desorientada”*.

Tecleo en respuesta al mensaje.

*“Explicate”*

Tom esperó la respuesta más de cinco minutos. El buen doctor se estaba haciendo de rogar. Estaba a punto de bajar a la clínica, cuando el tono de mensajes de whatsapp sonó de nuevo.

*“Ella piensa que su padre murió antes de que naciera. Iba a contarle la verdad, pero creo que es algo pronto.”*

*En estos momentos está demasiado débil para asimilar una noticia como esa”*

A Tom se le ocurrieron dos respuestas a esa noticia:

Una: La zorra de Nanna le había dicho que él estaba muerto.

Dos: La zorra de Nanna le había dicho, que su padre era el vampiro alemán.

La más probable sería la segunda opción.

Él apellido del nazi vampiro le era desconocido. Pero si sabía el que había dado Skule en la página web de la peluquería.

Srta. Müller.

Ese apellido era claramente germano y no había que pensar mucho para atar cabos. Era casi seguro que pertenecía al difunto Albert.

La puerta del taller se abrió y su caliente compañera entró por la puerta. Hacía más de dos semanas que Marta se había mudado a vivir con él. Estaban vinculados y era realmente doloroso estar separados. Ella, en ningún momento había propuesto el irse a vivir al taller, pero Tom cuando llevaban cinco días vinculados, se presentó en el apartamento de Chelsea con el Cayenne.

Marta, al verlo subir cargado con una torre de cajas de cartón, se había sentado en el sofá mirándole con los parpados entrecerrados, provocándole, mientras se comía un Chupa Chups.

Tom, sin decir nada, se había puesto a hacerle la mudanza.

No pensaba pasar ni un día más viviendo separados. Sabía que Marta no pondría ninguna pega al plan, ahora con el vínculo de pareja de vida que tenían, era casi imposible no saber lo que ella sentía.

Los dos habían estado esperando, en un morboso juego, a ver quién era el primero que lo proponía.

Y a él le importaba una mierda, haber perdido miserablemente.

El equipaje había estado preparado en menos de media hora. Pero había constado algunas horas más el despedirse del apartamento como era debido. Esa misma madrugada, salieron en dirección al que, a partir de ahora, sería su hogar.

El taller de Tom.

Marta soltó su bolso y su abrigo y se tiró en plancha sobre Tom, que estaba sentado en el desvencijado sofá.

—Alegra esa cara de vinagre — Marta le plantó un sonoro beso en la boca.

—¿Cara de vinagre? — Tom la devolvió el beso.

—Si. Parece como si acabaran de darte una mala noticia — Marta evaluaba a su compañero.

—Bueno tengo una buena y otra... no tan buena ¿por cuál empiezo?

—Por la que quieras. Dispara — Marta se sentó en el sofá y esperó a que Tom

comenzara a hablar.

—Skule se ha despertado del coma.

—Gracias, gracias, gracias... — Marta repetía esa palabra, mientras apretaba fuertemente un amuleto que llevaba colgado al cuello — ¿has ido a verla?

¿quieres que te acompañe?

—No a la primera pregunta y si a la segunda, cuando llegue el momento

—

Tom besó a Marta que se había quedado con la boca abierta.

—Pero ¿Por qué no has ido todavía?

—Miguel prefiere esperar a que esté más recuperada. Ella creé que su padre a muerto.

—¿Cómo?

—Nanna, su madre, la ha tenido engañada toda su vida. No sabe que yo soy su padre y tengo la ligera sospecha, de que ella creé ser la hija del vampiro que tuve que matar en defensa propia hace más de un siglo. Seguramente ha crecido odiándome y va a ser muy difícil hacerla ver la verdad.

—¿Ella creé, que el vampiro que te secuestro era su padre? — Marta se tapó la boca con la mano.

—Me temo que sí. He estado dándole vueltas a toda esta rocambolesca historia y creo que La Sociedad Erradicadora fue creada por Nanna para localizarme y poder vengarse de mí.

Skule no me va a aceptar sin más. Nanna la ha hecho creer que soy un asesino —

Tom abrazó a su compañera.

—Pero la vamos a sacar de su error en cuanto el doctor nos de su permiso

—

Marta se aferró con fuerza a su compañero — Tom, ella lleva tu sangre.

Sera totalmente capaz de asimilar la noticia. En cuanto vea tus ojos no podrá negarlo, son idénticos a los suyos.

—Eso espero amor mío, eso espero.

\*\*\*

El apartamento de Chelsea no duró vacío mucho tiempo.

Carlos la había llamado a las diez de la noche. Quería verla en su despacho a la mañana siguiente a primera hora.

Lola se puso el despertador a las siete de la mañana. Aunque del apartamento que compartía con Michael, al despacho de su jefe solo había un pasillo, quería estar arreglada y despejada, para recibir la patada en el culo lo más elegantemente posible.

Si Lola no había regresado todavía a Madrid por su cuenta era, primero, porque le costaba un disgusto solamente el pensar en separarse del lado de Erika y segundo, porque no le iba a contar nada de lo que había pasado a su madre y el falso contrato de un mes todavía no había terminado.

La verdad era que terminaba ese mismo día y ya no le quedaban muchas excusas para alargar su estancia en Nueva York.

Ya vería como lo solucionaba pero, de momento, no quería irse de la ciudad.

Lola contaba con una visa de turista, con la cual, podía permanecer en los Estados Unidos un máximo de una año.

Intentaría encontrar trabajo en ese tiempo para poder cambiar ese visado.

Esos días que había pasado junto a su pequeña peluquera, habían sido los más agradables de su vida. Aunque todo ello no había pasado de una extraña amistad, a Lola no le importaba, prefería ir despacio, no estaba segura de los sentimientos de Erika y si todo aquello se quedaba en amistad, ella lo aceptaría de buen grado con tal de no perderla.

Lola salió al pasillo, vestida con un traje chaqueta de corte femenino y unos zapatos de tacón, no demasiado altos. Se había maquillado discretamente y el pelo lo llevaba perfectamente cortado y peinado por su amiga del día anterior.

Cuando llegó a la mesa de la secretaria de Carlos, eran las ocho en punto de la mañana. La agradable mujer, la recibió con una amable sonrisa, mientras hablaba por teléfono y le hizo un gesto con la mano para que pasara al despacho de su jefe, que tenía la puerta abierta de par en par.

Carlos estaba sentado en su enorme mesa, escribiendo a toda velocidad en el teclado de su ordenador.

—Buenos días Srta. Carmona — Carlos se levantó del sillón y dio la vuelta a la mesa, ofreciéndola la mano como saludo.

—Buenos días Sr. del Toro — Lola le devolvió el saludo y esperó a que él comenzara a hablar.

El atractivo vampiro la invitó a que se sentara en el sofá del despacho, sentándose junto a ella. A Lola le asombró ese gesto de cercanía por su parte. Todos los jefes que había tenido hasta ahora, habían mantenido las distancias.

—¿Puedo tutearla?

—Sí.

—Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por nosotros — Carlos se dirigió a Lola con tono amigable.

—No hay nada que agradecer. Era lo mínimo que podía hacer por ustedes después de colaborar con Ricardo —

Lola no estaba acostumbrada a que le agradecieran nada y se le estaban subiendo los colores.

—La realidad es, que en vez de salir huyendo, decidiste ayudarnos y fuiste una parte crucial para que todo terminara bien. Si tú no hubieras ido con Marta a rescatar a mi esposa... no quiero pensar en cómo podía haber terminado todo.

—No podría haber sido de otra manera — Lola se recolocaba incómoda en el carísimo sofá, intentado digerir tanto piropo.

—Siempre soy agradecido con las personas que lo merecen y después de hablarlo con mi esposa, hemos decidido ofrecerte que trabajes para nosotros.

—Yo se lo agradezco, pero no quiero seguir siendo doncella. Había pensado buscar algo como monitora de karate en un gimnasio...

—Lola por favor, tutéame. No te estoy ofreciendo trabajo como doncella. Me gustaría que te unieras a Michael como segunda supervisora de seguridad de la empresa.

Lola no sabía si había oído bien.

Segunda supervisora de seguridad junto con Michael. La verdad era que había hecho buenas migas con el hombre con el que compartía apartamento desde hacía casi un mes. Era un tipo agradable y la trataba como a una igual

sin distinción de nacionalidad, edad o sexo.

Era el compañero ideal.

—Si necesitas pensarlo, tomate el tiempo...

—Si. Acepto el trabajo — Lola no iba a dejar pasar ese tren.

—Estupendo — Carlos se levantó dando una palmada y sacando unas llaves del bolsillo de su pantalón, tendiéndoselas a Lola — Son las llaves de un apartamento de mi propiedad, está en el barrio de Chelsea. Lo tienes a tu libre disposición mientras trabajes para nosotros.

Lola cogió las llaves sin podérselo creer.

Ese... vampiro, la estaba dando un buen trabajo y además, la dejaba un apartamento en un estupendo barrio de la ciudad.

Ella siempre se había preguntado, como sería que le tocara la Lotería de Navidad y salir en la tele junto con todos tus amigos o compañeros, brindando con cava.

Ahora lo sabía.

## Epílogo

**E**L club Hematology estaba hasta la bandera.

Todos los amigos y compañeros de la pareja, habían sido invitados a la fiesta, organizada por los futuros padres para celebrar que la parte más difícil del embarazo, hubiera sido superada con éxito.

Carlos y Jimena, habían prometido que harían público el nombre de su futuro hijo.

Aunque esa era la versión para todos los públicos, también había algo más que celebrar y que sólo sabían unos cuantos invitados.

El cobarde de Ricardo, antes de ingresar en prisión, había cantado sobre todo lo que sabía de La Sociedad Erradicadora en España.

Stefan había aprovechado esa información y había viajado a Madrid acompañado por un grupo de vampiros rusos con los que mantenía relación vía internet y que además habían sido víctimas de la maldita sociedad, para encargarse, o mejor dicho cargarse, toda la logística que pudieran.

A los bomberos de la ciudad les había costado más de dos días acabar con las llamas que habían devastado la nave de La Sociedad en Madrid.

Pero aun quedaban cabos sueltos.

El ruso había intentado convencer a Miguel, para que le dejara hablar con la hija de Tom sobre la ubicación de las unidades que había en otras ciudades europeas, pero este había estado a punto de saltar a su cuello con los colmillos por delante.

Maldito fuera el sentimiento protector de los machos enamorados.

Tom estaba sentado en un taburete de la barra, mirando como bailaba su

chica junto a Carmen, las adoradas sevillanas que tanto le gustaban a la vampira andaluza. Se dio la vuelta para coger la cerveza que le acababa de servir el camarero y observó a todos los que tenía a su alrededor.

A su lado, Michael miraba a la compañera de baile de su Marta con ojos soñadores, mientras engullía su whisky con hielo a grandes sorbos. Al otro lado de la barra, Stefan y Sebastián, hablaban algo más pegados de lo que se esperaba de unos compañeros de trabajo. Desde que Stefan había recuperado el coche del peluquero, esos dos pasaban bastante tiempo juntos. En el fondo, sentados en una mesa junto al resto de los trabajadores del salón, estaban los anfitriones de la fiesta.

Jimena estaba radiante, el embarazo la había sentado fenomenal, estaba sentada en el regazo de su orgulloso marido, que no dejaba de acariciarle el abultado abdomen. Al otro lado de la mesa, estaba la “extraña pareja” Erika y Lola hablaban todo el tiempo entre ellas, como si no existiera nadie más a su alrededor.

Tom sintió una sensación que no reconoció en ese momento, pero era algo parecido a la ¿felicidad?

No, eso no lo describía lo suficientemente bien.

Era felicidad, tranquilidad, seguridad, alegría, optimismo, amor, deseo, atracción... todo ello bien mezclado y servido en una copa con forma de brujilla pelirroja.

Mientras le daba un largo trago a su cerveza, volvió a admirar a su chica mientras bailaba.

Sin saber de dónde venía, una sensación distinta puso en alerta todos sus sentidos. Escaneo el local buscando la fuente de su desazón, parándose en seco cuando clavó su mirada en unos ojos idénticos a los suyos.

Sola. De pies en la plataforma que daba acceso al local, Skule le miraba fijamente.

***FIN..***

—**Saga En Compañía de Vampiros [www.armorena.com](http://www.armorena.com)**